HILARY MANTEL

Los fantasmas de una vida

Hilary Mantel, dos veces ganadora del premio Man Booker, es una de las escritoras más aclamadas y una de las personas más influyentes del mundo según la revista Time.

En la Inglaterra rural de la posguerra, Hilary Mantel creció convencida de que las hazañas más extraordinarias estaban al alcance de su mano. Pero a los diecinueve años enfermó. Ese fue el inicio de un padecimiento que, agravado por la ineptitud de los médicos, le causó graves secuelas: la más dolorosa, la imposibilidad de ser madre. Pero fue ese mismo dolor que la abocó a la escritura como manera de rescatarse a sí misma. Y la escritura la salvó una y otra vez, una novela tras otra.

Estas memorias, irónicas y viscerales, que invocan los fantasmas de una vida, sin duda traerán nuevos adeptos al oscuro e inconmensurable genio de Mantel.

Hilary Mantel

Los fantasmas de una vida

ePub r1.0
Titivillus 01.04.2024

Hilary Mantel, 2003
Traducción: Albert Vitó y Godina
Fotografía de la portada, Estate of Hilary Mantel

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Hoyos menudos, tumbas enigmáticas,
niños repartidos por la verja metálica,
ni una piedra arañada.
Se alza el viento, las nubes cubren la luna,
el ladrido de un perro y esos mochuelos,
sin compañía y sin fin.
Mis niños que no oirán.
La noche llena de gritos que jamás proferirán.

JUDY JORDAN,
«La tumba del aparcero»

Primera parte
Un segundo hogar

Es un sábado a finales de julio del año 2000 y estamos en Owl Cottage, la casita de campo que tenemos en Reepham, Norfolk. Hoy tenemos que hacer algo que intentamos posponer. Hemos de ir a ver al señor Ewing para pedirle una tasación y que nos informe de las posibilidades que tenemos de vender la propiedad. Ewing es el agente inmobiliario local, fue él quien nos vendió la casa hace siete años. A medida que la mañana se va consumiendo, buscamos cosas que hacer para no tener que hablar sobre el tema. La decisión está tomada. No hay más que hablar.

Hacia las once, percibo un titileo en la escalera. El aire está quieto y, de repente, se mueve. Levanto la cabeza y el aire se sosiega de nuevo. Sé que es el fantasma de mi padrastro bajando por la escalera. O, para expresarlo de un modo aceptable para la mayoría de la gente, «sé» que es el fantasma de mi padrastro.

No me perturba en absoluto. Estoy acostumbrada a «ver» cosas que no existen. O, para expresarlo de un modo aceptable para mí misma, estoy acostumbrada a ver cosas que «no existen». Fue en esta casa donde vi a mi padrastro Jack por última vez, a principios de 1995: vivo, todavía con su envoltura de carne humana. Desde entonces han sido muchas las ocasiones en las que lo he divisado en la escalera.

Por supuesto, es posible que el titileo en el pasamanos no sea más que la advertencia de un ataque de migraña. Es en el lado izquierdo del cuerpo donde se me manifiestan las visiones; es mi ojo izquierdo el sensible. En esos momentos tan vulnerables dudo entre si veo más de lo que existe o si existen cosas que en condiciones normales no veo.

A lo largo de los años, los síntomas premonitorios de la migraña se han convertido en algo más que el peligroso enigma que eran para mí hace años, y también en más que un simple aviso de que tengo que tomarme los medicamentos que evitarán un ataque en toda regla. Se han vuelto un adorno psíquico, una floritura, una

forma de arte, un talento secreto que nunca he sabido aprovechar de manera lucrativa. A veces adoptan la forma de perturbaciones visuales, comunes en mucha gente aquejada de este mal. Pequeños objetos desaparecen de mi campo de visión y se quedan flotando en lagunas del mundo con forma de rosquilla y un destello de luz donde debería estar el agujero central. A veces veo resplandores dorados en la pared: chebrones ligeros, como alas de angelitos velocísimos. La falta de sueño y de comida aumentan las probabilidades de que se produzca uno de estos avistamientos; durante la Cuaresma, santos famélicos, hipoglucémicos y agitados veían visiones que cumplían con sus expectativas.

A veces el aura adopta formas más elaboradas. Pierdo el oído. Pierdo la capacidad de escribir las palabras que quiero. Tengo sueños extraños de los que me despierto con alucinaciones gustativas. Una vez, hace treinta años, soñé que comía abejas, y desde entonces he vivido con su sabor dulce, como el del chocolate con leche, y con su textura, que es la del hígado de ternera poco hecho. Es posible que una melodía se aloje en mi cabeza como un tic y que la letra me llegue trastabillada, de manera que me veo obligada a vivir con ese acompañamiento. Es una queja habitual, la de no poder quitarse una melodía de la cabeza. Pero para la mayoría de la gente esas melodías no son el preludio de copiosos vómitos. Además, la gente dice que se les pegan de la radio, pero las mías son canciones pasadas de moda que no se oyen desde hace años. *«Bill Bailey, you please come home?». «Some talk of Alexander, and some of Hercules». «My aged father did me deny, and the name he gave me was the croppy boy»*
won't
[1].

Hoy en día, cuando veo el fantasma, el único problema que tengo es que no hablo del todo bien. Por eso debo andarme con cuidado cuando vamos a visitar al señor Ewing, aunque al final me entiende sin problemas, y sí, recuerda habernos vendido la casa hace siete años, ¿de verdad hace tanto tiempo? Fueron años en los que tal vez escribí y reescribí medio millón de palabras, consumí siete mil quinientas comidas, tragué diez mil calmantes (una estimación conservadora) y Dios sabe a cuánta gente he llegado a agobiar; fueron años en los que engordaba cada vez más (cada vez

más y más ancha, buscando mis propios límites): y durante las noches de esos siete años soñé, sueños que luego se borraron o cambiaron de formato: fueron años en los que, la víspera de la publicación de mi séptima novela, murió mi padrastro. Todo cuanto recuerdo de él está vinculado a casas, sueños de casas, reales o de ensueño, con habitaciones vacías, esperando a ser ocupadas: con historias ajenas, y afirmaciones ajenas: con temor y con mi negación adulta de esos temores. Pero el afecto adopta formas extrañas, al fin y al cabo. Me resulta casi insoportable vender la casa y dejarlo ahí, en la escalera.

Al atardecer, se apodera de mí un sueño migrañoso. Me planta en la frente un repugnante beso de ogro.

—No te preocupes —digo mientras el ogro me succiona hasta el sueño—. Si el teléfono despierta, ya nos sonará.

Sabía que vendría la migraña desde ayer, cuando estaba en una pescadería de Norfolk, comprando alguna delicia para los gatos.

—No —dije—, el bacalao es demasiado caro para alimentar a los peces. Incluso a peces como los nuestros.

No sé muy bien cómo escribir sobre mí misma. Cualquier estilo que elijas parece descartarse solo antes de terminar un párrafo. Me lanzaré sin más, pienso para mis adentros, extenderé las manos y diré, *moi c’est*, vete acostumbrando. Confiaré en los lectores. Eso es lo que le recomiendo a la gente que me pregunta cómo pueden llegar a publicar. Confía en los lectores, deja de dárselo todo en bandeja, deja de tratarlos con condescendencia, confía en que serán al menos tan listos como tú y deja de intentar seducirlos de una vez: ¡tú, la de la fila trasera, deja de ser tan encantadora! Palabras normales sobre papel normal. Recuerda lo que dice Orwell, que la buena prosa es como el cristal de una ventana. Concéntrate en afilar la memoria y mondar tu sensibilidad. Recorta al menos un tercio de cada página que escribas. Deja de construir esas sonrisitas ridículas. Decide lo que quieres decir. Y luego dilo de la manera más directa y vigorosa que puedas. Come carne. Bebe sangre. Renuncia a tu vida social y no creas que puedes tener amistades. Levántate a altas horas de la noche, cuando reina el silencio, pínchate las yemas de los dedos y

usa la sangre como tinta, ¡eso te curará de la guasa!

Sin embargo, ¿sigo mis propios consejos? En absoluto. Guasa es mi *nom de guerre*. (No utilices expresiones extranjeras, es elitista). Me alejo del sendero trillado de las palabras simples para adentrarme en los prados de la sonrisa extravagante; ángeles, ogros, agujeros con forma de rosquilla. Y respecto a la transparencia: las ventanas sin cortinas son un signo de pobreza, ¿no? ¿Qué te parecerían unos bonitos visillos, para poder mirar sin ser vista? ¿O unos postigos, o unas persianas? Además, la prosa de ventanal no es ninguna garantía de veracidad. A través del cristal a veces las vistas engañan, y los mejores mentirosos usan palabras simples.

O sea que ahora que escribo unas memorias discuto conmigo misma sobre cada palabra. ¿Escribo con claridad o es una claridad fingida? Me digo a mí misma: limítate a contar cómo vendiste una casa con un fantasma dentro. Pero esta historia solo puede contarse una vez y tengo que hacerlo bien. ¿Por qué el acto de escribir genera tanta ansiedad? Margaret Atwood dice: «Las palabras escritas son como las pruebas: pueden utilizarse en tu contra». Yo creía que la autobiografía era una forma de debilidad, y es posible que todavía lo piense. Pero también pienso que, si eres débil, resulta pueril fingir que eres fuerte.

La decisión de vender Owl vino con nosotros por la M25, a paso de tortuga entre el tráfico del viernes por la noche, acompañándonos por la oscuridad de los pueblos de Breckland, con sus pinos retorcidos y sus casas cerradas a cal y canto. Habíamos hecho este trayecto muchas veces, sorteando el centro de Norwich por los límites de las áreas industriales, reduciendo la velocidad en las intersecciones que hay entre las viviendas de protección oficial de West Earlham: luces encendidas tras las cortinas corridas, ni un alma en la calle. Más allá de los límites de la ciudad se terminan las farolas y la calzada se vuelve más estrecha. Sigues adentrándote en esa oscuridad iluminada solo por los ojos relucientes de los zorros y los gatos de granja, puntuada por el revoloteo de unas alas o unos pasitos apresurados por las lindes. Algo que no se ve está comiendo. Algo está siendo devorado.

Cuando entras en Reepham, junto al muro de la iglesia, maltrecho por los golpes de vehículos demasiado largos, doblas la

esquina para llegar a la plaza del mercado, vacía de coches. La luz del King’s Arms todavía está encendida, las grandes puertas del Old Brewery están cerradas y sus residentes suben con discreción al piso de arriba para acostarse. Siguiendo cuesta arriba desde la plaza, aparcas en el terreno embarrado y lleno de baches que hay tras la casa de campo, descargas el coche a oscuras y casi siempre bajo la lluvia; tus botas ya conocen los charcos y las partes que más resbalan, ese único escalón oscuro y el borde del pavimento. A veces es medianoche y es invierno, el frío le resta virtudes al haz de luz de una linterna y lo disipa hasta convertirlo en un simple fulgor inservible. Pero del mismo modo que los pies conocen el sendero, los dedos conocen las llaves. A cincuenta metros del mercado no hay contaminación lumínica, el reflujo de la ciudad no llega a palidecer el cielo; no hay roderas ni pasos. Hay la luz de las estrellas, escarcha en el suelo y mochuelos ululando en tres parroquias.

Duermes bien en esta casa, aunque, si te quedas entre semana, los camiones y tractores te despiertan al alba. Sus exudaciones revocan las ventanas que dan a la carretera con una capa grasienta de suciedad. El campo no es ni limpio ni silencioso. Durante el día, los frenos hidráulicos rechinan cada vez que un camionero se detiene a los pies de la colina, en Townsend Corner. Y el topónimo es literal, realmente marca el fin de la ciudad. Más allá de la comisaría de policía, más allá del último *bungalow* (es decir, a unos cuatrocientos metros), la ciudad termina y solo hay campos. La siguiente población es Kerdiston, donde una iglesia se derrumbó hace siglos. No hay nombres en las calles y, de hecho, por no haber no hay ni calles. Ni siquiera los lugareños saben muy bien dónde están. Su único residente distinguido, sir William de Kerdeston, se trasladó a Reepham una vez muerto, y sobre su tumba hay una efigie que descansa (si esa es la palabra) ataviada con una armadura completa y sobre un lecho de guijarros: tensando los músculos de los hombros, quizá, y los de las piernas también, cuando llega el Día de Todos los Santos y los difuntos se preparan para andar sobre la Tierra.

Cuando compramos la casa de campo no tenía ni nombre ni historia. Remodelaron unos edificios que en otros tiempos tal vez fueron una casa, aunque tal vez no; lo más probable es que fuera algún tipo de almacén agrícola. En algún momento, a principios de la década de 1990, un constructor de Norwich se las arregló para que en la mediocre estructura de ladrillo rojo cupieran cuatro pisos y dos casas de campo.

Durante el invierno de
1992-1993
nos dedicamos a peinar la campiña en busca de un lugar en el que pasar los fines de semana. Fuimos hasta la costa y también hacia el interior, sin perder de vista en ningún momento el largo trayecto desde Berkshire y la necesidad de establecernos durante los fines de semana cerca de mis padres, que se habían retirado a Holt. Ataviados con nuestros Barbour y conduciendo un BMW escarlata, nuestra imagen despertaba la avidez de los agentes inmobiliarios. Se les iluminaban los ojos al vernos, aunque volvían a sumirse en su habitual velo grisáceo en cuanto compartíamos con ellos nuestro misérrimo presupuesto y nuestros elevados requisitos. No queríamos nada en estado ruinoso, nada pintoresco, nada que tuviera problemas de pudrición, por menores que fueran. Y nada demasiado aislado, puesto que tal vez querría quedarme sola y ya tengo suficiente tendencia a aislarme, por no hablar de que soy demasiado nerviosa e irritable para conducir. Queríamos tener cerca una tienda y un *pub*, pero la mayoría de los pueblos de Norfolk no son más que aldeas despobladas y disgregadas cuyo centro está indicado, con un poco de suerte, por una cabina telefónica. Sea como sea, pensábamos que en algún lugar de la campiña habría un hogar para nosotros. Yo acababa de ganar un premio literario, por lo que contábamos con una aportación económica inesperada. Norfolk no estaba de moda, por aquel entonces. La gente consideraba que quedaba demasiado lejos de Londres y carecía de lo que siempre buscan los urbanitas, la infraestructura para cenar fuera de casa con un cierto nivel y alguna charcutería con encanto; había *pubs* en los que se servían patatas asadas en el microondas con raciones exageradas de carne con salsa, pequeñas franquicias de Woolworth en las poblaciones más pequeñas y supermercados Spar en las más grandes, aves acuáticas y largas extensiones de playas de

guijarros y mar, así como amplios cielos de los que se enamoraría cualquier pintor.

A estas alturas ya conocíamos Norfolk bastante bien. La primera vez que vine fue en 1980 y me alojé en casa de unos amigos que acababan de mudarse a un pueblo de Broadland. Mi hogar estaba en África, pero mi matrimonio hacía aguas. Era una chica lánguida con una maleta (una chica mayor, ya con veintiocho años) que llegó para hacer unas visitas, quedarse una temporada y luego marcharse de nuevo para terminar como siempre en casa de mis padres, que por aquel entonces todavía se hallaba en el norte. Siempre estaba subida a un tren, arrastrando el equipaje por tramos de escalera en Crewe o intentando encontrar un lugar en el que resguardarme en los andenes barridos por el viento de Nuneaton. A medida que viajaba, iba adelgazando, consumiéndome, y me volvía más miserable y más sola. Echaba de menos mi casa, mis animales, el manuscrito de la gran novela en la que había estado trabajando y dejado atrás. Echaba de menos a mi marido, pero lo que sentía por mi pasado era demasiado impenetrable, demasiado nebuloso, y para mantener así esos sentimientos a menudo empezaba y terminaba el día engullendo barbitúricos que tragaba con vasos de agua de otras casas. Cuando tomas barbitúricos, por la noche los sueños se anulan, se ennegrecen, los despertares son enfermizos y distantes y el día que tienes por delante es una orilla contemplada desde un bote que cabecea en un mar revuelto. Pero eso solo significa que necesitas otra dosis. Al cabo de una hora, te sientes mejor.

A mi anfitriona en Norfolk la había conocido en África. Su marido se había marchado de nuevo a trabajar fuera del país y no le apetecía quedarse sola en medio de la oscuridad de la campiña. Si nuestras agotadoras vidas de expatriadas no nos hubieran puesto en contacto, jamás habríamos llegado a ser amigas; sea como sea, al cabo de un tiempo me di cuenta de que no lo éramos, de manera que me monté en un tren en Norwich y no volví jamás. Pero los largos trayectos en coche que hicimos por el condado, perdidas por caminos invernales, las ensaladas sosas de las cafeterías de pueblo, nuestros escarceos por cementerios descuidados y la atención que le dedicábamos a las historias que contaba la gente mayor me hicieron reflexionar mucho sobre este territorio, y me despertaron las ganas de escribir una novela ambientada allí. Al cabo de unos años fue eso

lo que hice.

Llevábamos separados menos de dos años cuando mi exmarido regresó a Inglaterra, cambiado. Creo de verdad que la gente cambia; en realidad no sirve de nada creer lo contrario. Yo también había cambiado. Vivía sola. Sufría una enfermedad crónica, estaba hinchada por culpa de los esteroides y me había vuelto una cínica en el aspecto amoroso. De las dos constantes de Freud, el amor y el trabajo, ya solo me dedicaba a una; trabajaba seis días a la semana en dos empleos mal pagados, en una librería de día y tras una barra por las noches, y me levantaba de madrugada para escribir mis diarios y estabilizar mi cuerpo antes de aventurarme al mundo. Tomaba apuntes para libros que escribiría en el futuro; en esa época, en 1982, solo había publicado un relato corto. Había dejado los barbitúricos. No recuerdo con exactitud cuándo dejé de tomarlos ni lo que hice con las interminables provisiones de pastillas diminutas que guardaba en un gran tubo de plástico que había traído de África. ¿Los dejé cuando se terminaron? ¿Los dejé de golpe? No lo sé. En vista de lo que contaré más tarde acerca de mi memoria, esto me preocupa. Quizá las pastillas traían el olvido incorporado. Desde entonces siempre he sido adicta a algo, y suelen ser cosas para las que no existen grupos de apoyo. Los puntos y coma, por ejemplo; no puedo prescindir de ellos durante más de doscientas palabras seguidas.

Sobre si ese verano estaba en condiciones de tomar una decisión racional, ¿quién sabe? Me parecía que lo que había dejado, con mi exmarido, era más de lo que tenía la mayoría de la gente para empezar. Por eso nos casamos de nuevo, de un modo austero, en el registro civil de Maidenhead y solo con dos testigos. Era septiembre, y esa mañana me encontraba fatal, indispuesta e hinchada como si estuviera embarazada; notaba dolor tras el diafragma y de vez en cuando tenía la sensación de que algo no paraba de revolverse y arañarme por dentro, como si yo fuera un personaje de una fábula, una mujer preñada de un demonio. Nada, excepto el hecho de tener que casarme, me habría arrancado de la cama, me habría animado a vestirme y ponerme unos tacones altos para salir a la calle. El funcionario del registro fue amable y nos deseó más suerte esta vez. No hubo anillos; el tamaño de mis dedos cambiaba de semana en semana, por lo que no le vi sentido, aunque también es posible que

no quisiera precipitarme a la hora de recuperar las señales y símbolos del matrimonio. Comimos en un restaurante de Windsor, en un patio con vistas al río. Bebimos champán. Un testigo nos hizo una foto en la que aparezco con la mirada vacía como la de una calabaza de Halloween. Y así es como, por más que me sorprenda a mí misma, me he casado dos veces: las dos con el mismo hombre. Siempre pensé que era algo más propio del mundo del cine, algo que hacía la gente de pelo oxigenado que ganaba quinielas, gente desestabilizada por la buena fortuna. Creía que era inherente a los caracteres tormentosos; algo fuera del alcance de la gente prudente o constante. Aunque también es posible que sea la única opción razonable si te pasas de prudente y constante. Seguirías casándote una y otra vez con la misma persona, tantas veces como fuera necesario hasta que el matrimonio se acabara consolidando.

A mediados de enero de 1993 convertimos el Blakeney Hotel, un buque de vela entre marismas salinas, en nuestro cuartel general. Teníamos fardos enteros de datos sobre propiedades, la mayoría de ellos engañosos o directamente falsos. Durante dos días nos dedicamos a merodear por las calles tachando las casas a medida que comprobábamos su ubicación o su aspecto exterior. Yo me estaba recuperando de unas malas Navidades (bronquitis e inflamación pulmonar) y no tenía voz. Pero la voz no era necesaria, solo tenía que estar pendiente del mapa, a pesar de la falta de luz, mientras iba identificando los rótulos descoloridos e inclinados bajo el peso de los topónimos de Norfolk. A las cinco de la tarde de un domingo, casi a oscuras, nos encontramos con el barro hasta las pantorrillas en algún lugar al este de East Dereham, a un tiro de piedra de las ruinas de una vieja iglesia y de una hilera de graneros destartalados de metal corrugado, intentando encontrar un camino que llevaba hasta una triste casita de campo al término de una hilera de tristes casitas adosadas. Decidimos abandonar, nos montamos en nuestro pequeño monstruo escarlata, desconsolados, y volvimos a la M25.

Cuando regresamos, todavía con un tiempo de perros, ya había recuperado la voz y habíamos acotado más nuestra búsqueda. Durante mi estancia en casa de esa amiga de África, a menudo pasábamos por Reepham para hacer la compra y me fijaba en los

largos ventanales georgianos del Old Brewery. Era un *pub* y un hostal, un edificio elegante de ladrillo rojo con reloj de sol y esa inscripción en latín que significa «solo cuento las horas felices». Cuando volví por allí, diez años después, Reepham tenía oficina de correos, dos carnicerías, una farmacia y una cabina telefónica; una peluquería, uno o dos anticuarios discretos, una concurrida panadería en la que se vendían vitaminas, huevos de granja y chocolate orgánico y una frutería-floristería llamada Rosa Meloncolía. Una plaza central coquetona estaba rodeada por casas de amplias ventanas y un batiburrillo de casas de campo que descendían por Station Road. En realidad no había estación, pero en la época victoriana había habido dos, así como doce cervecerías y un mercado de ganado. También tuvo en su día tres iglesias, pero las llamas consumieron una de ellas en 1543 y nunca la reconstruyeron; la historia de la ciudad es un lento descenso hacia la impiedad y la abstinencia. Un día de enero, cuando ya vivía allí, una anciana corcovada me hizo señas desde su portal para luego mirar, a través del mercado desierto, hacia las puertas de la iglesia.

—¿Qué le parece?, —me preguntó—. Hay más vida en el cementerio que en la calle, hoy.

La gente de Reepham y los pueblos de alrededor se reúnen en la oficina de correos el sábado por la mañana. Hablan sobre la lluvia, «no da ni para pegar un sello», le oí decir una vez a un hombre. Charlan sobre si han encendido la calefacción, si la han apagado, y sobre los conductores nonagenarios que recorren las calles a paso de tortuga en sus Morris Travellers. No son inhospitalarios. No te tratan como a un forastero hasta que llevas veinte años viviendo allí. De hecho, lo que ocurre es que no te hacen mucho caso. La gente que solía trabajar en el campo ahora tiene bastantes probabilidades de trabajar frente a un ordenador. No te conocen, pero tampoco les importa. Son gente que vive y deja vivir. Solían saludarse con un «¿estáis bien?», una pregunta con una inflexión característica de Norfolk, aunque ya no se dice tanto como antaño. Se encierran en sus casas pronto por Nochebuena y cierran las puertas con llave. Dejan las manzanas que caen del árbol y las hortalizas que les sobran en cestas fuera de la casa, para que se las lleve quien quiera, y venden manojos de narcisos por pocos peniques en primavera.

Cuando fuimos a ver la casa, dentro todavía estaban los escombros que había dejado el constructor. Nos plantamos en las habitaciones aún en obras y nos las imaginamos. Imaginamos que serían nuestras. Era barata, y estaba solo a un minuto del mercado. A medianoche, salimos de la habitación que habíamos alquilado en el Old Brewery y nos acercamos a la verja: o al lugar en el que debería haber estado la verja. Queríamos verla de nuevo, en privado y en silencio. Mientras estábamos allí, enfundados en nuestros abrigos para protegernos del riguroso frío nocturno, un mochuelo ululó desde el árbol.

Más adelante encargamos una placa con la leyenda «Owl Cottage», la casa del mochuelo, con una imagen del animal. Sin embargo, el tipo acabó dibujando una lechuza delgada de color amarillo canario, con unas patas inquietantes como las de un roedor.

Es un fenómeno extraño, lo del «segundo hogar». Igual que las segundas nupcias, es algo que no había asociado jamás conmigo. Creía que era para gente rica como la que hacía subir los precios en Cotswold. Nunca me sentí culpable por Owl Cottage; nunca hubo demasiada competencia para comprarla debido a lo diminuto que era el jardín trasero y al ruido del tráfico entre semana. Esperábamos que sería un primer paso hacia una mudanza permanente a Norfolk. Cuando nos metíamos en el coche, primero en el BMW y luego en sus más discretos sucesores, me imaginaba que era la última vez que hacíamos ese trayecto, como si viajáramos ya escoltando al camión de la mudanza: que nos marchábamos del sureste para siempre. Cuando jugaba a ese juego, sonreía y los hombros se me relajaban. Pero luego pegábamos un frenazo ante algún accidente o desastre en la M25 y me veía obligada a reconocer que solo era otra tensa salida de fin de semana, y que todavía teníamos que ganarnos ese cambio en nuestras vidas.

Durante un tiempo, íbamos cada dos o tres semanas y nos llevábamos a nuestros dos gatos. Cuando les abríamos el transportín salían corriendo como salvajes y entraban en todas las habitaciones, maullando y haciendo retumbar sus pasos por la escalera de madera mientras expulsaban esos demonios que solo los gatos son capaces de ver. Luego se retiraban a su cesta, agotados, y nosotros subíamos a una habitación empapelada con el amarillo pálido de los

amaneceres exánimes, siendo ya mejores personas: más tranquilos, más afables. El sábado por la mañana paseábamos sin prisa por el circuito del mercado, de tienda en tienda, hablando con la gente, enviando paquetes, recogiendo mis numerosas recetas médicas y comprando carne para llenar el congelador. Por la tarde íbamos en coche a Holt a ver a mis padres con una bolsa de bollos o un pastel, unas flores y uno o dos libros; el domingo eran mis padres los que venían a Reepham, y almorzábamos en el King's Arms o comíamos algo frío en casa: cangrejos de Cromer, fresas, queso Stilton. Hasta que llegaba el momento de cargar el coche y volver a casa. Formaba parte de la rutina notar un leve dolor tras las costillas mientras nos marchábamos. Solo cuento las horas felices.

Mi madre era una mujer menuda y elegante, con una melena corta y desigual de color platino. Solía vestir vaqueros y jerséis de colores absurdos, pero todo lo que se ponía parecía diseñado y premeditado; desde que la conocí, desde que fui capaz de verla con claridad por primera vez, esa fue su virtud. Mi padrastro era unos años más joven que ella, pero tras un *bypass* coronario su cuerpo bronceado y musculoso parecía exangüe. Nunca lo habría asociado con la palabra «débil», pero me di cuenta de cómo su camisa preferida, suave y desgastada, le quedaba pegada a las costillas y cómo sus piernas parecían constar solo de los pantalones sostenidos por simples palos articulados. Siempre había dibujado, y al final se aficionó a las acuarelas para intentar plasmar sobre papel los turbulentos y variables colores de la costa; antes no habría sido capaz de tolerar los juegos de luz y las ambigüedades. La pasión lo había consumido, y la ira también; nunca recibió ayuda de nadie, no tuvo dinero cuando tener dinero era importante, y vivía crónicamente exasperado por la desfachatez y la perversidad que reina en el mundo. Era honesto por naturaleza; y las personas honestas, en este mundo, se hacen la vida imposible. Era ingeniero. Escribía con una letra diminuta y pulcra, una letra de ingeniero, y tenía la mente sometida a la disciplina, aunque dentro del pecho el corazón no paraba de darle vuelcos, como una avispa atrapada en un vaso invertido.

Yo debía de tener seis o siete años cuando Jack entró en mi vida

por primera vez. Durante todo ese tiempo nunca mantuvimos una sola conversación decente. Me daba la sensación de que nada de lo que pudiera decir podría interesarle; todavía hoy no sé qué sentía mi padrastro. A ninguno de los dos se nos daba bien eso de hablar por hablar. Por mi parte, me ponía tensa, como si esa charla intrascendente contuviera significados ocultos, y por su parte…, por su parte no lo sé. Mi madre creía que no nos llevábamos bien porque éramos demasiado parecidos, pero yo prefería la explicación más evidente de que no nos llevábamos bien porque éramos demasiado distintos.

No obstante, esa situación empezó a cambiar. Desde que lo operaron del corazón, Jack pasó a mostrarse más abierto y flexible que nunca. Se convirtió en una persona más paciente, más estable, menos taciturno: por eso yo, en su presencia, también bajé la guardia y empecé a ser más adulta, más habladora. Me di cuenta de que le entretenían mis historias sobre los comités de escritores de Londres; él también había asistido a comités antes de su jubilación forzosa, y estábamos de acuerdo en que, más allá de su finalidad aparente, todos los comités se comportaban de un modo semejante y valía la pena confiarles los asuntos. Aquella última tarde, un día radiante de finales de marzo, me quedé atrás mientras cruzábamos el mercado, de manera que mi marido y mi madre se adelantaron y tuve un momento para hacerle algún comentario que sabía que solo le gustaría a él. Pensé, esto no lo había hecho nunca: nunca me había quedado atrás, nunca le había esperado.

Parecía cansado, cuando llegamos a casa después de comer. Una de las gatas, la atigrada, solía provocarlo para jugar con él en la escalera. Hasta hacía poco él detestaba los gatos, los criticaba como un inquisidor; afirmaba que incluso le daba asco tocarlos. Pero esa animalita, con sus propias fobias estrafalarias y temblando de miedo tras sus ojos de mazapán, levantaba la patita hacia él para invitarlo a que la tocara; y él se sentía obligado a hacerlo, a veces convencido por unos maullidos que podían llegar a prolongarse durante diez minutos seguidos mientras lo tocaba y retrocedía, huía y volvía a buscarlo.

Ese último domingo, cuando la gata tomó posiciones y lo invitó a iniciar el juego, él se quedó en el sofá, sonriéndole y asintiendo. Pensé que tal vez estaba incubando algo: ¿la gripe? Sin embargo,

era la muerte, lo que incubaba, y llegó de repente para llevárselo de un modo zafio y grosero, entrando por la fuerza en la casa en una noche de abril, dos o tres horas antes del amanecer. Vino el médico, y también una ambulancia, pero la muerte se les había anticipado, había plantado sus pies sobre la alfombra y dejó sus sucias huellas en la funda de la almohada. Hicieron todo lo que pudieron, pero si hubieran hecho menos tampoco se habría notado. Cuando todo quedó firmado y certificado, dijo mi madre, y los hombres se hubieron marchado, ella le lavó la cara. Se sentó junto al cadáver y, puesto que no tenía a nadie con quien hablar, le cantó en voz baja: «¿Qué significa para mí / esta ciudad tan triste? / Robin no está aquí / y es él a quien quería ver, / es él a quien quería oír…».

Solía cantarme esa canción cuando era pequeña: la melodía está sobresaturada de anhelo, de la añoranza provocada por un amor perdido. Más o menos a las seis de la mañana se sentó junto al teléfono, pero sus tres hijos estaban durmiendo, por lo que solo recibió educadas invitaciones a dejar un mensaje de los que no se pueden dejar. Y nosotras seguimos durmiendo. «¿Dónde están el júbilo y la alegría / que la tierra en el cielo convertía? / Se han marchado contigo, / Robin Adare». Fue más o menos a las siete cuando, por fin, uno de mis hermanos cogió el teléfono.

Llegas a este lugar en la mediana edad. No sabes cómo has llegado hasta aquí, pero de repente te enfrentas a los cincuenta. Cuando te das la vuelta y miras atrás vislumbras los fantasmas de otras vidas que podrías haber vivido. Todas tus casas están encantadas por la persona que podrías haber sido. Los espectros y los espíritus se arrastran bajo las alfombras, entre los pliegues y tramas de las cortinas, merodean por los roperos y se tienden en el fondo de los cajones. Piensas en los hijos que podrías haber tenido y no tuviste. Cuando la partera dice «es un niño», ¿adónde va a parar la niña? Cuando piensas que estás embarazada y no lo estás, ¿qué ocurre con el bebé que ya se ha formado en tu mente? Lo dejas archivado en un cajón de tu conciencia, como un relato corto inacabado que al cabo de pocas líneas supiste que no iba a ninguna parte.

En febrero del 2002, mi madrina Maggie se puso enferma y las visitas al hospital me obligaron a regresar a mi pueblo natal. Murió tras una breve enfermedad a la edad de casi noventa y cinco años, y

tuve que volver de nuevo para asistir a su funeral. Había vuelto varias veces a lo largo de los años, pero en esa ocasión tuve que seguir una ruta concreta: por la calle sinuosa que había entre los setos y el muro de piedra, y luego subir por un sendero sin asfaltar al que, cuando yo era pequeña, la gente llamaba «el camino de carro». Ese camino sube por una cuesta hasta la vieja escuela, ahora en desuso; luego hasta el convento, en el que ya no quedan monjas, y finalmente hasta la iglesia. Cuando era una niña este era mi recorrido diario, una vez por la mañana para ir a la escuela y otra después del almuerzo. Siguiendo de nuevo esa ruta ya como adulta y vestida de negro para el funeral, sentí una opresión poderosa y familiar. Justo antes de la intersección de la carretera con el camino de carro me sentí superada por el miedo y la angustia. Miré de reojo, atemorizada, hacia la vegetación fría y húmeda, hacia las marañas de helechos: quería decir, alto, no sigamos. Recuerdo cómo, cuando era niña, solía pensar en salir corriendo de nuevo hacia la seguridad (relativa) de mi hogar. El punto en el que el miedo me superaba era cuando no había vuelta atrás.

Cada mes, desde los siete años hasta que me marché con once, subíamos la colina en fila india hasta la iglesia para confesarnos y para que nos perdonaran los pecados. Salía de allí sintiéndome, como es de esperar, limpia y liviana. Ese periodo de gracia nunca duraba más allá de los cinco minutos que tardaba en entrar de nuevo en el edificio de la escuela. Más o menos a los cuatro años había empezado a creer que había hecho algo malo. La confesión no afectaba a algún tipo de pecado esencial. Había algo en mi interior para lo que no había remedio ni redención posible. En la escuela la censura era constante, destrozaban de forma sistemática cualquier atisbo de espontaneidad. Nos imponían reglas que jamás habían sido articuladas, y que cambiaban en cuanto creías que por fin las habías aprendido. Desde la primera clase del primer día, fui consciente de que tenía que resistirme a lo que me encontrara allí. Cuando conocí a mis compañeros de clase y oí la tonada de aire tirolés («Buenos dí-i-as, señorita Simpson»), pensé que me encontraba rodeada de lunáticos; y las maestras, malignas y estúpidas, me parecían las guardianas de esos lunáticos. Sabía que no tenía que sucumbir ante ellas. Que no debía responder a sus preguntas sin respuesta, o que las guardianas las formulaban solo

para divertirse y pasar el rato. Que no debía aceptar que las cosas estaban fuera de mi capacidad de comprensión solo porque me lo hubieran dicho; tenía que seguir intentando entenderlas. Y así empezó un estado de lucha interna. El gasto de energía que requería mantener tus ideas intactas era extraordinario. Pero si no hacías al menos ese esfuerzo, te aniquilaban.

Antes de ir a la escuela, hubo un tiempo en el que fui feliz, y quiero dejar por escrito lo que recuerdo de esa época. La historia de mi infancia es una frase complicada que siempre intento terminar, terminarla y dejarla atrás. Se resiste a que la termine, y en parte es porque las palabras no bastan; mi primer mundo era sinestésico, y estoy poseída por los fantasmas de mis impresiones sensoriales, que resurgen cuando intento escribir y se desvanecen entre las líneas.

Nos enseñan a recelar de nuestros primeros recuerdos. A veces los psicólogos falsifican fotografías para que la persona en cuestión, durante la infancia, aparezca en un escenario desconocido, en lugares o en compañía de gente a la que jamás ha visto en la vida real. Los sujetos al principio se asombran, pero luego (de un modo proporcional a sus ganas de complacer), acceden a fabricar un «recuerdo» que cubra esa experiencia que nunca tuvieron en realidad. No sé qué demuestra eso más allá de que algunos psicólogos pueden llegar a ser muy persuasivos, ciertos sujetos muy imaginativos y de que se nos invita a confiar en lo que percibimos por los sentidos, y nosotros, en efecto, nos dejamos llevar: confiamos en la prueba objetiva de la fotografía, no en nuestra perplejidad subjetiva. Es un truco, no es ciencia; se trata de nuestro presente, no de nuestro pasado. Aunque mis primeros recuerdos son dispersos, creo que no son ninguna confabulación, al menos no del todo, y lo creo por su abrumador poder sensorial; porque son completos y no formulaciones aproximadas, surgidas de generalizaciones sobre los sujetos engatusados por una fotografía. Cuando digo que «noté el sabor», lo noto, y cuando digo que «oí algo», lo oigo: no hablo sobre un momento proustiano, sino sobre una filmación proustiana. Cualquiera puede proyectar esos noticiarios cinematográficos antiguos, con un poco de preparación, con un poco de práctica; quizá resulte más sencillo para quien se dedica a escribir que para la mayoría de la gente, pero tampoco estoy muy segura de ello. Tampoco me atrevería a afirmar que no

importa lo que recuerdas, sino lo que crees recordar. Yo invierto en precisión; jamás diría «no importa, ya es historia». Por otro lado, sé que un niño pequeño percibe el tiempo de un modo extraño, de manera que un año parece una década y todo el mundo por encima de los diez años parece adulto y de la misma edad; así pues, pese a estar segura de lo que ocurrió, no estoy tan segura de la secuencia y de la cronología de los hechos. Asimismo, sé que cuando en una familia se impone el secretismo los recuerdos empiezan a distorsionarse, porque sus miembros confabulan para cubrir las lagunas de los hechos; tienes que encontrar algún sentido a lo que ocurre a tu alrededor, así que improvisas una narración lo mejor que puedes. Añades cosas y razonas al respecto, y las distorsiones engendran más distorsiones.

Aun así, creo que la gente es capaz de recordar: un rostro, un perfume: una o dos cosas ciertas. Los médicos solían decir que los bebés no sentían dolor; ahora sabemos que se equivocaban. Nacimos con sensibilidad; tal vez incluso nos conciben así. Parte de nuestra dificultad para confiar en nosotros mismos consiste en que cuando hablamos sobre los recuerdos tendemos a utilizar metáforas geológicas. Hablamos de las partes enterradas de nuestro pasado y asumimos que las más lejanas en el tiempo son las más inaccesibles: que hay que emprender una prospección para encontrarlas con la ayuda de un profesional de la hipnosis o un psicoterapeuta. No creo que los recuerdos funcionen de ese modo: creo más bien que se asemejan al «santuario amplio y sin fronteras» que describe san Agustín. O una gran llanura, una estepa, en la que todos los recuerdos se disponen uno junto al otro, a la misma profundidad, como las semillas en la tierra.

Hay un color de pintura que al parecer ya no existe, un pigmento característico de mi infancia. Es un carmesí atenuado, empapado por la lluvia, como el de la sangre seca. Lo veías en las puertas de paneles de las casas, y en los marcos de las ventanas de guillotina, en las verjas de los molinos y en esos altos portales de los pasajes entre las tiendas, por los que podías acceder a los patios traseros. Todavía se puede ver en los edificios más tiznados y desvencijados, en los que la limpieza por abrasión aún no ha descubierto el color miel en la piedra ennegrecida por el hollín: se puede detectar algún rastro, algún rasguño. Los restauradores de

grandes casas utilizan vestigios de pintura para identificar la paleta de colores original de los salones antiguos, salas de estar y huecos de escalera. Yo utilizo esos vestigios de pintura (digamos que del color de la sangre de buey) para renovar las estancias de mi infancia: luego fueron verde oscuro, crema y, más adelante, de un amarillo turbio que desaparecía a la altura de los hombros, como las secuelas de un incendio.

Segunda parte
Vamos, Geoffrey, no la atormentes

Dos parientes míos murieron en incendios. Una fue la madre de mi padre, que se llamaba Alice.

Alice era viuda. Se estaba preparando para casarse de nuevo, pero poco antes de la ceremonia vio a su difunto esposo por la calle. Se lo tomó como una señal y canceló la boda. Un incendio en la casa la mató antes de que yo naciera, antes incluso de que mi padre se casara con mi madre. Nunca vi ninguna fotografía suya. Simplemente se fue.

La otra víctima de un incendio era del lado de mi madre. Era una niña que se llamaba Olive, y que murió calcinada cuando se le prendió fuego al camisón. Lo sé porque tengo un broche con una fotografía suya. Es ovalado, la forma de la melancolía, la nostalgia y los amores perdidos. Muestra un borrón de apariencia infantil, sin forma ni expresión. En la otra cara del broche está George Foster, mi abuelo materno. Es un joven soldado, serio, apuesto, decidido. Si te pones el broche, lo normal es llevarlo a él hacia fuera. No creo que nadie se lo haya puesto al revés, exhibiendo a Olive. Está condenada a mirar hacia atrás para siempre, con los ojos tapados por un esternón; mirando hacia el interior del cuerpo, como una niña que jamás salió del vientre.

Esto es lo primero que recuerdo. Estoy sentada en mi cochecito. Estamos fuera de casa, en el parque Bankswood. Mi madre camina hacia atrás. Yo extiendo los brazos porque no quiero que se vaya. Ella me dice que solo me quiere tomar una fotografía. No comprendo por qué camina hacia atrás, un poco de soslayo, desviándose hacia un lado. Los árboles que tengo por encima de la cabeza hacen un ruido parecido al de una conversación urgente, demasiado veloz para poder seguirla; las hojas se apartan, el cielo se mueve y el sol asoma para iluminarme. Y mamá cada vez se aparta más, hasta que se detiene. Levanta un brazo y se oculta parte de la cara. El cielo y los árboles se precipitan sobre mi cabeza. La

sensación es vertiginosa. El mundo entero es sonido, movimiento. Vuelve a acercarse a mí, me habla. Ahí termina mi recuerdo.

Este recuerdo ahora existe en blanco y negro, porque de mayor vi fotografías de Bankswood: esa u otras parecidas, tal vez tomadas ese mismo día, tal vez unas semanas antes o unas semanas después. Durante la década de 1950 las fotos a menudo no salían bien, o quedaban tan borrosas que se descartaban. Lo que permanece en mi recuerdo, a pesar de que el color se ha desvanecido, es la rapidez con la que se movían las nubes y el murmullo de las hojas de los árboles con el viento sobre mi cabeza: como si las aguas de la vida hubieran empezado a fluir.

Muchos años más tarde, cuando mi corazón levantó sospechas, me mandaron al hospital para hacerme una prueba llamada ecocardiograma. Una mujer me pasó un gran rodillo por el pecho. Y entonces oí el mismo ruido, ese vasto rugido universal palpitante: la sangre fluyendo por mis venas.

Sin embargo, durante un tiempo no supe si ese sonido procedía de mi interior o de las profundidades de las máquinas que había junto a la camilla.

No paro de aprender, siempre estoy aprendiendo. Para hacerle una fotografía a alguien tienes que apartarte de esa persona. Cuando has terminado, te acercas a ella de nuevo.

Debo decir que los resultados de la prueba fueron satisfactorios. No tenía el corazón más grande de lo que era de esperar.

Aprendí a andar en casa, pero de eso no me acuerdo. Cuando salías por la puerta, girabas hacia la izquierda: aunque todavía no sé que eso es la izquierda. Voy a la casa de al lado: desde la casa de mi abuela (el número 56 de la calle Bankbottom, Hadfield, cerca de Manchester) a la de su hermana mayor, que vivía en el número 58. Encastrada en la mampostería que queda a la izquierda de la puerta de mi abuela hay una anilla de hierro oxidada. Siempre meto el dedo dentro, aunque sé que no debería hacerlo. El abuelo dice que es donde ataban al mono, aunque no me creo que tuvieran uno; y aun así, un pequeño mono de color gris y ojos lastimeros que no para de mover la cola merodea por mi mente de todos modos.

He sacado el dedo de la anilla, y he probado el sabor del metal. Me fijo en los adoquines que hay bajo la ventana. Tengo que salvar la anchura de esa ventana para llegar al número 58. No aparto la

mirada de las piedras estrechas que, de lado a lado, forman un bordillo. Una, dos, y la tercera queda más levantada, de color azulado, el color de los moratones, y es en esta piedra, tal vez porque tiene el color de los moratones, donde tropiezo, me caigo y lloro. Porque sé que nunca, nunca consigo llegar al otro lado; y porque se me permite llorar, es lo que me corresponde en esta etapa de la vida. Esto continúa así hasta que un día soy consciente de que el augurio me condiciona. Y decido que no me caeré; no me caeré, a ver qué ocurre. Sorteo la piedra de los moratones. Es la primera vez. Solo era necesaria una sola vez. Ahora ya puedo salir de casa. Me lanzo a los brazos de mi abuelo, George Foster, y sé que no tengo nada que temer.

En el número 58, la cabeza me llega hasta la curva más prominente de mi tía abuela, Annie Connor. Tiene forma de luna llena y una sonrisa radiante; todo su perímetro está cubierto por su delantal de florecillas. El tejido es suave, de tanto lavarlo; tiene las manos duras y agrietadas; solo son las diez de la mañana y ya está poniendo el repollo a hervir.

—Hola, Ilary —me saluda; mi familia me puso un nombre con aspiraciones, pero la aspiración no alcanza a mi inicial. Algo avergonzada por el hecho de que no me haya reconocido, le digo quién soy ese día. Le digo que soy un valiente indio. Le digo que soy sir Lancelot. Le digo que soy el cura de la parroquia y no pone ninguna objeción. Le doy mi bendición y responde «gracias, padre».

La cabeza me queda justo por encima del teclado del piano negro. Cuando pulsas una tecla el sonido es bronquial, menoscabado; el piano del número 56 suena más dulce. Sé encontrar el do central porque en el piano del número 56 esa tecla tiene una mancha marrón en el marfil y está un poco descascarillada, como si algún animalito la hubiera mordisqueado. Me gustan los dos pianos, sus distintas voces y olores: el profundo, desdeñoso y privado aroma de su madera. Nadie me ha contado todavía que para la música soy un desastre y que sería mejor que me olvide de los pianos. Si alguien se pone a tocar, me quedo de pie a su lado y pongo los dedos sobre la madera para notar la reverberación, mientras el piano respira y ronronea como un gato. No conozco ningún gato. Tibby es el gato de la señora Clayton. Vive en el número 60 y a veces pasa por encima del muro. No lo

conozco. Es un gato protestante. George Clayton es el primero del patio que se levanta por la mañana, mucho antes del amanecer tanto en invierno como en verano, y sale de casa para ir al retrete. Lo veo por la tarde, regresando a casa: una figura enorme enfundada en un mono azul, con la cabeza enorme. Un día, se muere. A la señora Clayton, según dice la gente, «se la llevan a Macclesfield»: eso significa que está loca. Cuando vuelve, el gato Tibby todavía pasa por el muro de la casa. En ausencia de George, la señora Clayton consigue una perra llamada Shula. En la caseta, me dice, también hay escrito el nombre del criadero, «Shula Ballerina». Muerde, gruñe y corretea por el patio trasero. Eso no evita que se vuelva loca de nuevo.

En el número 58, Annie Connor empieza a jugar conmigo. Tú vas a un rincón de la habitación. Ella a otro. Las dos gritáis, muy fuerte:

El viento sopla hacia el este,
el viento sopla hacia el oeste,
el viento sopla sobre el nido del cuco.
¿Dónde está
para que tenga que ir
más allá de los campos?

Y luego echas a correr por la habitación, gritando. Y ella también.

Dos cosas que no hay que creer: lo del mono. A la gente que dice: «tengo ojos en el cogote».

Me siento en las escaleras, que son empinadas, cerradas y oscuras. Creo que me moriré. Me he tragado una mosca, o eso creo, vaya. La mosca estaba en la habitación y yo tenía la boca abierta porque me estaba metiendo un caramelo dentro. Y no he vuelto a ver la mosca por ninguna parte. Ahora se manifiesta como un cosquilleo y una carraspera en el interior de la garganta, en el lado que me queda más cerca de la pared de la cocina. Me siento con la cabeza gacha y los brazos sobre las rodillas. A las moscas se las condena de un modo universal, se dice que son sucias, asquerosas, repletas de gérmenes; por consiguiente, ¿qué manera más segura existe de morir que tragándose una? Hay otra posibilidad y empiezo a darle vueltas dentro de mi cabeza: tal vez el cosquilleo que noto

en la garganta se debe al caramelo, uno de esos de color verde de una caja de dulces surtidos llamada «Weekend». Quizá no debería haber elegido este, sino uno de esos de gelatina o de mantequilla, que son más adecuados para los niños, y si hubiera dudado y hubiera pedido uno de mazapán alguien me habría dicho «ese es malo para ti», pero ahora estoy en la escalera y no sé si es el caramelo verde o la mosca. Noto el miedo a morir dentro del pecho como una marmita borboteando a fuego lento. Me da pena; echaré de menos ver a mis abuelos y al resto de la gente que conozco. Me pregunto si debería mencionar el hecho de que me esté muriendo, sea por una mosca o por un caramelo verde. Decido que no vale la pena, ya que de todos modos no hay nada que hacer. Será mejor para ellos que no lo sepan; pero me siento sola, aquí sentada en la escalera con un futuro que se achica cada vez más. Maldigo el momento en el que he abierto la boca y he dejado entrar a la mosca. Tengo esa sensación de carraspera, noto ese cosquilleo en el fondo de la garganta y creo que es la mosca frotándose las patitas. Empiezo a pensar en cuánto tardaré en morirme…

Al cabo de un rato estoy andando por la habitación de nuevo. Ya no estoy tan segura de la decisión que he tomado de morir completamente sola. Supongo que tardaré una hora, más o menos, aunque es posible que viva hasta el anochecer. Todavía tengo la cabeza gacha. ¿Qué ocurre?, me preguntan. No me veo capaz de contarlo. Me había propuesto no alarmar a nadie; además, me da vergüenza morir así. Preferiría algo más sencillo: caerme y que todo terminara de golpe. Ahora estoy mareada. Algo me llama la atención. Quizá tengo la sensación de que es absurdo. El carraspeo seco que noto en la garganta persiste, pero no sé si es la obstrucción original que se ha instalado allí o el mero recuerdo, la huella que ha dejado, que no desaparecerá de mi cuerpo vivo. Durante muchos años, la palabra «mazapán» me afecta con su siseo mortal, el zumbido de sus sílabas, un burbujeo sepulcral.

Mi abuelo se va al Red Lamp a tomar un trago. Se pone el abrigo de cuadros y yo grito: «¡El abuelo se ha puesto la chaqueta de la cerveza!». Se calza los zapatos de ante y grito: «¡El abuelo se ha puesto los zapatos de la cerveza!». Coge la jarra del estante de la cocina y grito: «El abuelo ha cogido la jarra de la cerveza». Por austeras que sean sus costumbres, por muy moderadas que sean, no

puedo evitar relatar sus hazañas.

Una mujer así no entraría en el Red Lamp.

Mi abuelo sabe cosas sobre Inglaterra, como Robin Hood. Estoy sentada sobre su rodilla mientras tararea «All things are bright and beautiful». Mi abuela dice «¡George, mira que enseñarle a la niña esos himnos protestantes!» y yo meto el dedo en su cerveza para probarla. Para las grandes ocasiones, tengo una copa del tamaño de un dedal para beber oporto. Mi abuela dice «¡George, mira que enseñarle a la niña a beber!». Poco a poco, nos apartamos de la chimenea y del hogar y nos adentramos en el mundo real. Mi abuelo es ferroviario y ha estado en Palestina, aunque no fue hasta allí en tren. Me enseña a deletrear palabras complicadas, como ciudades remotas de nombres complicados como Worcester y Gloucester: no sé escribir, pero no importa. Como abuelo que es, sabe de dónde sale el algodón, y no solo cómo se trabaja en la fábrica. Sabe cosas sobre los esclavos americanos y la Confederación; también conoce a un gigante llamado Gazonka, que vive en una colina a las afueras de Glossop. El abuelo tiene antepasados, a diferencia de nosotros, los irlandeses, que ni siquiera sabemos muy bien en qué día nacimos. Uno de sus antepasados reprimió una revuelta haciendo caer a un hombre llamado Murphy, un matón que lideraba una turba y que blandía un látigo de alambre. Por esa hazaña, su ancestro fue recompensado con el puesto de inspector sanitario.

Cuando viene de Liverpool trae animales de gelatina y una especie de globos raros con caras y orejas a los que les puedes atar unos pies de cartón para que se sostengan. Puesto que nadie es capaz de decirme el nombre de esta creación de Dios, lo llamo «Chiripa». Si no sabes el nombre de una cosa, puedes pedirme que improvise uno, lo que no puedo hacer es hinchar un globo soplando; no puedo soplar tan fuerte. Cuando no tiene turno en el trabajo, el abuelo siempre está en casa, siempre en su parroquia. Los hermanos de mi abuela vienen de Hollingsworth y de lugares incluso más lejanos. Tengo la impresión de que vagan por las calles. Aparecen de forma inesperada; estamos hablando de una época previa a los teléfonos, antes de que la gente saliera con cualquier pretexto para estar fuera de casa cuando llamaran los parientes. Los

hermanos son ancianos indistinguibles que visten muchas capas de lana, que chupan caramelos de menta haciendo mucho ruido y se sientan en sillas duras sin quitarse la gorra: en sillas duras colocadas a ambos lados del aparador, en posición simétrica, al fondo de la estancia: como si estuviera a punto de representarse una ópera frente a la chimenea. Mi abuela les sirve un plato de jamón y algo de queso Cheshire. Tosen durante mucho rato frente a sus pañuelos arrugados, e incluso cuando no lloran tienen los ojos siempre húmedos.

Cuando mi abuela quiere ver a su hermana, golpea la pared. En otras casas, los fantasmas también dan golpes, pero aquí solo es Annie Connor, quien los da para responder.

El hogar del número 56 de Bankbottom vive en cooperación con el del número 58. Aparte de Annie Connor, allí vive también su hija Maggie. Es mi madrina, es viuda y tiene un chubasquero marrón y una bufanda de lana a cuadros. Se dedica a hacer recados para la gente y siempre está pendiente por si la llaman. Allí también vive Beryl, la hija de Maggie, mi heroína: una colegiala pícara y con hoyuelos. Solo tengo una muñeca que me guste de verdad, y la llamo Beryl en su honor. Es una muñeca de satén verde y mugriento, con muñones de satén como manos y pies, los rasgos pintados sobre una cara de calicó redonda y la cabeza puntiaguda también de satén verde y mugriento.

Mi abuelo tiene que ser el caballero y comandante de todas esas mujeres. Sus posesiones se reducen a una cantimplora, un cuaderno y un lápiz, su sombrero de guardia y su linterna de guardia. Sueño con llegar a ser guardia ferroviario como él.

En el desierto, mi abuelo montaba un camello. Le daba las órdenes en egipcio, usando ciertas palabras que solo conocen los camellos y que me ha transmitido a mí.

Tengo tres años. Estoy sentada sobre las rodillas de mi abuela, comiendo un esponjoso bizcocho recién sacado del horno. Es de color amarillo pálido, tan grueso que no sé si morder la parte de arriba o la de abajo; la experiencia me dice que tienen sabores distintos. Estamos junto a la chimenea, pero no está encendida. Brilla el sol. Por la ventana vemos como la gente pasa por la acera. La puerta trasera está abierta.

De unos ganchos que hay bajo el estante cuelgan dos jarras, en cada una cabe una pinta (cuando están vacías). Una es de color crema y la otra de un rosa pálido. Son abombadas a partir del borde, y la luz remarca sus curvaturas: una de piel lechosa, la otra parece una concha. Las patas de la mesa son intrincadas, gruesas y de color verde. Me meto bajo la mesa y paso la punta del dedo por sus circunvoluciones. El sobre de la mesa es de madera blanca cepillada. Los nudos parecen de cristal. Me consuela pensar que en la puerta de al lado, en el número 58, nuestro perro Rex está bajo la mesa, igual que yo. Los guisantes saltan de las vainas y van a parar a un escurridor esmaltado de color blanco con el borde azul marino. El aroma del interior de las vainas de guisante me envuelve. Cuento los guisantes. Arranco las semillas embrionarias del tallo y las cuento como medio guisante, o como un cuarto. Mi abuela prepara una tarta de fresas. Algo que dice la gente sobre las lentejas: «si quieres las tomas, y si no las dejas».

Yo antes era irlandesa, pero ahora no estoy segura. Mi abuela nació el Día de San Valentín, o eso creyó ella siempre; según mi madre, Annie Connor era la mayor, por lo que se inventó los cumpleaños de sus hermanos y hermanas y eligió las fechas que creyó que más les gustarían. Pero resulta que alguien consiguió un papel oficial y el cumpleaños de la abuela pasó al primero de marzo. Todo el mundo se ríe de ella. Ella también se ríe, pero no le gusta el cambio. Dicen que antes era nuestra enamorada y que ahora está loca como una liebre en marzo. Se llama Kitty, aunque a veces la llaman Kate; antes de casarse se llamaba
O'Shea.
Su madre, antes de casarse, se llamaba Catherine Ryan. Era una mujer menuda y analfabeta que caminaba muy erguida. Alguien muy anciano que la recordaba le dijo a mi madre, «mientras tú estés viva y coleando, Catherine Ryan seguirá viva». O algo por el estilo.

Años más tarde, siendo yo adolescente, mi madrina deja caer que a Catherine Ryan le gustaba beber. Tenemos que revisar la imagen mental que tenemos de su famosa manera de andar, y a mi madre ya no le gusta tanto que la comparen con ella. Yo defiendo a mi bisabuela diciendo que no me sorprende que bebiera: seguro que era como esa vieja que vivía en un zapato, que tuvo tantos hijos que no sabía qué hacer. ¿Diez, once, doce? Siempre pierdo la cuenta:

están Paddy, Martin, Daniel y Joe, luego John, Joanna y Mick. ¿Y por qué su marido la dejó sola con todos esos bebés? Mi madre dice que no fue culpa suya, que Patrick Ryan habría regresado si ella lo hubiera permitido. Mi madre suele ponerse del lado de los hombres; yo, todo lo contrario. La abuela dice: si algo tenía mi mamá es que tal vez bebía un poco, pero nunca fumó en pipa. ¡Ah, y qué bien cocinaba el repollo!

Mi madre dice: «Si nace en lunes, agraciado; si nace en martes, refinado; si nace en miércoles, sufrirá; si nace en jueves, viajará; si nace en viernes, será afanoso; en sábado, afable y generoso, pero el bebé nacido en el día del Señor tendrá alegría, salud, bondad y buen humor».

Pienso varias cosas al respecto. Creo que mi madre debió de nacer en lunes. Sé que yo nací en domingo, pero sería autocomplaciente obsesionarse con eso. Además, creo que cualquier padre preferiría un bebé nacido en sábado. Pregunto «¿qué día nació papá?» y la respuesta no se hace esperar. Creo que debió de nacer en jueves, me dice, porque cada día tiene que bajar a la ciudad.

Mi padre, Henry, es alto y delgado y tiene una chaqueta de *tweed*. Se peina el pelo hacia atrás con una solución patentada. Lleva gafas y en mi opinión parece muy inteligente. Trae a casa el *Manchester Evening News*.

Cuando viene del trabajo llega con el complejo olor de la ciudad impregnado en el abrigo, una mezcla de humo, tinta y tabaco. Tiene un juego de ajedrez de viaje con las cubiertas de cuero gastadas que se dobla y cabe dentro del bolsillo. Las piezas, rojas y blancas, encajan en el tablero agujereado. Me deja jugar con ellas, pero no al juego de verdad. No soy lo suficientemente mayor, tengo que esperar a cumplir los siete años. (Lo que me suena como si tuviera que esperar hasta los cuarenta y cinco). Con su bolígrafo bueno, Henry rellena el crucigrama del periódico. Mientras tanto, me siento sobre su rodilla. Para ayudarlo, le sostengo el bolígrafo y guardo la punta mientras él lee las definiciones, no vaya a ser que se le seque la tinta y falle cuando lo necesite. Me gusta acercarme a la gente que piensa, pegarme a ese campo cálido, bullicioso y

pegadizo de concentración. Henry lee la página de las carreras. Son carreras de caballos. Para ayudarlo, me imagino a los caballos. Él va diciendo los nombres y yo me los imagino lo mejor que puedo.

Con mi madre y mi padre Henry me monto en el tren eléctrico verde, del mismo color que mi chubasquero; lo he elegido solo por eso, porque combina con el tren eléctrico; desprende ese olor industrial de la goma. Cuando subimos al tren por las amplias puertas automáticas les cojo la mano a mi madre y a mi padre y me aseguro de que todos entramos al mismo tiempo y con el mismo pie. Temo que alguien se quede atrás, creo que cuando se cierren las puertas será imposible volver a abrirlas. Imagínate que una persona entra primero, las puertas se cierran y esa persona se queda sola en el tren: y lo peor de todo, imagínate que esa persona soy yo.

Vamos a Manchester, a ver a la señora Ward, la abuela de mi padre. (Alice, su madre, murió calcinada en el incendio). Mi bisabuelo todavía vive y está sentado en la habitación trasera, junto a la estufa, pero no parece que nadie le haga mucho caso. Tiene el pelo blanco y lleva un traje negro con una cadena de reloj cruzada sobre la magra barriga; le atribuyo el oficio de relojero. Mi bisabuela de Manchester es diminuta incluso para mis estándares, con un cráneo del tamaño de una naranja. Se me lleva al piso de arriba y abre un arcón, del que saca retales de seda reluciente. Son para que vista a mis muñecas, me explica. Soy demasiado educada para replicar que yo ni visto a mis muñecas ni sé coser.

Cuando mi madre ve los retales, me mira con sorna. «Sorna» es una palabra bonita. Sonríe a su sobrino con sorna. «Bastión» también es una palabra bonita, igual que «ciudadela», «alardear» y «torneo». Cuando alguien titubea cerca de mí, durante esta época, tiene que leerme un capítulo de *El rey Arturo y los caballeros de la mesa redonda*. Me planteo añadir la profesión de caballero errante a la de guardia ferroviario. Un caballero errante es un caballero andante, pero creo que también se refiere a un caballero que ha cometido un error. Se cometen errores todo el tiempo; es humano por parte del caballero, lo de tener un desliz de vez en cuando.

Estoy esperando a ver cuándo me convierto en un chico. Ocurrirá cuando cumpla los cuatro años.

Supongo que esos viajes a Manchester se produjeron a lo largo

de varios años; primero íbamos los tres, luego pasé a ir solo con Henry. Me daban miedo las calles y los tejados, que me parecían trampas. Estaba acostumbrada a mirar hacia arriba y no ver más que colinas. Esas casas de ladrillo rojo con ventanales me parecían escuálidas, y eso que eran más altas y estaban mejor decoradas que las casas de campo de piedra de los obreros de Hadfield. A mi primo Geoffrey, un chico alto, le mandaban acompañarme al parque. Era un trayecto sórdido por aceras interminables bajo un cielo de segunda mano, y cuando por fin llegabas al parque no había más que un conejo poco interesante, moviendo el hocico tras una reja de alambre. No recuerdo la cara de Geoffrey en absoluto, solo sus piernas: larguísimas, enfundadas en unos pantalones cortos de franela que dejaban a la vista las prominencias huesudas de sus rodillas. Mi primo era adoptado, me dijeron; me pregunto por qué, entre todas las cosas que no me explicaban, eligieron explicarme precisamente eso. Ya en casa, Geoffrey me atrapaba entre varios muebles extendiendo una de sus gigantescas piernas para evitar que me tambaleara hacia donde me proponía llegar, y cuando me daba la vuelta me barría con un brazo estirado, de manera que acababa dando vueltas sumida en una confusión llorosa. Lo hacía en broma, no pretendía hacerme daño. Yo me veía a través de sus ojos: tonta, vestida con volantes, demasiado insignificante para burlarlo o pegarle, cerrando los puños con exasperación, esos puños de bebé que tenía entonces. Y esa imagen me dejaba consternada, porque no encajaba en absoluto con la que tenía de mí misma. Dentro de mi cabeza, yo al menos ya era de mediana edad. Mi opinión sobre Geoffrey era que la circunstancia accidental de mi estatura solo ocultaba mi amplia superioridad en cualquier otro aspecto. Y esto volvía aún más irritante el hecho de encontrarme atascada en un callejón entre sillones, dando vueltas hasta que alguien se daba cuenta y decía «Vamos, Geoffrey, no la atormentes…».

Sentados a la gran mesa con un mantel blanco, comíamos jamón y lengua. Los platos blancos siempre estaban helados. Una vez le pregunté a mi madre, ¿por qué siempre comemos jamón y lengua? Ella me espetó, «porque tú dijiste que te gustaba». Me quedo de piedra; no espero que mis preferencias tengan la más mínima repercusión en el mundo, y está claro que a mi madre le sucede lo mismo.

Los trayectos de vuelta a casa no los recuerdo. Supongo que estaría agotada, entre Geoffrey, el conejo, el relojero y la tensión constante en el rostro de mi madre. Permitía que subiéramos al tren sin exigencias.

Ward significa «guarda», que puede ser un lugar de vigilancia, puede designar un segmento defendible dentro de un castillo: un lugar para centinelas.

Tengo una amiga. Se llama Evelyn y es protestante. Bajo al patio para jugar con ella. La madre de Evelyn va envuelta en un gran delantal. Es alegre y habla con acento escocés. Mi madre la llama Kath, un nombre que parece que se funda al final. Me enseña a decir «Kirkcudbrightshire». Cuando me sirve la cena, ya le ha puesto sal a la comida: el abuelo se ha dado cuenta de que yo no me pongo sal, pero ella no puede saberlo. Sus piernas, enfundadas en gruesas medias oscuras, tienen forma de botella, de modo que cuando alguien menciona la cerveza negra me viene a la cabeza la madre de Evelyn.

La casa de Evelyn, la casa de los Aldous, es más oscura que la nuestra y huele más a masa hervida. Al no ser católicos, no tienen piano, pero su parcela del patio, la que queda más al fondo, está muy bien arreglada y tiene muchas flores. Frente a la salida de casa mi abuelo ha cavado un parterre para plantar capuchinas, de manera que trepen por un muro. Él las llama «tacos de reina», y dice que las semillas se pueden encurtir y comer, que son buenas en un plato llamado «sallet», pero yo pienso que es un desperdicio. Todo mi campo de visión queda cubierto por esas hojas pálidas y sus flores. Cuando intento nombrar sus colores imperiales, desde el escarlata al ámbar estriado, noto cómo el pecho se me hincha de un modo peligroso; me las imagino como si fueran instrumentos musicales, emitiendo melodías majestuosas e imperiales desde sus corazones, porque tienen forma de trompa de gramófono, por lo que he visto en las fotos. Esas flores combinan todas las virtudes, el portentoso gemido de los instrumentos de viento, el brillo negruzco del carmesí: para el ojo, la textura esponjosa del terciopelo, pero para las puntas de los dedos, la magulladura en la piel de un bebé.

El padre de Evelyn, Arthur, cultiva geranios. Las flores son puntos escarlata, los tallos son curvados y nodulares. Arthur llega

del trabajo todavía con el mono puesto y la camisa arremangada por encima de los codos, lo que me permite ver los tendones y las venas nudosas en la parte interior de sus brazos. Creo que son tallos de plantas, que no es humano, que tal vez es un ogro. Cuando lo oigo entrar, echo a correr hacia la puerta trasera y entro en casa.

Soy consciente, a medida que pasa el tiempo, de que los adultos hablan de esto, y de que los hace reír. «Quien ríe el último», pienso de un modo sombrío. El padre de Evelyn tiene savia en lugar de sangre. Si no saben que es peligroso, peor para ellos. No hay que avergonzarse del miedo, ni tampoco de huir, si la retirada es táctica y el enemigo un hombre verde.

Tengo cuatro años. ¡Cuatro años, ya! Ivy Compton-Burnett describe a un niño con «la ambición de continuar en la infancia», y yo tengo esa misma ambición. Soy gorda y feliz. Cuando me preguntan si cambiaría mi catre por una cama mullida, la respuesta es «no». Siempre estoy ocupada: como vigilante, como caballero errante, como entrenadora de camellos. ¿Por qué querría yo avanzar en la vida?

Mi abuelo me levanta en volandas y me sienta sobre sus brazos cruzados. Oteamos Albert Street, una calle adoquinada que transcurre por detrás del patio. Serio, me señala con la cabeza el otro lado de la calle, donde hay un robusto muro, más alto que un hombre, coronado con enormes losas planas, tan anchas que un ejército podría marchar sobre ellas. La piedra está ennegrecida por el hollín, y el muro es tan imponente, tan formidable, que parece que no pueda ser derribado jamás. Me cuenta, sin énfasis, casi con indiferencia: «Tu bisabuelo construyó ese muro». Noto su orgullo, noto la fuerza de sus brazos. Pienso, «¡nosotros lo construimos todo!».

En la parte de atrás del patio hay una guardería, un edificio prefabricado con una placa para conmemorar que lo inauguró lady Astor; me sirvo de alguien para que me lo lea en voz alta. Mi abuelo me cuenta que la gente de la guardería trepa a la pared del fondo para preguntar, «¿Ilary no vendrá a nuestra escuela?». Pero él les dice, me cuenta, que quiere tenerme cerca, que soy demasiado útil para no estar en casa. Al abuelo y a mí nos preparan comida especial y comemos a horas distintas que el resto de la familia. Cuando termina el turno, come solo: callos, conejo, comida propia

de un hombre. Más o menos a mediodía, yo me como una chuleta de cordero y una rebanada de pan con mantequilla.

Invierno: vamos a ver la pantomima. Nos sentamos en lo alto de un palco, en la oscuridad del atardecer. El palco me gusta más que Mamá Ganso. Un hombre vestido con ropa normal sale al escenario. Levanta los brazos y se presenta ante el público: «Soy Anthony Eden».

El público responde con un rugido. Yo sé que no es él.

Tenemos dos problemas. Primero, el perro de aguas. De vez en cuando, un perro baja trotando los escalones del patio, da una vuelta moviendo el rabo y luego se marcha de nuevo. Era un perro decrépito, viejo y deforme; hace ya un tiempo que lo veo. Tiene la cara larga y triste, y es de color pardo con manchas blancas.

—Cuando era pequeña —digo con timidez—, pensaba que ese perro era una vaca.

Esperaba estar dando pie a una respuesta tipo «Bueno, es que en realidad lo es, por dentro», aunque la réplica que obtuve fue otra.

—No seas ridícula.

Yo ya sabía que era un perro. Pero no podía evitar pensar que, en cierto modo, por dentro, era una vaca. Tenía la sensación de que todo era engañoso y de que la verdadera naturaleza de las cosas a menudo quedaba oculta. Nadie se limitaba a llamar a las cosas por su nombre: no si podían evitarlo.

De algún modo, me metí en un lío. Parece ser que llamé mentirosa a mi amiga Evelyn. Ella se quejó a su madre Kath. La palabra «mentirosa», ahora ya lo sé, era una palabra terrible, prohibida, de esas que los niños no pueden decir. Incluso si era una persona adulta quien se la decía a otra, podía ser motivo de escándalo.

La señora Aldous bajó al patio para quejarse a mi madre. Se plantó delante de casa con un aire realmente tenaz. Hubo palabras altisonantes. Mi madre me llevó a un lado y me habló con mucho tacto. Intentaba negociar una fórmula que complaciera a todas las partes. Me preguntó: «¿Es posible que le dijeras a Evelyn que va contando mentiras?». Yo lo negué. Esa conversación no había tenido lugar. Me quedé de piedra. Se dijeron más palabras altisonantes, de familia a familia. Detuve a Kath mientras cruzaba el patio. Quería

aclarar las cosas. Levanté la mano para detenerla y tiré de su delantal.

—No lo dije —aseguré. Ella se inclinó hacia mí, sonriendo, rezumando esa dulzura escocesa, con las manos extendidas sobre los muslos.

—Ay, cariño, pero sí que lo dijiste.

El incidente acabó en nada, en cierto modo. A mí me quedó una sensación de injusticia y de perplejidad. Mi amiga había mentido asegurando que la había acusado de mentirosa. ¿Por qué? ¿Siempre tienen que creerla a ella y no a mí? Yo estaba segura de no haber pronunciado las palabras que habían suscitado la queja, porque no me preocupaba en absoluto que ella dijera mentiras. Siempre estaba confabulando, pero ¿qué podías esperar de alguien cuyo padre era una planta? Aunque claro, no podía alegar algo así en mi defensa. Parecía uno de esos nudos que queda más apretado cuanto más intentas deshacerlo.

Notaba que se avecinaban problemas. Uno de esos días tuve que ir a la escuela. Mi madre, que trabajaba allí como secretaria, ya había traído a casa un libro e intentó convencerme de que lo leyera. Yo le había echado un vistazo a hurtadillas y no había pasado de la «Introducción para docentes». Cuando mi madre pasó las páginas y me mostró esas palabras tan cortas que tenía que dominar, resultó que no me interesaba.

Mi abuelo, cuando estuvo en el ejército, fue instructor en el cuerpo de artillería. Todavía sabía recitar de memoria el manual de las ametralladoras, y yo lo aprendí de él igual que lo aprendió mi madre cuando también era niña. Supongo que nos parecía algo útil.

Pasaba tiempo con mi abuela, y también con su hermana Annie. En el número 58, se sentaban junto al fuego en sillas duras, de madera, despiadadas; eran viejas, pensaba, pero por desgracia no tenían sillones. No paraban de hablar, siguiendo un patrón entretejido de palabras antiguas e interesantes, y el estribillo era:

—Kitty, nacimos demasiado pronto. Ay, Kitty, Kitty, ojalá tuviera diez años menos.

—Ay, Annie, tienes razón, a mí me pasa lo mismo.

Annie Connor dice que espera no odiar jamás a nadie, pero el caso es que le resultaba imposible no odiar a los Black and Tans, los militares británicos que luchaban contra la independencia de

Irlanda. Y los de la orden de Orange tampoco le caían bien. Mi abuela, en cambio, no se pronunciaba al respecto. Creo que si un Black and Tan se hubiera plantado frente a su puerta con cara de hambre seguramente habría sentido lástima por él y le habría preparado una tarta de fresas.

En el número 56, mi abuelo era el único que se sentaba en un sillón, con un cigarrillo entre los dedos y el cenicero de latón en equilibrio sobre el reposabrazos. Las mujeres no se relajaban nunca; cuando eran jóvenes no paraban de correr de un lado a otro, y cuando eran viejas se sentaban en sillas duras hasta que morían, desplomándose sin más sobre el linóleo, golpeándose la cabeza contra la chimenea y esperando a que se las llevara el sepulturero, el señor Worsley, que era el encargado de enterrar a los católicos. Maggie, la hija de Annie Connor, no era ni vieja ni joven. No se sentaba jamás. Y mi madre tampoco, ni mi prima Beryl. Mi abuela estaba tan arrugada por la ansiedad que su cara parecía una falda plisada. Igual que su hermana mayor, tenía las manos gruesas, con las palmas ásperas y agrietadas, y yo creía que las tenía así de tanto lavar ropa con Fairy y de limpiar la chimenea con Vim. La abuela siempre fregaba de rodillas, y lo hacía sobre una esterilla negra, su «esterilla para las rodillas». Cuando llamaban a la puerta y no sabía quién era, se escondía en la escalera. Nunca salía de casa. La explicación oficial era que le dolía la pierna mala, pero yo sabía que había otro motivo, que además me daba mucha lástima: igual que una chiquilla, era demasiado tímida para hablar con desconocidos. Cuando algo la hacía reír, se le llenaban los ojos de lágrimas y se balanceaba sobre la silla: se balanceaba tanto como se lo permitía el corsé, entre chirridos. Ella y Annie Connor llevaban unos corsés terribles, de color rosa salmón: como una doncella de hierro de la que sobresalía la cabeza.

Más adelante, mi madre me habló sobre el carácter de sus padres, estrecho de miras y falto de imaginación. Mi abuela había empezado a trabajar en la fábrica a los doce años; y mi madre, a los catorce. Era muy menuda y de salud delicada; era bonita, lista y avispada. Sin embargo, su escuela cometió algún error burocrático y no pudo inscribirse al examen para acceder a una beca que, con el permiso de sus padres, le habría permitido seguir estudiando. Aunque tampoco importaba, según me dijo más tarde, ya que sus

padres no le habrían dado permiso de todos modos. Le habría ocurrido lo mismo que a su padre una generación antes, cuando George Clement Foster corría por las calles empedradas de Glossop: alrededor de 1905, regresó a casa corriendo, gritando «¡He aprobado! ¡He aprobado!». Sin embargo, no tenían el dinero necesario para el uniforme; en cualquier caso, no se estilaba eso de seguir estudiando. Lo que hacías era aceptar el lugar que te había tocado en la vida. A mi madre le habría gustado poder estudiar Arte, pero en Bankbottom nadie había oído hablar de algo semejante. Se presentó a unas oposiciones para obtener un trabajo como oficinista, pero se lo acabó llevando una chica llamada Muriel; según mi madre, la pobre Muriel respondió mal a todas las preguntas, pero sus tíos tenían influencias. Frustrada e infeliz, se quedó en la fábrica, ganando un sueldo tan válido como el de cualquier hombre, según ella. El trabajo era duro y causó estragos en sus músculos y huesos aún inmaduros, aunque habrían de transcurrir muchos años antes de que los efectos fueran visibles; por aquel entonces, con energía de sobra, se pasaba las noches cantando y bailando en espectáculos de aficionados y pantomimas. El de la Cenicienta era su papel preferido. Su escena favorita: la transformación. Se preguntaba a sí misma si de verdad era hija de sus padres. ¿O acaso era una princesa a la que habían cambiado de cuna y que había ido a parar por accidente ni más ni menos que a Bankbottom?

Me pasé la infancia preocupada por el zapato de cristal. Me parecía un objeto muy traicionero: podía romperse y las esquirlas podían cortar la tierna suela curvada del pie mientras danzaba. La escritora Emily Prager dijo en una ocasión que de niña había reescrito la segunda mitad de la historia; la Cenicienta llega al baile y se rompe una pierna. Yo lo vivía de un modo muy parecido; la situación me parecía demasiado precaria, dependías de agentes irresponsables como calabazas y ratones, y siempre tenías que estar pendiente de la medianoche, tic tac, los minutos iban pasando y cada vez se acercaba más el momento de volver a quedar reducida a cenizas y harapos. Sentí un gran alivio cuando, ya adulta, supe que el zapato en realidad no era de *verre*, sino de *vair*: es decir, de armiño. El príncipe y su séquito recorrieron el reino con un órgano femenino diminuto en la mano: la novia ideal, representada por sus

partes íntimas. No importa el rostro: el príncipe no se había molestado en levantar la mirada. Lo único que sabía era que allí encajaba a la perfección.

Tres, cuatro, todavía tengo cuatro años: creo que me quedaré con cuatro años para siempre. Me siento en el escalón de la puerta trasera para que me hagan una foto. El pelo rubio me sobresale por debajo del gorro. Llevo unos pantalones de pana marrón y un cárdigan de lana rosa con cremallera; lo llamo «cortavientos». Tengo otro igual, pero de color azul. Tengo también una chaqueta de punto cruzada de color amarillo, y a esa la llamo «el abrigo príncipe Carlos». Llega el verano y llevo puesto un vestido blanco impecable, con un estampado de zarzamoras, que muestra mis rodillas con hoyuelos. Tengo un vestido rosa y azul que a mi madre no le gusta mucho, lo elegí yo porque es más largo; las niñas de seis años, pienso, llevan las faldas más largas, y empiezo a darme cuenta de que la juventud no puede durar para siempre, y ahora espero que me tomen por mayor de lo que soy. El inicio de la infancia ha quedado postergado, hasta ahora. Pero la paciencia es una virtud para mí.

Vamos a Blackpool y nos alojamos en la pensión de la señora Scott, solo nosotros tres: mi madre, mi padre y yo. Insisto en que nos pongamos juntos frente a un espejo. Tienen que cogerme en brazos entre los dos mientras yo coloco mis brazos rechonchos alrededor de sus hombros, aferrándome a ellos con las manos. Llamo a esta fotografía «Todos juntos»; insisto en el título. Ahora sé que ese cuadro, esa farsa, debió de causarles un dolor sordo y profundo. De vez en cuando lo repetimos, insisto en ello y se me da muy bien insistir. Como caballera que soy, estoy acostumbrada a organizar asedios para conquistar grandes fortalezas, de manera que las reticencias y la confusión de mis padres no evitará que modele la vida hasta que adquiera la forma que deseo.

Desde el muelle de Blackpool, me fijo en los remolinos de tinta sobre el agua ondeante. Una vez más, el ruido de la naturaleza, profundamente coloquial, demasiado veloz, se me escapa; una vez más, el movimiento apresurado, azul, profundo, muy hondo. Levanto la mirada hacia mi madre y mi padre. Están muy juntos, hablando por encima de mi cabeza. Me viene algo a la mente, algo

tan liviano y extraño que parece como si fuera el primer pensamiento de mi vida. Me sorprende con una intensidad penetrante, como un alfiler en el ojo. El pensamiento es el siguiente: que yo impido que sean felices. Yo y solo yo. Que mi padre me arrojará a las rocas, que me lanzará al mar. Que tal vez no lo hará, pero el corazón le dice que debería hacerlo. Porque ¿qué soy yo, sino una niña desechable, sustituible? Y sin mí tendrían alguna oportunidad en la vida.

Lo siguiente es que estoy en la cama con fiebre. Tengo los pulmones llenos a reventar. Agua hirviendo, agitada, espumeante. Inerte, me dejo llevar por la corriente que fluye bajo las olas. Para abrir los ojos, tengo que obligar a mis párpados a vencer el peso del agua. Intento morir y al mismo tiempo intento vivir. Abro los ojos y veo que mi madre me mira desde arriba. Está sentada, se vuelve hacia mí con una expresión de angustia. Ha creado una valla con las sillas de comedor de la señora Scott, con los respaldos hacia mi cama, y se sienta tras esa barrera para vigilarme. Con las muñecas cruzadas, apoyadas en los respaldos de las sillas y sus manos de dama colgando. Durante uno o dos minutos intento salir nadando del agua: aferrándome a lo que puedo. Pienso en lo bonita que es: nacida en lunes. Su rostro enmarca una pregunta. Jamás formulada. Mi madre ha traído sus propias sábanas de casa, la mejilla me arde y debajo noto el tacto rasposo de una mariposa: extiende unas alas exuberantes que mi madre bordó con sus propias manos en la funda de la almohada. La veo, la reconozco, extiendo mis dedos para palpar los bordes. Si estoy con esta mariposa no estoy perdida, me han encontrado. Pero no puedo quedarme. Tengo demasiada fiebre, estoy demasiado enferma. Noto cómo se me lleva la corriente.

Ahora estoy cambiada. No por esa fiebre, sino por una sucesión de ellas, he perdido una buena mata de pelo. Lo que me queda son como plumas, pienso, como pelusa. Pierdo la grasa de bebé. Durante los próximos veinticinco años seré frágil, delicada. A mis veintilargos, tengo la caja torácica estrecha, la cintura diminuta y los brazos finos como ramitas y cubiertos por un fino vello rubio casi blanco. A los veintinueve años mis formas son como las de un fantasma en una obra de teatro: como el espíritu burlón de Noël Coward, caminando con pasos silenciosos, un fantasma de aire y humo. Pero mi vida cambiará de nuevo, y me encontraré a mí

misma como uno de los personajes de Candia McWilliam, «envuelta en un traje de grasa». Seré sólida, rotunda, anclada, grotesca: incómoda a perpetuidad, retorcida, mutada y pálida a más no poder.

Todos podemos cambiar. Todos podemos cambiar a mejor, en cualquier momento. Lo creo de verdad, pero lo que sin lugar a dudas es cierto es que podemos acabar sintiéndonos incómodos en nuestra propia piel, sea por enfermedad, por accidente, por una adversidad o por un simple capricho hormonal. Tengo cuatro años y mi madre me cuenta esta historia sobre mí: que nací con el pelo negro y muy espeso. A los cinco años lamento haberlo perdido y me dedico a tejer mentalmente el espectro de una trenza negra que me cae por encima del hombro derecho. Alguna vez, me digo a mí misma, fui una india americana. Tengo un tocado con plumas y un tipi que me compraron en Manchester: así de claros tengo mis nuevos requisitos, mis antecedentes. El tipi está erigido en medio del piso de mi abuela, y dentro tengo una sillita y una mesita. La gente tiene que esquivarme al pasar. Tomo las comidas dentro del tipi, y creo que tengo las manos marrones cuando uso la cuchara. Pero ya tengo la sensación de que es un juego, mientras que, en algún momento anterior, en otra vida, tuve todo esto con pleno derecho. Sé que esta creencia no puede ser cierta. Pero ha creado en mí una emoción complicada; lo que siento, por primera vez en la vida, es nostalgia.

Es el año 1957. Davy Crockett está de moda. Consigo un gorro de pieles con cola. Cantamos una estúpida canción que dice «Davy, Davy Crockett, es el rey de la frontera salvaje». Me dan ganas de reír, pero no estoy muy segura de quién es el objeto de la broma. Cantamos que mató a un oso cuando solo tenía tres años. No sé por qué, pero lo pongo en duda. Ni siquiera yo he hecho algo semejante.

¿Dónde están los caballeros de la mesa redonda? En suspenso, mientras voy asumiendo cómo se conquistó el oeste. Ahora ocurre otra cosa. ¡Monto un escándalo! Está relacionado con mi papel en la vida. ¿En qué momento exacto me convertiré en un chico?

Mi madre y mi padre han estado en Manchester, sin mí. Te hemos traído un regalo, me dicen mientras se quitan los abrigos. ¿Qué es? Bueno, es una casa de juguete. La sacan de la larga caja de

cartón con una ventana de celofán que sirve para mostrar el contenido. Hay un juego de té para muñecas, una tetera, una jarra de leche y un azucarero de aspecto rústico, con puertecitas y ventanitas: aunque la tetera es la única que tiene techo y está hecho de paja. Al principio me quedo desconcertada: ¿para qué sirve, o cómo se supone que tengo que divertirme con eso? ¡Luego me dicen que le han comprado un juego de tiro al blanco a mi primo Christopher! ¿Un juego de tiro al blanco? Abro la boca y empiezo a berrear. ¡Un juego de tiro al blanco!

¡Vaya!, los oigo decir. ¡Menudo berrinche! ¡Hemos tenido que dárselo a ella!

El juego de tiro al blanco consistía en una barra metálica sobre un soporte que se colocaba encima de la alfombra. De la barra pendían cuatro formas animales rudimentarias de plástico moldeado, pintadas con colores primarios, que se balanceaban. Solo recuerdo el búho; es posible que fuera el único animal que fui capaz de reconocer, aunque también podría ser que me sorprendiera que los búhos se consideraran un objetivo. También venía con un rifle diminuto que disparaba un corcho. Tenías que tenderte bocabajo y colocarte muy cerca, si querías acertar a los animales; sabías que les habías dado si se agitaban sobre la barra. Ya está, no tenía más. El juego me pareció aburrido. Había previsto que un juego de tiro al blanco implicaría verdadera destrucción. Masacre.

Todos estamos decepcionados. Ellos, porque pensaban que yo era demasiado madura para el juego de tiro al blanco; y era cierto, lo era. Por mi parte, porque no consigo comprender lo de la casa de juguete. Debieron comprarlo para otra persona, una hija ideal que no tienen. Todavía corre por casa; la tetera, sin usar, está colocada en el armario de la vajilla y tiene un aspecto estúpido, pero mi madre guarda las horquillas para el pelo en la casita que se supone que es un azucarero. Pasan los años. Se han roto una docena de vajillas, pero la casita de juguete sobrevive. Los bordes de las pequeñas ventanas se llenan de mugre. Y noche tras noche, mi madre me sujeta el pelo con las horquillas para intentar que me quede rizado. Con el tiempo, el pelo me crece de nuevo: rubio grisáceo, liso, largo hasta la cintura y lacio como un velo.

—Te pesa tanto que se deshacen los rizos —se queja mi madre. Pero en realidad jamás tuve rizos ni me pesaba el pelo.

Solo estoy jugando, dentro del tipi indio, y lo sé. He perdido el cuerpo de guerrero que tenía antes de la fiebre. Mi presencia de bala, mi solidez, se ha desvanecido. La ambigüedad me ha afinado los huesos, me ha vuelto ligera y me ha desgastado, me ha quitado el habla y me ha convertido en rubia. Me doy cuenta (y saberlo me pesa en el pecho) de que jamás me convertiré en un chico. Y no sé muy bien por qué. Noto que las cosas se han desviado demasiado pese a haber partido de un lugar ideal.

Más adelante, cuando tengo seis años, me regalan una muñeca negra. Mi madre quiere criarme para que pueda tener hijos de cualquier raza. La muñeca es enorme, mide la mitad que yo. Grita «mamá» cuando la meces: si te molestas a mecerla, claro. Sus labios diminutos son de color escarlata y están separados para mostrar la punta de la lengua, también escarlata. El pelo es lanudo y muy corto. Lleva puesto un vestido de volantes de color blanco. Sé que si la arrastro se me ensuciará; es un riesgo que no tengo intención de correr. Me doy cuenta de lo cara que debe de ser y de que, en cierto modo, es de mi madre, puesto que fue ella quien la trajo. Noto la dureza de su frente de cerámica cuando presiono los labios contra ella.

Mi madre y mi padre están sentados juntos en el salón del número 56 de Bankbottom. Es una tarde de verano, deben de ser las cuatro; me cuesta una barbaridad decir la hora. Ciertos momentos del día tienen su propia luz inconfundible, los rayos de sol atraviesan los cristales casi en horizontal. Están sentados frente a frente, con un juego de ajedrez entre los dos; no es el juego de viaje, ya que hoy nadie irá a ninguna parte. Piezas negras y blancas: pero ninguno de los dos las mueve. La casa está en silencio. ¿Dónde están los demás? No lo sé. Conozco bien las piezas del ajedrez, el caballo sigue siendo mi favorita: con ese cuello recurvado y el hocico dilatado. El silencio se prolonga, una larga nota musical; la luz hace brillar las motas de polvo. Nadie se mueve, ni el hombre ni la mujer; tienen las manos quietas, la mirada gacha. Las piezas se estremecen, esperando a que las toquen: las negras y las blancas, el alfil de cráneo liso, la reina alta y poderosa, los peones, infantiles y anónimos. Y de estos últimos, además, hay muchos: corretean por el tablero, rompiendo filas con presteza para aventurarse hacia el frente, abatidos con facilidad por los francotiradores y confinados al

olvido de la caja de madera de tapa corredera. Comprendo el juego, casi. En la ranura que el alfil tiene en la cabeza puedo encajar la uña del meñique, y las piezas blancas son de madera clara, las vetas forman remolinos por sus curvas; las cabezas de los peones, imaginadas bajo las yemas de mis dedos, ruedan como guisantes en sus vainas. Luz, polvo, silencio; las cuatro de la tarde.

Un ruido desgarra el aire. Mis padres levantan la cabeza. Es una motocicleta sin silenciador, rasgando la tarde con su rugido al pasar por la calle: cien kilómetros por hora. Hace tintinear las ventanas; el escándalo despierta a los bebés y asusta a los perros. Luego, al cabo de un instante, pasa de largo y se reduce a un gruñido; cambia y muere en un momento, hasta convertirse en un zumbido melancólico, en un suspiro. Nadie ha dicho nada. Pero lo hemos oído. Alguien se aclara la garganta: no soy yo. Se mueven en sus sillas. Agachan las cabezas de nuevo. El estruendo, el rugido, ha durado unos segundos, pero el oído interno vuelve a reproducirlo sin poder evitarlo: alejándose, dejando un vestigio parecido al del vapor en la brisa por el largo y tortuoso camino.

Pienso que esto lo recordaré. Que lo recordaré siempre; esa nota moribunda, la luz inclinada, las cabezas gachas. Es un momento en el que soy puramente consciente de mí misma, un anticipo de lo que está por llegar. Además, sé que no están mirando el tablero de ajedrez; con disimulo, se miran a la cara.

Me llevé mis caballeros a la escuela: pequeños, grises, de plástico, dentro de una bolsa. Eran para un día de lluvia. Mi madre me dijo que no pasaría nada.

Una simplemente nunca había visto tantos niños juntos. Tardé unos días en determinar su completa ignorancia. A Evelyn ya la tenía adiestrada, hasta cierto punto, pero allí nadie comprendía nada sobre el arte de la guerra. ¿Un bazuca? No sabían qué era. ¿Ametralladoras? Se quedaban igual. Supongamos que entraba un camello y tenían que darle instrucciones. Esos chicos se dedicaban a pasear de un lado a otro con la boca abierta, moqueando, con dos rastros plateados entre la nariz y el labio superior: con las chaquetas de punto holgadas, los dedos de los pies asomando por los calcetines, el pelo enmarañado y los ojos adormilados, perdidos por cualquier parte menos donde deberían fijarse. Cuando volvían después de comer, se quedaban de pie en sus sitios, junto a las

sillas, contemplando boquiabiertos la pizarra, en la que estaba escrita con tiza la palabra «Escribir». Los niños entonaban a coro, «Eees-criii-biiir». Al cabo de unos días, pensé que sería un acto de misericordia añadir un poco de variación dando palmadas y cantándolo siguiendo un ritmo sincopado: escri-bir, ¡es-cribir!

—¿Quieres que te atice con esta regla?, —me dijo la señora Simpson.

Decidí no responder nada. Me parecía evidente que la respuesta era no, pero tampoco sabía a qué venía esa propuesta.

Conservé mi vigor durante una o dos semanas, mi alegre resiliencia preescolar; era una chiquilla menuda y pálida, después de Blackpool, pero tenía la cabeza repleta de epigramas caballerescos y una gran confianza en mí misma derivada de mis extensos conocimientos en materia de equitación y manejo de la espada. También conocía a muchos ancianos y a muchos difuntos; me sentía bien en su compañía, formaba parte de su linaje y no veía el momento de volver con ellos y abandonar las interrupciones que ahora me imponían. No sabía leer, pero el resto de los niños tampoco, y eso supuso una aburrida odisea cuesta arriba en compañía de Dick y Dora, el

ga-to

y el

pa-to

de Dick y Dora, que se llamaban Nip y Fluff, la

ma-má

de Dick y Dora y el

jar-dín

de Dick y Dora. A veces

pa-pá

también aparecía, y si no me falla la memoria era un académico que se estaba quedando calvo. Todo eso era de lo más tedioso, y puesto que yo ya tenía la cabeza repleta de palabras, sagas enteras que me sabía de memoria, no estaba muy convencida de que fuera necesario. Antes de confiarme papel y lápiz me dieron tiza y una pizarra, pero era tan vieja, tan gruesa y lustrosa, que las letras resbalaban en cuanto intentaba trazarlas con tiza. Al final de la mañana solo pude terminar las letras hasta la D. La señora Simpson se mostró sorprendida y decepcionada por igual. No me amenazó

con violencia. Me dieron plastilina para moldear las letras. En lugar de hacerlas planas sobre la mesa quise que pudieran tenerse en pie, de manera que cuando sonó la campana, una vez más, no había llegado más que hasta la D. Di la impresión de ser una niña lenta y estúpida. Era demasiado vieja y demasiado joven para el lugar al que había ido a parar. Había dejado atrás los mejores años de mi vida.

Una de las dificultades a las que me enfrenté fue el hecho de no haber comprendido que la escuela era obligatoria. Creía que simplemente podías probarlo y que, si no te gustaba, podías volver a dedicarte a lo que solieras hacer antes. En mi caso, se interpuso en la asistencia vital que le prestaba a mi abuelo y significaba perder varias horas de mi tiempo cada día. Sin embargo, luego me explicaron que tenía que ir; no había otra opción. No ir, según mi madre, iba contra la ley. Pero ¿y si no voy?, pregunté, ¿qué ocurriría? Mi madre me dijo que entonces recibiríamos una citación judicial. Yo dije, ¿como un juicio? Había oído la palabra «juicio». Me sonaba como el largo silbido apestoso que salía de los fogones antes de encenderlos con una cerilla. Juicio, gas: el silbido de esas palabras era más grave que el de «mazapán», y mucho después de haberlas pronunciado su rastro permanecía en el aire, invisible y pernicioso.

De manera que no me quedó más remedio que ir a Saint Charles Borromeo; en cierto modo confundí su carácter obligatorio con su carácter permanente. Un día pensé que mi madre no vendría a recogerme. Que se «olvidaría» y que, por una cuestión de tacto, nadie se lo recordaría. Que me quedaría en la escuela y tendría que vivir allí. Mi abuelo querría venir a buscarme, pero el abuelo no manda; él nunca viene a la escuela. Incluso si mi madre estuviera viniendo a recogerme, algún accidente o un golpe del destino se lo impedirían. Pensando en todo eso, de mis ojos empezaron a brotar lágrimas que me enturbiaron la vista. Incluso me puse a gritar con exasperación por miedo al abandono. La señora Simpson sacó su diminuto reloj de pulsera de oro y me lo mostró. Cuando la manecilla pequeña esté aquí y la manecilla grande esté aquí, me dijo, tu madre llegará. Dicho esto, dejó el reloj sobre el escritorio. A las niñas y niños mayores, que ya tenían cinco años, les permitió que me cogieran en volandas para mostrármelo. Odiaba tanto sus

manos, sus brazos pesados sobre mi cuello, que intenté seguir llorando en silencio, pero un niño llamado Harry, que tenía el pelo de un color rojo encendido, gritaba «está llorando, está llorando» cada vez que veía salir una lágrima por debajo de mis párpados cerrados.

Creía que me abandonarían para siempre en el Palacio de las Preguntas Tontas. ¿Quieres que te atice con esta regla?

El juego favorito de los niños se llamaba «agua». Cada tarde, cuando terminaban las clases, nos repartían cosas para jugar, papel, pinturas, ceras, y el niño o niña preferido del día podía acercarse al lavamanos, que estaba en un rincón del aula. El placer de «agua» consistía en llenar el lavamanos y jugar con unos patitos de goma.

Llegué a casa con el pañuelo empapado.

—¿Se te ha caído en el retrete?, —me preguntó mi madre. No lo dijo enfadada, lo que fue todo un alivio; durante esos días, tenía la sensación de atraer la ira como un imán.

—No —respondí con un hilo de voz—. Me ha tocado jugar con el agua.

¿Cómo podía conocer el horror anquilosante de esos dos patitos de goma amarillos? ¿De lo que implicaba pasar treinta minutos en compañía de esos patos? Y encima se suponía que era un premio, un favor, un honor que despertaba la envidia de los demás niños, esos niños a los que no veía porque les daba la espalda. Nunca le des la espalda a tu enemigo: es algo que sabe cualquier caballero. Peor aún, ¿cómo es posible que mi madre me imaginara utilizando los retretes de la escuela? Me había bastado acercarme un poco a esos urinarios apestosos que quedaban a la sombra de un alto muro, con el suelo empapado del agua porque las cañerías explotaban cada invierno y la madera de las puertas estaba tan podrida que parecía como si las hubiera roído una rata gigantesca. Teníamos un retrete exterior en casa, lo compartíamos con el número 54, pero, perdona, ¿esto? Tenía que ir a lo que llamaban el «lavabo de los pequeños», que era el doble de diminuto. El problema con los pequeños era que se las arreglaban de forma muy aproximada; no diferenciaban mucho entre la taza del váter y el suelo.

¿O sea que mi madre no lo sabía todo? Creía que había un acuerdo entre madre e hija. Comprendía buena parte de lo que pensaban los demás, o al menos lo que pensaba la gente con la que

me relacionaba, la gente con la que vivía en Bankbottom; comprendía a los tíos más lejanos que entraban resollando, y podía predecir con un alto grado de éxito lo que dirían a continuación. Asumía que ese nivel de comprensión era recíproco. Entendía que mi madre me entendía. Quedé destrozada cuando me di cuenta de que el mero hecho de encontrarme a una milla de distancia significaba que no podía saber lo que ocurría en el aula infantil.

No puedo decir que no aprendiera nada en Saint Charles Borromeo. Aprendí a controlar mi vejiga; es algo útil para las mujeres, sobre todo cuando se hacen mayores. Lo segundo que aprendí fue que me había equivocado en casi todo.

—Señorita Simpson —la avisó Harry—. ¡Ilary está llorando otra vez!

Ha ocurrido algo extraño. A mi madre le ha cambiado el color del pelo. Antes tenía un tono ceniciento, y de repente se ha convertido en un bonito color que no se encuentra en la naturaleza. Lo máximo que podrías aproximarte a él sería si, cabalgando un día exhibiendo la sobreveste, con la espada al cinto, las riendas sueltas en la mano y notando el aire templado a tu alrededor, observaras desde lejos un fuego lento en un bosque otoñal.

Puede que haya tardado un poco en darme cuenta del cambio. Meses, tal vez: tal como me movía, al nivel del tablero de la mesa, con la mirada vuelta hacia dentro. El caso era tan peculiar, tan insólito, tan (tan *unheimlich*, como aprendería a llamarlo más adelante), que dudaba de la evidencia que me mostraban los sentidos y ya no confiaba en mi memoria. Cuando reuní el valor necesario, la voz me temblaba de todos modos.

—¿Te ha…? ¿Has…? Perdona, ¿siempre has tenido el pelo de ese color?

Con una seguridad aplastante, mi madre respondió que no debería preguntar esa clase de cosas. ¡Me había fallado la memoria! Ojalá no la hubiera hecho enfadar ese día en la cocina del número 56 de Bankbottom. No quería enojarla; de hecho, nada más lejos de mi intención. Solo necesitaba saber si podía confiar en mí misma, en mi percepción de las cosas. La respuesta, por supuesto, era que no.

Tuve un hermano. El embarazo de mi madre pasó sin que yo me

diera cuenta de nada, aunque me enamoré perdidamente de su amplio vestido de satén azul pavo real: de su iridiscencia, del cuello cuadrado que mostraba a la perfección el brillo marfileño de su piel. Acudí a la maternidad con mi padre Henry, en el taxi negro y brillante de Hadfield, para llevarnos el bebé a casa.

—Espera —dijo Henry: y entonces apareció mi madre. Se detuvo frente a las escaleras con serenidad, como si estuviera posando para un fotógrafo. Llevaba envuelta entre los brazos aquella maravilla como si fuera una bolsa de huevos, inclinando el rostro hacia el bebé con ternura: camino de Bankbottom, no recuerdo que nadie dijera nada. Pensé que estaba participando en un rapto. Aunque también es posible que me equivocara.

En un cálido día de verano bautizaron al bebé. Para la ocasión pude estrenar un vestido, blanco y amarillo pálido, crujiente como una oblea. Subimos por el sendero, sumergiéndonos entre los árboles sombríos y goteantes y emergiendo a nivel del suelo junto al convento y la iglesia.

—Entra —me dijo mi madre, indicando la puerta del convento —. Entra y pregúntale a la hermana Joseph si le gustaría venir a ver a tu hermano Ian.

Y lo hice. Fue la única vez que entré en ese edificio, la única vez que crucé ese umbral, y mis ojos debieron de ajetrearse tanto que arrancaron el barniz de las sillas y la pintura de las paredes: porque más adelante escribiría una novela ambientada en ese convento. Al principio no encontré a nadie, no vi ninguna habitación habitada, de manera que continué adentrándome en las entrañas del lugar, hasta que descubrí a varias monjas encaramadas (o eso me pareció) a unos escritorios altos, en una sala pintada de color verde pálido. Eran monjas grises y sórdidas, con la complexión propia de las criaturas que no salen de debajo de las piedras. Pensé que esa aparición tan súbita, con mi vestido crujiente como una oblea y la importancia de mi petición, sin duda sería para ellas el momento álgido de esa semana tan triste, una especie de gracia inesperada. Me limité a decir lo que me habían ordenado:

—¿Les gustaría salir a ver a mi hermano Ian?

La iglesia era oscura en cualquier época del año; incluso en un abrasador día de agosto. Cuando la comitiva del bautizo se congregó junto a la pila, el único reflejo provenía de la coronilla

brillante del cura y del blanco deslumbrante de su hábito. El bebé, envuelto en una profusión de volantes, estaba allí para abjurar del diablo, pero apenas se le veía entre los brazos de su madrina.

Mi madre se acercó al cura, que le puso en la mano un cirio encendido. Intercambiaron, pensé, una mirada de comprensión. Fue una mirada secreta que escapaba a mi entendimiento. La actitud de mi madre era tímida, sonriente, pero de penitencia. Sostuvo el cirio en alto y se apartó de la comitiva del bautizo. Nos dio la espalda y caminó poco a poco hacia el interior de la iglesia, apartándose de la luz. Me alarmé, estaba desconcertada. No sabía por qué avanzaba sola, sin tenerme a su lado, a su protectora, su caballera. Quise correr a su encuentro. Pero mis ojos fueron los únicos que siguieron la llama parpadeante del cirio y esa figura erguida envuelta en oscuridad, que se acabó arrodillando junto al pasillo central: donde irradiaba, lejos de mí, su propia luz difusa y particular.

Era pleno invierno cuando nació mi segundo y último hermano. No recuerdo su bautizo. Es como una tormenta de nieve; como si el resplandor me hubiera impedido ver sus primeros días de vida, como si sus primeros meses estuvieran congelados en la más profunda de las heladas, dentro de una muñeca rusa con los puños ocultos en las mangas. Recuerdo el verano siguiente, cuando sufrió convulsiones en el cochecito y la carita le quedó azulada bajo un tormentoso cielo de agosto: cómo puse las manos en el asa del cochecito para mecerlo una y otra vez: pero también cómo chillaba a pesar de todo, a pesar de todo, inconsolable, mientras las moscas y las abejas zumbaban a nuestro alrededor, los tacos de reina hacían sonar sus trompetas trepando por la estructura de bambú que había sobre el muro: pero era un muro distinto, una casa distinta, un contexto distinto, lo suficiente para hacer chillar a cualquiera.

Tenía mucho genio, decía la gente mientras se abanicaban la cara, hasta que los chillidos remitieron y quedaron reducidos a un gimoteo; solo tenía mucho genio, por eso aullaba de ese modo. Yo pensaba que era el hecho de ser el segundo, el segundo chico. O de que durmiera en nuestro nuevo piso, con sus sospechosos moradores; tal vez se despertaba en plena noche y no sabía quién estaba allí con él, veía pasar una figura extraña frente a las cortinas, recortada por la luz de las farolas. Pensaba que había llegado a la Tierra en pleno invierno, y aterrizado en aquella casa extraña que

no había conocido antes de nacer. Dios templa el viento para el cordero esquilado; este dicho no era muy válido en Hadfield, Glossop, cerca de Manchester. A esas alturas, nuestras vidas habían dado un giro interesante.

Tercera parte
El jardín secreto

Cuando era niña tenía un juguete llamado «pizarra mágica». Era un marco de cartón de colores, como un marco para fotografías, que contenía un rectángulo de papel carbón cubierto por una capa de plástico transparente. Tenías un instrumento que parecía una aguja de tejer y servía para escribir o dibujar sobre la hoja de plástico. Tras el panel transparente, aparecía lo que habías trazado; luego tirabas de una pestaña de cartón, la deslizabas por debajo de la hoja de plástico y las marcas que habías hecho se desvanecían.

La pizarra mágica era mi juguete preferido. Podía escribir lo que quisiera, pero si se acercaba alguien podía hacer desaparecer mi obra al instante. Escribía muchos pensamientos y observaciones, y cartas de un yo imaginario a un alguien imaginario. Creía que era perfectamente seguro. Sin embargo, un día la luz impactó en la superficie en un ángulo determinado mientras yo sostenía la pizarra de tal modo que, al volverla, vi que el lápiz había dejado marcas en la hoja de plástico, como el rastro de un dedo escribiendo sobre la superficie del agua. Me di cuenta de que, con cierto trabajo y empeño, era posible descubrir las palabras incluso una vez borradas. Eso me disuadió de volver a utilizar la pizarra mágica. No me atrevía a correr ese riesgo. Incluso ahora me horroriza pensar que podría haber alguien tras mi escritorio, mirando por encima de mi hombro las palabras que aparecen en la pantalla. Hay un espacio, un hueco, un hiato, entre las palabras plasmadas, vacilantes y recientes, y las que están a punto de ocupar su lugar en el mundo, las palabras que están listas para alzarse y luchar.

Si me piden un consejo sobre escritura digo, no muestres tu obra antes de sentirte preparada para ello. La gente lo comprende y suele alegrarse de tener ese permiso para actuar con cautela. Debería añadir algo, no crees una obra antes de sentirte preparada para ello. Solo porque tengas una idea para una historia no significa que estés preparada para escribirla. Puede que tengas que acercarte a ella poco a poco, que te obsesiones con ella, que crezcas con ella: tal vez

durante media vida. Ese consejo (el de esperar, el de postergarlo) es más difícil de aceptar. La pregunta obvia es la siguiente: ¿cómo puedes saber que ha llegado el momento? He dudado mucho antes de empezar esta narración. Durante mucho tiempo tuve la sensación de que era otra persona, la que estaba escribiendo mi vida. Me sentía capaz de crear o de interpretar personajes de ficción, pero no me veía capaz de crearme o interpretarme a mí misma. Más o menos cuando llegué a la mediana edad, empecé a comprender por qué. Ese libro sobre mí lo estaban escribiendo otras personas: mis padres, la niña que fui en algún momento, y mis propios hijos nonatos, extendiendo sus dedos espectrales para asir el bolígrafo. Empecé a escribir como un intento de vindicar mi derecho de autora.

Quizá lo habría escrito antes si hubiera pensado que podía confiar en la pizarra mágica, pero tras cumplir los seis o siete años, me acostumbré a ocultarme. Los pensamientos no salían de mi cabeza y allí dentro se multiplicaban, alborotados como moscardones dentro de una caja.

Si te colocas al fondo del patio de Bankbottom y miras cuesta arriba, puedes ver el lugar en el que están construyendo los pisos. Son de dos plantas, con el exterior enguijarrado. Son una novedad, y toda novedad es sospechosa; poca gente en Hadfield se ha planteado vivir sin escalera. Hay casas de protección oficial en la parte alta de la población, construidas para gente de Manchester que quedó desplazada por la guerra. «Es de las casas de protección oficial, ya sabes», se solía decir; lo que viene a significar «cierra con llave». Supongo que las casas de protección oficial están mejor saneadas, con lavabos dentro de casa, agua caliente y tal vez incluso baño, mientras que la gente de Hadfield siempre está dispuesta a burlarse de cualquiera que piense que se está ablandando.

Mi madre se indigna cuando habla de los pisos nuevos, y el pelo incandescente le brilla alrededor de la cabeza.

—¡Es un escándalo! ¡Es ridículo! ¡Se están mudando antes incluso de que hayan instalado las luces! ¡Ni siquiera tienen rieles para poner cortinas!

Me llevo a Evelyn hasta el fondo del patio. Le enseño un juego, lo llamo «hablar sobre los pisos nuevos». Ponemos los brazos en jarra. Miramos con furia por encima del muro (el mismo muro por

el que Tibby solía corretear, Tibby, el gato protestante). Gritamos «¡Es un escándalo! ¡Es ridículo! ¡Ni siquiera tienen rieles para poner cortinas!».

Evelyn se cansa del juego. Quiere jugar a la escuela de *ballet*. Yo sigo gritando. Me pregunto si en realidad a mi madre le gustaría tener uno de esos pisos. Pero los católicos no podemos optar a ellos; eso lo sabe todo el mundo.

Pasan unas cuantas semanas, una niña llega a nuestro patio y nos dice que es de los pisos y que quiere jugar. Se llama Heather. Es bonita y respetable, pero ¿qué clase de nombre es ese? Viene un niño. Es debilucho y menudo. Nos suplica que le dejemos jugar con nosotras. ¿Cómo podemos negarnos?, pregunta Evelyn con apasionamiento, ¡si tiene seis años y tres cuartos! Su edad no me impresiona. Me largo. El niño me sigue, corriendo, y llora, me asegura que hará cualquier cosa para que le dejemos jugar con nosotras, que podemos escondernos y nos buscará sin cesar. Que nos dará un penique si le dejamos jugar con nosotras: tres peniques. Cuanto más asciende la suma, más desdeñosa me muestro. Al final le doy la espalda y me largo. Dos mujeres están de pie en las escaleras traseras, maravilladas por la dureza de mi corazón sectario.

—¡Juega tú con él, si quieres!, —le digo a Evelyn por encima del hombro—. ¡Yo no juego con chicos!

Es con los chicos con quien tengo que pelearme en la escuela. Si no puedes unirte a ellos, pégales. Salgo de la clase de los bebés y me dejan junto al apestoso redil de piedra que hay al lado de los retretes, en un amplio patio de recreo bajo los árboles.

—Abuelo, un niño de los mayores me ha pegado —anuncio nada más llegar a casa.

—Cariño, te enseñaré a luchar —me dice, antes de instruirme en tácticas justas, sin golpes bajos. Sin embargo, cuando llega el momento de pelearse de nuevo, el resultado es diferente. ¡Es demasiado fácil! Un puñetazo en el plexo solar y el chico queda doblado por la mitad. Su cabeza queda a mi alcance—. Y ahora, lo que tú quieras —me dice el abuelo—. Pero hazlo fácil, no hace falta cerrar el puño. Intenta pegarle un buen bofetón en los morros.

Lo hago, y las lágrimas empiezan a brotar de los ojos del chico.

Se tambalea, agarrado al diafragma, lejos de las barandillas. ¡Señorita, señorita! ¡Me ha pegado, esa niña me ha pegado!

Me quedo de piedra: no tanto por lo que he hecho, sino por sus alaridos de alarma, sus berreos. Decido que no volveré a hacerlo a menos que sea estrictamente necesario. Dentro de solo un año me obligarán a confesarme, por lo que tendré que aprender a examinar mi conciencia. Lo que estoy experimentando es el inicio de los reparos; pero ¿es el despertar del sentido del pecado o el inicio de la feminidad? ¿Los chicos tienen reparos? No lo creo. ¿Y los caballeros errantes? Tienen reparos por todos los débiles y oprimidos. La vergüenza se encuentra entre lo que siento acerca de este incidente. No sé a quién pertenece: si a mí, al niño al que he pegado o al espectro de un niño que todavía llevo dentro y que se está desvaneciendo.

Más tarde, cuando soy una niña mayor, de diez años, llega a nuestra clase un abusón de verdad. Es un niño bajito y con la cabeza rapada que se llama Gary, que es nombre de abusón como el que más. Es robusto, blanco, musculoso, compacto y está hecho de goma. Me quita el gorro y lo lanza a la acequia. Le declaro la guerra al instante. ¡No puedes pelearte con Gary C!, me dicen las niñas pequeñas. Voy a por él, pálida de furia, escupiendo mi ira. Él se mantiene firme y decido golpearlo. Hundo los puños en su torso y me rebotan. Es curioso lo tranquilizadora que resulta esa sensación. No puedo tener contemplaciones con él. Está hecho de alguna sustancia más densa que la carne. Supongo que él también me pega, pero no me duele. A estas alturas, con diez años, me estoy desconectando de mi cuerpo; no tiene aptitudes ni habilidades, más allá de la de estorbar, la de hallarse donde no es deseado. Gary es como una criatura que el caballero se encuentra por el bosque: le cortas la cabeza y vuelve a crecerle otra. Es un monstruo. Me cuesta respirar, el corazón me late con fuerza. Estoy atrapada en un chiste sin espacio entre el planteamiento de la situación y el remate final. Bum, bum, bum. «¿Este te lo sabes?». Bum, bum, bum. «Dos monstruos se pelean en un combate de boxeo».

Durante un tiempo, a los seis años, me aferro a la idea de vivir como un hombre. Juego con la chica más lista de la clase, que se llama Jacqueline. Como es natural, ella elige el nombre de Jack, mientras que yo soy Bill. El juego se llama «hombres» y lo bueno es

que podemos utilizar esos nombres secretos incluso cuando no estamos jugando. Pero Jaqueline me dice «No hablas como nosotros» y me deja de lado. Por supuesto que no hablo como ellos; son una raza de lacayos, de villanos, unos perros callejeros. Empiezo a ir con los niños italianos, y con otros que en casa hablan idiomas de refugiados: un niño ucraniano muy rubio y un grupo de polacos desolados. Intento despertar el interés de otra niña por el juego de los hombres. Es una niña tímida y callada que se llama Margaret y tiene el rostro de un escarlata permanente debido a algún tipo de humillación interna. Como nombre elige «Walter». Así es como se llama su padre. No sabría explicar por qué no me parece bien. «Walter», eso demuestra que nunca hace nada varonil. Toda la emoción del juego se limita a «Walter vuelve a casa para merendar». Así que doy por terminado el juego de los hombres.

Llega el momento de que empiece a saltar a la comba. No quiero, pero tengo que intentarlo. Prefiero darle vueltas a la cuerda y marcar el ritmo que saltar. En la rayuela, otro juego, debería tener ventaja porque tengo piedras muy bonitas sobre las que ir dando brincos. Un día, antes de que naciera (eso dice mi madre), a mi abuela se le metió en la cabeza que el lavamanos de mármol estaba pasado de moda y ordenó que lo quitaran.

—¡Hazlo pedazos, George!, —le ordenó a mi abuelo, y los trozos de mármol siguen incrustados en el suelo de tierra del patio. Yo los desentierro y los uso para jugar a la rayuela, porque son pesados, blancos como un grumo de azúcar y suaves como el hielo. ¿Dónde acaban esas piedras tan maravillosas? Supongo que las regalo, para que la gente me deje en paz. El juego es mejor que saltar a la comba, pero cuando intento tenerme sobre un solo pie la presión de mis pensamientos me hace perder el equilibrio.

Evelyn y yo conseguimos una pelota de fútbol y nos dedicamos a chutarla contra el cobertizo del carbón. Ella quiere ser el Manchester United, pero le explico que los protestantes solo pueden ser el Manchester City. Gana ella, de todos modos; los días en los que juega a la escuela de *ballet*, sin mí, la han vuelto mucho más ágil. Pero ¿de qué le sirve eso? Tiene que ir a la asociación de guías *scouts*. Tiene que conseguir la insignia de zurcidora. No sabe zurcir. Llora de frustración con solo pensar en ello. Evelyn celebra una fiesta para su sexto cumpleaños. Hay un total de dos invitadas, ella

y yo. Nos emocionamos demasiado y acabamos tumbando nuestras bebidas gaseosas: mejor dicho, las tumbo yo. Lo que bebíamos se llama Cyd-Apple: se parece a la sidra, pero es para los pequeños. Pienso en el vaso que perdí y me sabe mal. Más adelante bebo sidra de verdad, pero el sabor seco todavía me parece rancio, como si el vaso se hubiera pasado veinte años guardado dentro de un armario.

Emocionarse demasiado es malo, la inquietud es mala; ser obediente es bueno. El señor y la señora Aldous tienen un televisor. Bajo a ver la serie infantil. Es *El jardín secreto*. Las cortinas están corridas para que la imagen en blanco y negro tenga más contraste; nos tendemos sobre la alfombra con las barbillas apoyadas en las manos, como los niños de los álbumes infantiles, como si fuéramos ilustraciones. No estamos inquietas, pero vivo aterrorizada por la posibilidad de que el señor Aldous llegue a casa antes de que termine el episodio, creciendo desde la calle con sus brazos fibrosos y nudosos. Después de muchas semanas he acumulado en mi cabeza toda la historia. Me voy a casa y se lo anuncio a mi madre: *El jardín secreto*, esta es la historia: de mi boca empiezan a brotar la narrativa, los diálogos y comentarios propios. Se queda atónita. Estamos en la cocina, pero no en la cocina de Bankbottom. Estamos en Brosscroft, en una casa completamente distinta.

Tras la decepción sobre los pisos, mi madre dice, «¡Conseguiremos una casa!». Va al banco a buscar sus ahorros. Subimos a Brosscroft. Mi madre dice, esta es la casa que he conseguido.

Hay unos cuantos escalones hasta la enorme puerta principal. Dentro todo está pintado de color verde oscuro. La cocina está vacía y el suelo es de losas de piedra. Hay una instalación de gas en la pared.

Cuando entro de nuevo, ya es el día de la mudanza. Vivimos allí con mi madre, mi padre y mi hermano Ian, mi hermano menor todavía no ha nacido. Tardo cinco minutos en bajar de nuevo a Bankbottom, pero aun así me parece muy pesado y no estoy segura de estar preparada para ello. La casa ya no es de color verde oscuro. El salón está forrado con un papel de pared de franjas grises y blancas, con un contraste de lo que llamamos granate. El resto lo han pintado, según mi madre, de un color *beige* francés. Hay una

gran estufa en el salón, pero mi madre dice que pronto se librará de ella. Igual que en casa de mi abuela, solo calentaremos una habitación. Para el agua caliente hervimos teteras. Pero tenemos retrete propio y además no está fuera, o no del todo; está tras una estancia con corrientes de aire y losas de piedra que llamamos «el cuarto acristalado», detrás de la cocina. Tenemos un patio privado con algo de césped, y altos muros por los que treparán los tacos de reina. Tras el patio hay un jardín. Es enorme, dice mi madre, y más allá solo hay campos. Cuando lo despejen podremos ver sus dimensiones. De momento, los arbustos enmarañados te llegan hasta la cabeza, si la tienes a la misma altura que yo. Ni siquiera llego a ver dónde termina.

La noche que nos mudamos, la gran cocina cuadrada está bañada por una luz amarilla que contrasta con el caos del exterior. El aire es helado y mi madre está ocupada con la mesa, preparando la primera cena en la casa. ¡Henry!, dice, ¡el cuchillo! Es el cuchillo de mango negro, el cuchillo del pan, que tiene una hoja fina como un pelo. Se lo han olvidado en Bankbottom; ese cuchillo es mío, dice.

Es cierto. Es el cuchillo que estoy acostumbrada a ver en su mano. Henry sale de casa a paso ligero y se funde con el crepúsculo azulado, vestido con su abrigo de *tweed* blanco y negro. Mi madre se acerca a los fogones nuevos y luego echa un vistazo dentro del armario oscuro en el que se encuentra el contador del gas. El gas está apagado, dice, tendré que… ¡No!, le digo, agarrándole la mano. Y le suplico, no, no lo hagas. No enciendas el gas antes de que vuelva mi padre. Gas, juicio, juicio, gas, silbido, silbido, explosión. Se lo ruego, se lo suplico. No sabría decirle por qué. Por favor, no, espera a que vuelva, deja que lo haga él, por favor: es cosa de hombres. Tengo la primera crisis de mi vida y no soy capaz de explicar cómo evitarla. Se me queda mirando un buen rato, pensando: «de acuerdo», dice. Me quedo tan atónita como ella al oírme recitar *El jardín secreto* de un tirón. ¿De acuerdo? Respiro hondo. No puedo creer que un adulto me haya hecho caso, me parece casi inverosímil que salgamos sanos y salvos de esta.

Y aun así, sigo algo asustada ante la posibilidad de que la casa estalle por los aires; en ese caso, explotaremos todos juntos. Pero cuando Henry regresa, helado pero de buen humor, con el cuchillo

bajo la chaqueta, *alles in Ordnung*. El hombre enciende el gas. Nadie va a juicio. Nadie muere. No hay fugas misteriosas, no hay presencias invisibles.

Mamá cuelga una fotografía de Elvis en la pared de la cocina. Elvis vestido de soldado. Cada día veo su necedad de labios gordos y ojos endrinos. No es lo que haces, pienso; tu marido es quien más debería gustarte. Sé que todo está mal, que todo va mal: y que irá peor con cada día que pase.

Siento un interés enorme por el bebé, Ian. Repiqueteo el flanco del cochecito siguiendo un cierto ritmo, como una especie de código rudimentario de niño a niño: ¿tap-tap-tap-tap? Él vuelve sus ojos azules hacia mí y responde con más golpecitos: bum bum. Tendido bocarriba, sigue el ritmo con los talones.

—El bebé atravesará el cochecito con el pie —exclama mamá, horrorizada—, si sigue golpeándolo con tanta fuerza.

Cuando intenta andar, lo sostengo como lo haría un viejo camarada con un herido en el campo de batalla, agarrándolo por debajo de las axilas cuando amenaza con desplomarse. Las rodillas le apuntan hacia fuera, las piernas se le doblan bajo el peso del cuerpo y yo lo ayudo a recuperar su curso sujetándolo por las correas del pelele: «¡Ranita, marchando hacia la sartén!», canto. No sé por qué. Lo he oído como si fuera una canción y me parece adecuada. No tengo nada contra él: todo lo contrario. Se convierte en mi trabajo, mi afición, mi causa. He oído que algunos niños sienten celos, pero estoy segura de que no es mi caso. La gente se burla diciendo que si se cae encima de mí me matará. Soy una criatura diminuta, una especie de muñeca con los labios rojos, palos por extremidades y el pelo rubio: una extranjera ingenua, una mentecata, una pluma en el aliento de Dios.

Cuando tengo seis años me acuestan en el dormitorio de mis padres en Brosscroft. De momento solo hay un dormitorio habitable en la casa. El catre del bebé está junto a la pared de la ventana, mientras que la cama de matrimonio ocupa el centro de la estancia y mi cama pintada de color crema es la que queda más cerca de la puerta. Estoy tendida bajo una manta de tartán y mis dedos retuercen y trenzan los flecos; trenzar, deshacer y trenzar otra vez: noto la aspereza de la lana en los dedos. Me esfuerzo en soñar;

pienso en los indios americanos y en Jesús, porque Jesús es algo en lo que estoy obligada a pensar, por eso lo intento, lo intento de verdad. Pienso en mi tipi, en mi *tomahawk*, en el fornido alazán que me espera con una manta a rayas sobre el lomo, listo para salir a galopar por las praderas, hacia el rojo y polvoriento oeste. Luego pienso en que, en el piso de abajo, tal vez en este mismo instante, mamá se está poniendo el abrigo y está cogiendo el bolso.

Estoy convencida de que se marchará de noche, de que me abandonará. No deberíamos haber venido jamás a esta casa; deberíamos habernos quedado donde estábamos, con la abuela y el abuelo, en Bankbottom. Todo ha salido mal; tanto, que no sé cómo expresarlo o comprenderlo; sé que cualquiera que pueda huir de un desastre debería hacerlo, aun si eso implica abandonar a los débiles, los viejos y los bebés entre los escombros. Mi madre es lista y está en forma, y pienso que saldrá corriendo y aprovechará la oportunidad que tiene de empezar otra vida, una vida mejor en otro lugar: un lugar digno de una princesa, donde vive su verdadera familia. Con sus sonrisas complacientes y el pelo de crepúsculo en llamas, no pertenece a este lugar, a estas sombras que la encierran: a estas habitaciones que se han llenado en silencio de observadores invisibles y hostiles.

Mi padre acuesta al bebé; ahora que está en el piso de arriba con el bebé y conmigo, parece el momento más adecuado para la huida. Creo que, aunque esto casi podría matarme, lo soportaré mejor si sé en qué momento se marcha, si oigo cómo la puerta se cierra tras ella. Pero no lo soportaré si bajo por la mañana y me encuentro la cocina vacía y fría, calentada solo por el rostro de Elvis, ese rostro hinchado y reluciente como el sol naciente.

Por eso me quedo tendida y despierta, aguzando el oído, mucho después de que mi padre haya bajado, escuchando el zumbido de la luz nocturna y los sonidos de la casa. Por la mañana estoy demasiado cansada para levantarme, pero tengo que ir a la escuela si no quiero ir a juicio. Me duelen los brazos y las piernas. El médico dice que son dolores del crecimiento. Un día me doy cuenta de que no puedo respirar. El médico dice que es porque pienso en ello, que si no pienso en respirar podré hacerlo sin problemas. En realidad, está harto de que le pregunten qué diantres me ocurre. Me llama «la pequeña Nuncabién». Me enfado. No me gusta que me

pongan motes. Demuestra que tienen demasiado poder sobre mí.

La gente no debería poner motes. Ruidoquedito.

Jack viene a visitarnos. Viene a merendar. Estas meriendas parecen comidas aparte, extraordinarias, y tienen lugar en la gran cocina cuando las luces están encendidas y los jardines agrestes se sumen en la penumbra florida. Preparamos platos extraños y frívolos: sumergimos huevos en grasa borboteante, para que siseen como criaturas marinas y se hinchen hasta formar perlas con patas translúcidas de un color blanquecino. ¿Jack vendrá hoy?, pregunto. Ah, qué bien. Busco a alguien con quien casarme. Es algo que quiero dejar resuelto. Espero que Jack sirva, aunque es una lástima que no seamos parientes. Solo es alguien a quien conozco.

En Bankbottom están hablando sobre las últimas novedades de Roma: ¡el Papa dice que puedes casarte con un primo segundo! Eso significa, según la gente, que Ilary podría casarse…, si quisiera, claro…, y luego empiezan a salir nombres de personas sobre las que nunca había oído hablar. Y me habría gustado: me interesa conocer a esos candidatos; soy, ahora ya lo sé, el tipo de persona que se casaría con alguien de mi propia familia solo para conservarla unida, para asegurarme de que tendré suficiente gente conocida, tíos abuelos que necesiten queso de Cheshire, tías abuelas con sombrero discutiendo en voz baja y blandiendo cucharas sobre cuencos de melocotones en almíbar. Tengo un tío abuelo que estuvo en una prisión militar, «nuestro Joe es un laborista de los buenos», dice mi abuela; tengo una tía abuela que a cambio de dinero vendió su melena rubia. ¿Por qué son tíos abuelos y tías abuelas? ¿Dónde está la siguiente generación? ¿Dónde están sus hijos? Nunca nacieron, o murieron cuando todavía eran bebés. De pobreza; según mi madre, de neumonía. Escribo «neumonía». No sé que es una enfermedad, creo que no es más que un viento frío.

Un día Jack viene a merendar y no vuelve a su casa.

—¿No se marchará más?, —pregunto.

Cae la noche en esta nueva dispensación; cae una y otra vez sobre mí. Durante las semanas siguientes me pongo furiosa y me confinan al cuarto acristalado. Jack y mi madre están sentados en la cocina. Salto a la ventana de la cocina y les hago muecas. Corren las cortinas y se ríen. Intento derribar la puerta trasera, pero la han cerrado con el pestillo.

Pataleo enfurecida desde el frío exterior. Me llamo Ruidoquedito.

No deberías juzgar a tus padres. En la mayoría de los casos (esa es la naturaleza de los padres), lo hicieron lo mejor que pudieron. Estaban desconcertados y sin blanca, y no podían permitirse pagar a un abogado, eran todos contra ellos y, si echas cuentas, adviertes que eran patéticamente jóvenes. Los árboles no les dejaban ver el bosque, por decirlo de alguna manera. Estaban enamorados o enfurecidos, se sentían traicionados o decepcionados de un modo amargo e, igual que nuestra generación, se aferraban a cualquier opción de mejorar, de cambiar, de conseguir una segunda oportunidad: se libraron de los grilletes de la lógica y, a pesar de la debilidad y de la desesperación, reunieron el coraje necesario para escupirle a la cara al destino. Eso es lo que hacen los padres. Creen que el amor puede conquistarlo todo, de lo contrario, ¿por qué habrían tenido hijos, por qué te habrían traído al mundo? No deberías juzgar a tus padres.

Cuando tienes seis, siete años, esto no lo sabes. Yo también tengo la sensación de haber sido juzgada: de haber cometido una afrenta sin nombre: de haber sido sentenciada, y de verme obligada a cumplir una pena inconcreta sin previo aviso. Juicio, gas, juicio, silbido, muerte.

Es el peor momento de mi vida: días de desesperación. Vuelvo a estar en el muelle de Blackpool, con los chillidos de las gaviotas y el viento, con la mirada fija en el mar sofocante. Las palabras forman remolinos por encima de mi cabeza, palabras de odio y de desprecio. Una mano enorme me levanta; es la mano de la ley. Y aquí está mi castigo, está a punto de llegar; noto el aire en la cara. La ley me levanta hacia el viento y me suelta; caigo por el espacio, y mi cabeza estalla al impactar contra las rocas como si fuera un huevo. El mar se traga mi sangre amarilla.

En una mañana de sábado en Brosscroft, bajo temprano y, para mi sorpresa, allí está mi abuelo. Está en la despensa de estantes de piedra, donde el aire es frío incluso en agosto. Tiene las herramientas esparcidas porque ha estado ayudando a reparar algo de la casa, pero ahora ya las está limpiando y guardando en su estuche de lona.

—¿Qué haces, abuelo?, —pregunto.

—Estoy recogiendo esto y me voy a casa, cariño —me responde.

Me alejo con un pesar en el corazón.

En la cocina, mamá me coge en brazos.

—¿Qué te ha dicho?

—Nada.

—¿Qué?

Está ardiendo, tiene las mejillas coloradas, el pelo en llamas.

—¿Nada? ¿Quieres decir que no te ha dirigido la palabra?

Veo que se prepara otra bronca furiosa. Respondo sin ánimo, refugiándome en lo literal: como el mensajero estúpido que trae malas noticias dos veces.

—Me ha contado lo que hacía. Me ha dicho «Estoy recogiendo esto y me voy a casa, cariño».

El abuelo se marcha de nuevo a Bankbottom, con la columna firme y el cuello tieso. En algún lugar de la casa suena un portazo. Los cristales tiemblan en los marcos. Los armarios crujen, la cadeneta que sostiene el nuevo espejo del salón tiembla contra la alcayata. El descansillo de la escalera no tiene luz, está en el centro de la casa. Creo que veo a alguien doblando la esquina, por el pasillo que va al dormitorio en el que mi padre Henry está durmiendo en una cama individual. Las paredes son amarillas, en ese cuarto, y las cortinas están medio corridas.

¿Qué ocurre ahora? Se habla de nosotros por la calle. Se han roto ciertas reglas. Una oscuridad se cierne sobre nuestra casa. El aire se vuelve amargo, espeso, y se acumula formando nubes gaseosas en las habitaciones. Me parecen tan densas que temo golpearme la cabeza contra ellas.

Ahora los dos chicos duermen en el dormitorio principal, el mayor en mi cama de color crema y el pequeño en su catre. A mí me trasladan a la habitación de mi padre, que es el cuarto amarillo que hay al fondo del pasillo. En el pasillo no hay luz natural, solo una bombilla que, en lugar de alumbrarlo, arroja sombras que lo vuelven más lúgubre todavía. Nunca camino entre el descansillo superior de la escalera y mi cama, siempre paso corriendo. Nuestros dos cachorros lloran durante la noche. Tienen miedo. El hombre que viene a pintar el descansillo está asustado, pero se supone que yo no debería estar escuchando cuando lo comentan.

Se ha perdido la llave de la puerta. Ponemos la casa patas arriba

para encontrarla. Comprobamos hasta la última superficie, hasta el último cajón. Rastreamos el suelo palpando con las manos y las rodillas. Todos los visitantes (aunque no sean muchos) se estrujan el cerebro y sus movimientos son interrogados a conciencia. Pasan un par de días y la llave vuelve a aparecer sobre el armario de la vajilla, justo en el centro.

Mi madre deja de ir a comprar a las tiendas. Mi abuela es la única que viene y va entre nuestra casa y Bankbottom. En la escuela, los niños me preguntan cómo vivimos, quién duerme en cada cama. No comprendo por qué quieren saberlo, pero no les cuento nada. Odio ir a la escuela. Me pongo enferma a menudo, por culpa de esos dolores cada vez más frecuentes, de esa respiración en la que se supone que no tengo que pensar, de la fiebre como la que tuve en Blackpool y de los intensos dolores de cabeza que me dejan ojerosa. Cuando vuelvo a la escuela al cabo de unos días nadie parece conocerme y, aunque nadie me había dicho nada, resulta que he pasado de curso. La nueva maestra es la señorita Porter. No comprendo cómo escribe la aritmética. Me he perdido algo. Levanto la mano y le digo que no lo entiendo. Se me queda mirando con incredulidad. ¿Que no lo entiendo? ¿No lo entiendo? ¿Qué clase de rebelión es esa? ¿Por qué no me limito a copiar lo que escribe el niño que tengo al lado, como el resto de los tontos?

—¿No lo entiendes?, —repite con los ojos abiertos como platos debido a la indignación. Eso arranca unas risitas estridentes y resoplidos nasales.

La señorita Porter dura muy poco en la escuela. Pero mi ignorancia se queda.

Llega el verano: mis abuelos se me llevan de excursión a Blackpool. Por el paseo marítimo hay varios refugios de paredes acristaladas, con bancos; es aquí donde los visitantes pasan la mayor parte del verano, salvaguardándose del viento y de la lluvia. Nada más poner los pies en las aceras de la ciudad, empiezo a temblar y a tener fiebre. La luz me obliga a cerrar los ojos y me siento como si me los hubieran frotado con arena. Me paso la tarde entera de un día insólitamente soleado tendida sobre uno de los bancos, con la cabeza apoyada en el regazo de mi abuela; a mi lado, en el suelo, tengo la cesta de mimbre nueva, con su estampado de margaritas. Cuando llego a casa nos damos cuenta de que estoy

incubando el sarampión. Un año o dos más tarde, volvemos a Blackpool *en famille*, en el coche de Jack. Esa noche regresaré a Brosscroft semiinconsciente, inerte, con las estrellas dando vueltas por encima de mi cabeza cuando me levantan del asiento trasero y me suben por la escalera de casa.

Después de eso pasamos unos días en Southport, el coche se hundirá en las dunas de arena y freiremos patatas, desganados, en un fogón portátil.

Tras la marcha de la señorita Porter, llega una maestra nueva a la escuela para hacerse cargo de la clase. La llamaremos señora Stevens; era una criatura pelirroja de pelo encrespado y tibias prominentes. También era protestante. Era un rasgo peculiar, el hecho de que la maestra fuera protestante, porque implicaba que el catequismo nos lo debía impartir otra persona, y lo hacía durante la primera hora del día. Era una asignatura fácil y agradable; dibujabas una M y debajo una W, con lo que conseguías la forma de unas alas de ángel, y eso servía para recordarte que un ángel era mente, *mind*, y voluntad, *will*.

Lo que venía a continuación era mucho más vulgar. A las diez en punto, la señora Stevens entraba como un vendaval de pelo encrespado. Llevaba en la mano una gran bolsa de la compra; una bolsa de tartán, aunque supongo que no era el tartán de ningún clan. Está claro que el primer día no estábamos preparados para el torbellino que estaba a punto de hacernos trizas. La señora Stevens no sabía cómo nos llamábamos. No sabía cuál era nuestra procedencia. No sabía lo único que venerábamos, que era el Por Dónde Vamos. Entregamos nuestros cuadernos cuadriculados, como de costumbre. Todavía disponíamos las sumas de forma ordenada, con las centenas, las decenas y las unidades alineadas siguiendo las líneas de color azul pálido. Sin embargo, a la señora Stevens no le gustaban las columnas. Teníamos que hacer las sumas en horizontal, como estaban impresas en el libro de texto. Si te veía anotándolas en vertical, aunque lo hicieras en secreto, se te acercaba corriendo por el pasillo central de la clase y te pegaba un bofetón.

La señora Stevens escribió en la pizarra la palabra «problemas»; a continuación, una historia breve sin clímax ni moraleja. Un

hombre entra en una tienda y compra fruta, un hombre llena un cubo, un hombre sube a un tren para ir a otra estación que está a veinticuatro kilómetros. Llegaba un momento en el que te dabas cuenta de que nunca era una mujer; y de que tampoco era una historia; ni una broma: era (¡respira!) una suma. El conocimiento penetraba la clase con un leve silbido de desesperación, y se extendía desde los enanos de la fila trasera hasta los de la primera.

—¡No quiero oíros hablar!, —gritó la señora Stevens. La gente empezó a llorar y a pegarse golpecitos en la cabeza. Ni siquiera escribía con letras mayúsculas, sino con letra de verdad, que es como lo llamábamos cuando las letras estaban ligadas: ¡y nosotros no estábamos para ligaduras! Cuando llegaba la parte del día que llamábamos «lectura», esperaba que siguiéramos la historia que un compañero leía en voz alta y que siguiéramos leyendo a continuación. Antes de eso, leer nos había parecido una actividad privada, tal vez compartida con la maestra, pero que sobre todo hacíamos a solas. No obstante, de repente se convirtió en algo comunitario, lo que no sirvió de gran cosa, sobre todo teniendo en cuenta que algunos ya habíamos llegado al libro del cuarto nivel de lectura mientras otros todavía estaban lidiando con las letras y no habían pasado de la D.

Lo primero que pensé sobre la señora Stevens es que estaba loca. Mi abuelo me había contado que un ancestro suyo una vez se pasó una noche entera andando por los páramos de Derbyshire con un hombre que, como descubrió más adelante, resultó ser un fugitivo lunático. Cuando me di cuenta de que la señora Stevens, que volvía a casa para comer igual que yo, tenía por costumbre pasar por Woolley Bridge Road a la una y diez, decidí que sería buena idea acompañarla.

—Señorita, ¿puedo llevarle la bolsa?, —le ofrecía.

Me interesaba cómo tenía que obligarse a sonreír. Ninguna operación anatómica me parecía mecánica. Me interesaba cómo sus tibias se adelantaban al resto de sus piernas y las pantorrillas le ondeaban por detrás.

Supongo que, si hubiera habido alguien cerca para verlo, el acto de llevarle la bolsa podría haberle parecido un gesto servil. Sin embargo, para mí no era más que una estratagema de diagnóstico. No tenía nada que ver con la forma en que me trataba cuando

volvíamos a estar en el aula: con gritos y golpes. Aunque durante esos trayectos tampoco me dirigía la palabra; era yo quien hablaba con ella.

—Ah, ¿sí?, —me decía—. ¿De verdad?

Esas respuestas mínimas parecían correctas, saliendo de sus finos labios. No sé qué le decía. ¿Lo que pensaba sobre Dios? ¿Cómo se pronuncia Worcester? Dios y las pronunciaciones extrañas eran cosas que me preocupaban, por aquel entonces.

Estoy segura de que hay un montón de maestras que fingen que les gustan los niños y en realidad no es así. La señora Stevens ni siquiera se molestaba en fingirlo. Mi madre, que estaba muy interesada en mis progresos, compraba una revista llamada *Educación Infantil*. A veces, para mi beneficio, sacaba de ella pequeñas fotografías aburridas en blanco y negro que colgaba junto al bronceado flagrante de Elvis. La señora Stevens también tenía acceso a esa revista, y mientras nos sentábamos, embobados, nos leía artículos que encontraba en ella sobre renacuajos y orugas. A eso lo llamaba Estudios Naturales. Más que suficiente para unos mendrugos como nosotros; fuera, la lluvia caía con un siseo sobre los páramos y las calles, y pequeñas criaturas empapadas buscaban cobijo a dos o cuatro patas.

En esa época (que para la gente nacida después de la década de 1950 debía de ser tan deprimente y aterradora como la de la Santa Inquisición), a los niños se nos prohibía hablar durante la mayor parte del tiempo que pasábamos en la escuela, a menos que se nos hiciera una pregunta directa y por tanto se nos requiriera e incluso ordenara que habláramos. La señora Stevens introdujo un obstáculo añadido: si no empleábamos las manos en alguna actividad específica y autorizada, teníamos que mantenerlas cruzadas tras la espalda. Esa postura, lo más parecida posible a una camisa de fuerza natural, me provocaba una frustración extrema cercana a las lágrimas. Me aprisionaba el cerebro y me dejaba atada de manos, separando mi mente de mi voluntad. Volvía a casa y me quejaba; no debería obligarnos a eso. Sin embargo, no había nadie para escucharme; debían estar pendientes de otras cosas, en ese momento.

Pronto dejé de llevarle la bolsa y de acompañarla camino de la escuela. En lugar de eso, la seguía como una sombra, observando

cómo su cabeza pelirroja se balanceaba sobre el cuello de un abrigo que fingía ser de pieles: era como llevar una cabeza sobre una bandeja. Al principio, los niños hablábamos sobre ella en tonos asombrados y lastimeros; más adelante, ni siquiera hablábamos. Como grupo, como clase, nos vimos arrastrados a un secretismo marcado por la vergüenza, y nos limitábamos a observar cómo le gustaba subirles los pantalones cortos a los niños y las faldas a las niñas para zurrarnos en la parte superior de los muslos; el zumbido que reinaba en el aire no era inocente. Nos amenazaba con una «zurribanda» y yo pensaba que debía de ser una palabra protestante; no obstante, comprendía lo que quería decir. Una vez le gritó a un niño que «se agachara» delante de toda la clase y vi con claridad como al pobre la columna se le volvía de madera y era incapaz de obedecer o no obedecer. La señora Stevens gritó de nuevo la orden y luego lo zurró de todos modos.

En nuestro pueblo se pegaba a los niños, a veces de un modo grotesco. Una mañana de lunes yo acababa de salir de la clase de los bebés cuando una niña con la cara del color del papel me susurró, «el sábado papá pegó tanto a Ann que acabó sangrando». Y yo conocía a esa Ann; igual que su hermana, tenía un aspecto tan pálido y frágil que podrías pensar que no tenía sangre en el cuerpo. Noté cómo mi espíritu masculino se enardecía, cómo la pasión se ajustaba a mi pecho como un puño en un guante de malla. Ensilla mi alazán: galoparé calle arriba y lo decapitaré. Se me crispó el brazo con el que blandía la espada y visualicé una estocada suelta y letal, ejecutada sin apenas esfuerzo; luego la cabeza, rebotando cuesta abajo sobre los adoquines. Me senté temblando, con los ojos cerrados, tras mi pupitre; tenía seis años, estábamos practicando sumas y era un día soleado. En Hadfield, como en cualquier otro lugar a lo largo de la historia del mundo, la violencia sin justificación o disculpa era algo que ejercían los poderosos sobre los débiles. Pero había ciertas reglas. Los desconocidos no te podían pegar, solo tu familia. Los protestantes no te podían pegar, no tenían autoridad sobre ti; eso era (dentro de mi cabeza) algo que dabas por supuesto. Me di cuenta de que la situación era insostenible y de que, si era necesario, habría que ajusticiar a la señora Stevens.

Nada más pensarlo, mi temor se convirtió en extremo. Temblaba

cada vez que me dirigía la palabra; pero lo que me revolvía todavía más que mi propio miedo era el que inspiraba en los demás. No sé si se ha registrado algún caso de una criatura de siete años que haya asesinado a una maestra, pero creo que debería existir y, en cierto modo, creo que me respetaría más a mí misma si hubiera llevado a cabo esa hazaña; ya estaba decidida a distinguirme de mi generación. Pero imaginaos mi situación. Tengo siete años y me estoy volviendo realista. Sé que no puedo actuar sola. Hacía solo un año que había abandonado la idea de formar una banda de gallardos caballeros, o de reunir una compañía de soldados para apostarnos tras los setos, esperando entre los negros árboles que había por encima de la iglesia el momento más adecuado para atacar.

Tengo siete años, solo siete. Vuelvo a tener fiebre y no soy capaz de mantenerme en la silla de montar. Me levanto de la cama cada vez más lánguida, con la mirada cada vez más pálida. El pelo me crece de nuevo, pero sé que siempre está amenazado por la posibilidad de que el termómetro vuelva a trepar por la escala numérica. Para consolarme por ser una inválida, me regalan un ejemplar de *Alicia*. Leo sus dos aventuras, pero prefiero *A través del espejo*. Me resulta fácil imaginarme atravesando un espejo mientras noto que todas las células de mi cuerpo se diluyen, se estiran, se vuelven transparentes, se forman y vuelven a formarse en otra dimensión.

Los tres hogares siguen divididos: el 56 y el 58 de Bankbottom contra el 20 de Brosscroft. Voy y vengo, desayuno una tostada por la mañana en Brosscroft, como a mediodía en Bankbottom con la abuela y, después de la escuela, fatigada y tambaleándome, trepo por la colina para merendar en la cocina de Brosscroft, aguzando el oído por si oigo la puerta, por si oigo a mi padre Henry entrando o el chirrido del freno de mano cuando el coche de Jack se detiene frente a la casa. Nadie se pelea, nadie llora, solo yo; nadie habla; la situación sigue siendo tácita, indefinida. Mi madrina trae la carne y las hogazas, porque mi madre ya no va ni a la carnicería ni a la panadería; se las arregla con la tienda de la esquina que hay en Brosscroft, el propietario es amable. Ya no va a misa los domingos ni ningún otro día. Por la noche, ella y Jack se apostan en la cocina y mi padre se sienta en el salón; aparte de eso, los hombres parecen

tener controlados los momentos de entrar y salir para no tener que cruzarse. Los fines de semana Jack sale y arremete con furia contra la broza del jardín hasta que acaba con ella y la vista queda despejada desde el cuarto acristalado que hay en el fondo de la cocina hasta la desvencijada verja trasera, la que da a los campos, y más allá de estos se vislumbran los páramos. Cuando el tiempo es húmedo, arranca el papel de la pared y elimina capas de pintura con la ayuda de un soplete. Trabaja de un modo furioso, su cuerpo musculado y cetrino no para de sudar.

Sin embargo, los espíritus se amontonan en la casa a medio terminar, cayendo de los lugares que ocupan en las vitrinas que quedan a la derecha de la chimenea, desperezándose al salir de un sueño tiznado tras el fogón derruido. Se desprenden de las paredes chamuscadas a ráfagas, quedan hechos jirones a medida que va cediendo el viejo papel pintado, y quedan enroscados en el suelo, burlándose del cepillo de cerdas. Nuestra vida cotidiana es silenciosa, arrinconada. Nos movemos a toda prisa entre las áreas seguras de la casa y las que no lo son tanto, aquellas en las que, cuando entras en una habitación, tienes la impresión de que alguien te está esperando. Los perros, que ya no son cachorros, aúllan de miedo en plena noche. Mi madre baja a verlos, temblando en su camisón, y ve que tienen el lomo erizado, que sus formas enjutas se crispan, atemorizadas, recortadas frente a la luz del amanecer. Una noche oigo a mi madre y a Jack, discutiendo. Yo merodeaba por el frío cuarto acristalado, volviendo del retrete.

—Bueno —dice ella—, entonces ¿qué? ¿Qué crees que es?, —pregunta antes de levantar la voz con una mezcla a partes iguales de desafío, miedo y sorna—. ¿Qué crees que son? ¿Fantasmas?

Ha descrito mis pensamientos: y eso que los creía indescriptibles. Se me eriza el vello de la nuca. No conozco la palabra «horripilación». Pero me imagino lo encantada que estaría si la conociera.

Fuera de casa, lo que se supone que es la vida continúa. Tengo siete años, he alcanzado la edad de la razón. Como cualquier otro pequeño cuerpo católico, tengo que recibir los sacramentos, la penitencia y la sagrada comunión. ¡Ningún problema! Se me da muy bien la teología.

Había empezado a practicar como cura de parroquia a los cinco

años. Solía caminar con pasos mesurados a lo largo del jardín, con la mirada gacha y las manos juntas sobre el corazón; llamaba con tristeza a la puerta trasera de Annie Connor y decía, señora Connor, he venido a confesarla. Creo que hay algo de lo que está muy arrepentida y he venido a expiar sus pecados.

—Ah, entre, padre —decía ella—. ¿Le apetece una galleta de chocolate?

Luego ponía los ojos en blanco en señal de penitencia antes de proseguir.

—¡Ay, padre! ¡He blasfemado!

—Eso está muy bien, señora Connor —respondía yo—, pero ¿no me dijo lo mismo el mes pasado?

—Es cierto, es cierto —admitía—. Pero, padre, no sea demasiado duro conmigo, son muchas las cosas que me hacen blasfemar.

La doctrina de la transustanciación no me parecía pesada. No me sorprendió descubrir que una oblea redonda era el cuerpo de Jesucristo. Llevaba años diciendo que ocurrían cosas por el estilo, pero la gente no se daba cuenta. Los perros de aguas y las vacas fusionaban sus naturalezas, igual que el hombre y las plantas: solo hay que ver al señor Aldous, los tallos lechosos que tiene por brazos. Una niña podía convertirse en un niño: aunque no me había sucedido a mí y ya sabía que no llegaría a sucederme jamás.

Cuando llegó el día de recibir la sagrada comunión, me sorprendió que el cuerpo de Cristo se me pegara a los dientes y al paladar. Era como comer *smog*. Santa Catalina de Siena decía que cuando recibía la hostia en la boca notaba los huesos de Jesucristo crujiendo entre los dientes. Debió de ser una monja con mucha imaginación.

Estuvo bien eso de haber estudiado para el sacerdocio. De lo contrario, habrían sido muchas las cosas que me hubiera tocado aprender de golpe: saber que el alma negra quedaba purificada con la confesión, pero luego volvía a embrutecerse con el mero accidente del pensamiento, tan solo cinco minutos después, mientras salías de la iglesia.

—Señora Connor —decía—, ¿se le ocurre algún otro pecado?

Sin embargo, mi tía abuela me cogía de las manos y nos poníamos a saltar y cantar:

Me he encontrado a Napper Tandy
y me ha cogido de la mano,
cómo está la vieja Irlanda
es lo que me ha preguntado.
De los que he conocido
es el país más desolado.
Por ir vestidos de verde,
a hombres y mujeres han colgado.

Durante mucho tiempo, pensé que Napper Tandy era una especie de tío abuelo. Pensaba que algún día podría verle la cara, que vendría cojeando desde la parada de autobús y que me pediría un bocadillo.

Cuando hube llegado al otro lado de los sacramentos, me di cuenta de que intentar ser buena era agotador y me crispaba los nervios. Implicaba una vigilancia escrupulosa, tanto a nivel de pensamientos como de conducta, se prolongaba a lo largo de todas las horas en las que estabas despierta y se reanudaba si te despertabas en plena noche. Yo era ambiciosa desde el punto de vista espiritual: sin duda era una ruta segura hacia el fracaso, aunque en esos momentos no lo sabía. Quería ser un alma inmaculada, envuelta de luz, como una ventana limpia pero abierta. Pensaba que lo conseguiría con calma, en silencio: como si la ventana se abriera sobre un lago azul, sobrevolado por gaviotas blancas. Tenía que alcanzarse entre gente tranquila, que hablara poco y con consideración. Echaba de menos el ademán metódico de mi abuelo, y deseaba poder aplicarlo en Brosscroft, donde los fantasmas flotaban por el aire. Para cada tarea —darles la vuelta a los colchones, preparar encurtidos, arreglar un zapato—, el abuelo solía ponerse el delantal más adecuado, de lona blanca o negra. Tarareaba mientras trabajaba, apenas un murmullo civilizado en voz baja. Se había retirado del ferrocarril y le regalaron un reloj de oro. Fue un retiro honorable, y su ocupación *amateur* pasó a ser atizar la caldera de la cooperativa; yo iba a visitarlo a la ensombrecida caverna subterránea en la que se encontraba, que apestaba como la antecámara del infierno. Para llegar te desviabas de la calle y bajabas unos escalones; no muchos, y eso sorprendía; pero tenías que saber que estaba allí, puesto que los únicos capaces de encontrar la puerta eran sus ayudantes autorizados. Yo no me

tomaba en serio el fuego del infierno. Me hacía una idea de lo que tendría que pagar el diablo por tanto carbón.

A veces el abuelo patrullaba por la calle de noche para entretenerse con la caldera del Club Conservador, y así de paso veía cómo funcionaba. Era un hombre con un prestigio excelente, y cuando paseaba por la calle (algo que, a diferencia del resto de mi familia, hacía con total libertad) se encontraba con otros ancianos que, interrumpiendo su andar majestuoso, se detenían para saludarlo levantándose la gorra y diciendo «¿Qué tal, Judd?». Luego tal vez cruzaban la calle y hablaban de las calderas que se habían dedicado a atizar, de los motores que habían hecho funcionar a las mil maravillas: o de las ametralladoras que jamás se habían atascado gracias a las aportaciones de aceite del sargento Foster. Sus voces evocaban el crujido flexible del cuero, el clic del eje metálico entrando en la hendidura engrasada y el denso olor de la tierra ajena.

En un bar que quedaba en algún lugar de Oriente Próximo, Judd Foster estaba sentado con un hombre llamado Kemal Ataturk, quien le contó lo que pensaba hacer por su país natal. En Jerusalén le pidieron que se uniera a una antigua logia masónica: a lo que se negó, bastante escandalizado. Navegó hasta la bahía de San Pablo un domingo por la mañana; las campanas repiqueteaban por encima de las aguas, y cuando levantó la mirada vio a los fieles correteando para ir a misa, bajando por las empinadas colinas que transcurrían entre las casas blancas. Es una visión, decía, que jamás olvidaré. En el zoológico de El Cairo había visto rinocerontes.

Y ahora pasaba por la casa de Bankbottom, apagado y prolijo, y mientras trabajaba eran himnos católicos lo que iba cantando: «Madre de Dios, estrella del mar, rezad por el viajero, rezad por mí». En mi primera infancia, yo lo ayudaba (puesto que era un converso) cargando con un gran crucifijo de madera que había encontrado en el armario de un dormitorio.

—Solo estoy practicando, abuelo —le decía—. Para cuando sea monaguillo y tenga que llevarlo en día de Corpus Christi.

En su religión había un festival de la cosecha. Alguien me contó que era pagano. Los paganos eran sospechosos, estaban condenados a un estado llamado «limbo» cuando fallecían, junto con todos los bebés que morían antes de ser bautizados, de neumonía u otras

causas: ese viento frío que cuando sopla arrasa con la salvación. No era justo, pero la vida no era justa. La vida no es justa: eso dice Jack. Y lo dice a gritos: se siente maltratado por el destino. Cuando venía a visitarnos, al principio, solía quedarse de pie en la cocina de Brosscroft, tocando la armónica y siguiendo el ritmo con el pie. No era consciente de que Elvis lo contemplaba con una sonrisa de satisfacción desde la pared. Jack es protestante, o al menos no es católico; eso no parece molestar a mi madre. En el ejército, según dice, tenías que ser de una religión u otra. No podías responder «ninguna»: si lo hacías, te ponían que eras anglicano.

Jack me cuenta una historia mientras mi madre me desenreda el pelo con el peine. Le tiembla la voz, está nervioso. Igual que yo, que los perros, siempre está escuchando, aguzando el oído para atrapar unos pasos en el piso de arriba, un sonido en la puerta. Tiene el blanco de los ojos amarillento, rodeando el caramelo de las pupilas; ha tenido ictericia, me dice mi madre. Un día, cuando me pongo frente a la puerta de entrada para que me hagan una fotografía, ataviada con el vestido blanco que uso para las festividades en la iglesia, un niño protestante del otro lado de la calle me señala y se burla de mí. Jack cruza la calle como si lo hubiera impulsado un resorte. Gruñe con el brazo retirado, preparado para golpear usando el borde de la mano como si fuera un hacha. El niño retrocede con las manos levantadas y sale corriendo. Jack vuelve a cruzar la calle con el ceño fruncido; no le doy las gracias. O sea que así, pienso, serían las cosas si fuera la hija de Jack.

Una vez al año, en la escuela y la iglesia, teníamos Domingo de Misiones y cantábamos sobre africanos e indios. Los llamábamos «negritos», y recaudábamos dinero para ellos. Si conseguías una buena colecta, te permitían tener uno. Le podías poner nombre: a mi bebé la llamé «Corinne», una elección que les pareció perversa y que, sospecho, eliminaron de los formularios en cuanto me di la vuelta. Clare Boylan escribió una novela sobre un «negrito» que vuelve a buscar a su propietario cuando es mayor. O sea que no escribiré otra: solo diré que durante la semana anterior al Domingo de Misiones cantábamos himnos especiales de melodías indistinguibles y letras apasionantes. «Por las esposas y viudas de los niños, bebés que se apresuran hacia sus tumbas…». ¿Qué edad debías tener para que te consideraran una esposa siendo una niña?

¿Cómo debía de ser la viudez a esa edad? Y los «bebés que se apresuraban hacia sus tumbas», ¿eran las propias esposas o sus hijos?

Lo más probable es que no acababa de comprender bien las letras; puede que mi versión no fuera más que una parodia de lo que ponía en la hoja de cantos. A los ocho años, pierdo el oído. Cuando alguien me habla, digo «¿qué?». Mientras repiten lo que ya me han dicho una vez, me recompongo y me recuerdo a mí misma que debo ordenar las piezas dispersas de mi atención. Las palabras me suenan borrosas; como el ala de una polilla, revoloteando alrededor de una lámpara de significado. Mis pensamientos no se mueven a la misma velocidad que las conversaciones humanas, lo hacen dos veces y media más rápido, más o menos, de manera que siempre tengo que estar recogiendo cable por lo que dice la gente, para descubrir a qué parte de qué pregunta se supone que estoy respondiendo. Continúo con mi costumbre de mirar a hurtadillas, de reojo, y empiezo a dominar el arte de notar las cosas a través de las puntas de los dedos. Las piezas de ajedrez ahora se mueven siguiendo mis órdenes. Henry y yo estamos sentados junto a la lámpara encendida, en el salón de la casa de Brosscroft. Los bebés están arriba, durmiendo como lirones, y mi madre y Jack se han marchado. ¿Adónde? ¿Han salido a bailar? No lo sé. Mi largo padre queda doblado en la silla cuando se sienta, y empuja un peón con gesto cansado; hasta que, en una noche inspirada, «lo enroco» desplazando el rey dos casillas y colocando una de las torres en una jugada poderosa, amenazadora, que me deja en una posición aventajada en la partida; él se inclina hacia delante, fascinado, y dice, ¿sabías que podías hacer eso? La verdad está entre el sí y el no. Tengo ocho años y no soy tan tonta como parezco. Apenas soy capaz de estudiar la partida, de estudiarla en secreto, para confundir a mi padre; aunque preferiría que pensara que el movimiento me ha salido solo, y sonrío con deslumbrada sorpresa cuando mi torre salta de su esquina, moviéndose como un tanque campo a través para acabar con sus mejores defensores. Es importante no intentar ganar; mostrarme despreocupada. Por su parte, con la misma despreocupación, él va dejando por la casa libros de la biblioteca para que yo pueda leerlos: libros de la editorial Gollancz, de cubiertas amarillas. Leo a Arthur Koestler,

Reflexiones sobre la pena de muerte. Y aprendo cosas; las incorporo a mis sueños. Sueño que he asesinado a alguien. Es mejor saber lo que me espera que ignorarlo.

Todos se ríen de mí porque no oigo las cosas, porque digo «¿qué?». Mi madre apuesta dinero a un caballo llamado Señor Qué. Gana el Grand National.

En los días en los que aún tenía siete años, tras la confesión y la primera comunión, volvía a casa de la escuela por Woolley Bridge Road, con el seto tiznado a mi izquierda y el muro a mi derecha, y tras el muro estaba la fábrica de envasados, en la que se procesaban y enlataban papillas de carnes inimaginables. Me seguía de cerca mi ángel de la guarda, siempre en mi hombro izquierdo, justo detrás de mí para que no lo viera. Y Dios también me acompañaba, realmente estaba convencida de ello. Podrías imaginar que le pedí que se manifestara y pusiera fin a lo que ocurría en Brosscroft: los portazos en plena noche, las rachas de viento que recorrían las habitaciones. Pero mi idea de Dios era distinta. No era un mago y no debía ser tratado como tal; no se le tenía que pedir que alterara y arreglara cosas como si fuera un fontanero o un carpintero, o incluso mi abuelo con las herramientas guardadas en un rollo de lona. Había llegado a comprender a mi manera la gracia, ese canal con filtraciones entre las personas y Dios: ese canal lento, verde y lodoso que transcurría entre una persona y el Dios que llevaba dentro. Todos los sentidos son graciosos, agentes de la gracia: el tacto, el olfato, el sabor. La gracia de la música no es para una niña que se pasa el día diciendo «¿qué?». Mi madre ya nunca toca el piano; mi padre, casi nunca. A Jack no lo he visto nunca sentarse frente a él, sin duda porque es anglicano. Y yo soy incapaz de afinar; me lo hacen saber de un modo cruento. No sé cantar fa sol la si do sin desafinar. Puedes rezar para obtener la gracia, pero es algo que llega de forma inesperada, como una sequía. Es algo que no puedes planificar. Si no la pides, la consigues. Pasé un año convencida de esto, reservando un espacio simple para Dios en mi interior: un espacio irregular rodeado de luz, un espacio de espera recortado en mi plexo solar. Subsistí esperando con atención, con buena disposición. Pero lo que llegó no fue Dios ni mucho menos.

A veces te topas con algo que no puedes escribir. Has escrito

todo lo que se te ha ocurrido para evitar que la historia llegue hasta aquí. Sabes que, técnicamente, tu prosa no está a la altura. Y entonces dices, muy bien: al menos conozco mis limitaciones. O sea que elegiré palabras simples; poco a poco. Pero luego eres consciente de que los lectores, los que todavía hayan decidido quedarse contigo, se están preparando para una revelación de abusos sexuales. Ese es el horror habitual. El mío es más difuso. Envolvió mi vida con una mano asfixiante y no sé cómo, ni tampoco qué era.

Tengo siete años y estoy en el patio de Brosscroft; estoy jugando cerca de la casa, cerca de la puerta trasera. Algo me hace levantar la mirada: un cambio en la luz. Mis ojos se sienten atraídos hacia un punto más allá del patio, en el largo jardín. Está, digamos, a unos cincuenta metros de distancia, entre el césped, las malas hierbas y los helechos. No veo nada, no puedo decir que haya visto nada más allá de un movimiento casi imperceptible, una onda, una perturbación en el aire. Noto una espiral, un lento remolino siseante, como si fueran moscas; pero no son moscas. No hay nada que ver. No hay nada que oler. No hay nada que oír. Sin embargo, su movimiento, su desplazamiento insolente, me contrae el estómago. Noto —en la periferia, al límite de todos mis sentidos— las dimensiones de la criatura. Es tan alta como un niño de dos años. Más o menos treinta centímetros de hondo, casi cuarenta. El aire se revuelve a su alrededor de un modo invisible. Tengo frío y me sobrevienen las náuseas. No me puedo mover. Estoy temblando; es como si me hubiera quedado clavada en el momento, no puedo desviar la mirada por más que lo intente. Tengo la mirada fija en un espacio que no está ocupado por nada. No tiene bordes, no tiene masa, ni dimensión, ni forma alguna; se mueve. Le suplico que no se acerque, no te acerques, por favor. En el espacio que ocupa un pensamiento ya lo tengo dentro, y ha instalado una resonancia enfermiza en mis huesos y en todas las cavidades de mi cuerpo.

Me obligo a apartar los ojos. Es como arrancármelos de la cabeza. La gracia escapa de mí, huye de mi cuerpo como los líquidos huyen de un cadáver. Me aparto del lugar. El cuerpo me pesa mucho, tengo que levantar los pies como si los tuviera pegajosos por culpa de la sangre. Me aparto de la luz del sol a través del cuarto acristalado y me sumerjo en la penumbra cerrada

de la fría cocina. Digo, mamá, quiero entrar ahora, ¿puedo dibujar un rato?

Me veo a través de sus ojos: sudando, con las mejillas hundidas, el pecho agitado para controlar el espeso sabor a sangre y vómito que noto en la boca.

Rezo, que no me mire, por favor.

—Sí —me dice en un tono dulce, de espaldas a mí—. Claro que sí.

Es el mejor sí que he oído. Es el mejor sí que he oído en toda mi vida. Si me hubiera hecho salir de nuevo al jardín secreto, creo que me habría muerto: creo que se me habría parado el corazón.

Cuando crezco, me río de esto. Me digo que, igual que la tía Ada Doom, vi algo desagradable en el cobertizo de la leña. Me digo que, igual que la tía Ada Doom, después de eso nunca fui la misma, siempre me sentí maldita: ¿y qué fue? No lo sé. Algo intangible vino a buscarme para probar suerte: algo sin forma, sin límites, vino para intentar desesperarme. Cuando estoy sola, lo pienso en secreto, y entonces apenas me río.

Annie Connor se muere. No ocurre de repente; el pecho se le agita, resollando, y se acuesta. Aunque ya nos hemos visto a la hora de comer, no se me ocurriría no pasar a ver a mi abuelo, a mi abuela y a tía Annie al salir de la escuela para tomar una taza de té y un bollo. Una tarde me hacen subir por la escalera del número 58, y en cuanto veo a Annie, por la sangre plomiza y estancada en las venas de su rostro, sé que se está muriendo.

Me afano en subir la colina que lleva a Brosscroft. Mi madre a veces me vigila. Del mismo modo que no puedo oír una frase entera, no puedo caminar en línea recta: por muy lejos que esté, sabe que si el punto avanza serpenteando por la acera es que soy yo.

Los ojos de mi madre rastrean mi cara. No quiere verse tentada a bajar la colina hasta Bankbottom por si es una falsa alarma; es típico de las tías viejas, eso de toser y resollar.

—¿Crees que de verdad se está muriendo?, —me pregunta mi madre.

Me mira a los ojos: como la noche que le dije que no encendiera el gas. Por segunda vez, da crédito a mi sensatez. Baja corriendo la colina. No estoy con ella, por lo que no sé qué ocurre, aunque sé

que en cierto modo hacen las paces, o al menos que los hogares dejan de estar en pie de guerra.

Es un sábado por la mañana. Mi madre entra en mi cuarto. Ahora tengo mi propio cuarto, al fondo de la casa: Jack lo empapeló de color rosa y blanco. Mi madre me dice, «Tía Annie se ha marchado a vivir con Jesús».

Desvío la mirada y lloro. Creo que lo ha dicho con buena intención, pero me parece innecesario que lo haya expresado así, como si solo tuviera seis años. Los adultos quieren que sepas cosas, pero luego quieren que las olvides. Sin embargo, el conocimiento no tiene marcha atrás. Habría comprendido un simple «se ha muerto», y no puedo dejar de ver su rostro lívido y moteado. En cierto modo, me digo a mí misma, es bueno haber visto a una persona moribunda y haber reconocido su estado.

Le doy la espalda a mi catecismo y encuentro una oración que afirma no fallar nunca. La rezo. Quiero a mi tía Annie y rezo para que pueda volver.

Sé que Dios no atenderá a mis súplicas. No responderá a esa clase de oración, y rezándola solo estoy cometiendo una blasfemia: como una patada dirigida a su horrible y divina espinilla. No me ayudó en el jardín secreto, aunque de todos modos me parece que tampoco estaba en sus manos hacerlo; creo que, sea lo que sea lo que vi ese día, sin duda era más poderoso que ese Dios bigotudo de los libros de oraciones que sonríe con afectación, envuelto en una túnica blanca: con las santas palmas de las manos separadas, como si estuviera midiendo un tablón. ¿Por qué no lo había intentado, al menos? Podría haber hecho algo. Podría haber demostrado voluntad. Yo quería que se manifestara, que me poseyera, que tomara el control. Pero no apareció en ningún momento, en el jardín secreto; ese viejo cabrón ni siquiera se dignó a levantarse de la cama. Ahora, estando ya exenta de gracia, abandonada, rezo tonterías para fastidiarle. Hay ciertas oraciones que siempre funcionan; por otro lado, sabes que no hay nada que hacer con el pasado. El tiempo no fluye hacia atrás; lo dicen todos los científicos.

Poco después, cuando salgo de la escuela a las doce, bajo como una exhalación por la cuesta hasta el camino de carro y cruzo la calle. Es una calle principal, y el camino de carro sale en línea recta entre dos curvas pronunciadas. Pero hay poco tráfico, y es lento:

¿quién querría pisar el acelerador para llegar antes a Hadfield?

Me escapo por unos centímetros. Miro hacia atrás, hacia el largo coche negro que ha frenado con un chirrido; un escalofrío me recorre el cuerpo y salgo disparada hacia casa.

Las niñas grandes se han dado la vuelta; gritan. Se abalanzan sobre mí cuando intento pasar entre ellas; quiero subir corriendo a Bankbottom, pero no me dejan. Me pongo rígida; prácticamente me levantan en volandas, me llevan a rastras a la escena del incidente, intento evitarlo clavando los talones en el suelo, pero no sirve de nada. El conductor ha bajado la ventanilla y asoma la cabeza. Es un hombre de cúpula calva, con elegantes flancos de pelo en los lados. Agacho la cabeza obligada por la palma de una niña mayor y la cara me queda frente a la de él; quiere verme, y ellas quieren exhibirme. Está temblando. ¿No me has visto?, me pregunta. No está enfadado, pero se siente culpable, está horrorizado; no lo conozco de nada. Envuelve el volante con los dedos para intentar controlar los temblores. ¿No me has visto? Qué lástima me da.

Detecto un sudor frío en su frente, es el sudor de la muerte.

Doy tirones para alejarme. Mis compañeros se congregan, ¡se apuntan a cualquier drama! Baja más gente por el sendero, entre ellos maestras y monjas. Dos niñas grandes me agarran por las muñecas, intentan persuadirme para que vuelva a subir hacia la escuela. En silencio, intento zafarme de ellas con los dientes apretados. Pego tirones, pero ellas también, y tengo la sensación de que corro el riesgo de quedar dividida por la mitad, como el bebé del juicio de Salomón. Tienen quince años y mucha fuerza en los brazos, el aroma leñoso de la maternidad les sale por los poros y me envuelve. Tramo algo, una estrategia; permito que me arrastren hacia delante sin oponer mucha resistencia, y luego salto en el aire y me lanzo hacia atrás tanto como me lo permiten los brazos. Me acaban soltando: salgo corriendo. Lo único que quiero es correr: al número 56 de Bankbottom, a casa de mi abuela. Una vez dentro, aúllo de rabia. Estoy viva, ¿cuál es el problema? ¿Qué hay de nuevo? Vivo y muero en cuestión de pocos centímetros.

Mi abuela me sirve alubias sobre una tostada. Clava una rodilla en el suelo para tostar el pan frente al fuego. Me encanta; sin embargo, hoy la comida se me seca en la garganta. No puedo tragar. Su rostro desconcertado me persigue cuando regreso a la

escuela por la tarde.

Al día siguiente (las noticias vuelan), llega la bronca de la señora Stevens. Me grita y me pone como ejemplo de persona casi muerta, casi muerta por mi ignorante precipitación. Que qué me dicen en casa. ¿Qué tienen que decir al respecto, eh? Me siento en un silencio hosco y gruñón. Mi «mejor amiga» Bernadette levanta la mano y dice, «Señorita, es que no se lo ha contado a sus padres».

¿Que no se lo ha contado? ¿Qué? ¿Que no he llevado a casa de mi abuela la noticia de que por solo treinta o cuarenta centímetros no he quedado aplastada contra el asfalto, agitando los brazos y con el cuello roto como una paloma? La señora Stevens acalla la larga exclamación decepcionada de la clase, oooh. Ahora me acusa de ser una embustera, además de haber estado a punto de morir. Mi «mejor amiga» susurra que tendré que contarlo en confesión: según ella, es peor que una mentira. Y antes de que termine la semana, un pariente lejano al que no veo casi nunca aparece en Bankbottom con un florido relato del incidente: el chirrido de los neumáticos, el grito de las monjas, el doblar preventivo de las campanas de la iglesia.

Así es la vida de una niña. No tienes derechos, ni sobre tu vida ni sobre tu muerte. Cualquier cosa que te ocurra se la apropian los demás, que creen saber mejor que tú lo que te pasa por la cabeza. Así que mejor no hables, ni siquiera si te amenazan, sobre todo si te amenazan; no les des información que puedan usar en tu contra. En el tribunal de la opinión pública se ha dictado sentencia; tocad a muertos.

Tengo mi propio tribunal, mi propio juicio. Una horca para la señora Stevens. Una horca para mi pariente lejano. Una horca para mi «mejor amiga». Una horca para la madre Malachy, la directora de mi escuela, que estaba frente a la puerta, regodeándose con el drama, y animó a esas niñas grandes a bajar el camino de acceso para hacerme trizas. Pero gracia para el conductor. Gracia para las niñas grandes. Gracia para mí, corriendo; gracia para mis labios sellados; para mi abuela, arrodillada ante la chimenea. Excepto que ya no tiene sentido rezar por la gracia o pedir más, ya que es evidente que Dios lo ve todo, solo que a mí no me mira jamás.

Una vez jubilado, el abuelo tenía más tiempo para poner a prueba mi capacidad para deletrear. Lo primero que hacía cada día

era supervisar mi comida para mimarme: toma esa rebanada de la hogaza, es tu preferida. A ver cómo te comes ese pastel, es lo que llamamos un Savoy. Mis días tristes y nauseabundos le daban más excusas para la ingenuidad, para cortar una manzana en rodajas que repartía en un plato para presentármela azucarada y tentadora.

Pero llegó un día en el que empezó a notar la edad, la suya y también la mía, y luego me hizo subir por la empinada escalera hasta el desván, una sala fría y sibilante. El suelo era de planchas de madera clara, y en el centro de la estancia, bajo la claraboya, había una conejera. Llena de libros.

Las páginas crujían y eran amarillentas, los bordes estaban mordisqueados por el tiempo, o tal vez por los conejos. Las cubiertas, otrora de color verde, bermellón y azul marino, ahora tendían más bien al negro, de tan viejas y ajadas, hasta el punto de que pensaba que se desharían entre mis dedos: el caso es que no me importaba una mierda, y perdóname, Señor, por hablar así, pero es que ansiaba los libros como un vampiro ansía la sangre. Mi papá Henry me llevaba a la biblioteca de Hadfield, donde había una librería para niños, y yo me los había leído todos de arriba abajo. Me los había leído con tantas ganas que cuando los devolvía la tinta había quedado apagada, grisácea debido al agotamiento, y pensaba que algún día la bibliotecaria se daría cuenta de lo mucho que los había gastado y me retiraría el carné.

En mi dormitorio de Brosscroft brillaba el sol, era la única habitación de la casa en la que podías dejar cualquier cosa con la seguridad de que sería absorbida y acabaría en la tierra de los fantasmas. Allí echábamos todos los libros que teníamos. Algunos habían caído en las manos de Jack en el curso de su vida: una recopilación de relatos llamada *De excursión con Romany*, sobre la vida en el campo. Mientras lo leía me pregunté, ¿Hadfield es campo o ciudad? Tenía la sensación de encontrarme en tierra de nadie, en un lugar que no había quedado bien definido en ningún libro. Había pocas calles, pero también pocos árboles. Había los páramos, moteados por la nieve en abril; no había pájaros, excepto las golondrinas y los estorninos, las mujeres les lanzaban las migajas cuando molían los cuscurros de pan duro.

Leí Romany; aprendí a amar los erizos, y el comportamiento de los astutos zorros. Leí el horrible volumen mohoso de Tennyson, un

premio que le dieron a alguien en la escuela dominical: Mariana en la granja con foso. Leí *Pasos hacia la literatura: quinto libro*. Era un libro pequeño, de páginas amarilleadas por la descomposición, con la cubierta estampada con la palabra «Muestra». Y en el interior: el subtítulo rezaba «Lecturas sobre Europa». Era un libro de extractos. Los leí todos.

En un lugar de La Mancha, de cuyo nombre no puedo acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero…

Hará dieciséis o diecisiete años que vi por primera vez a la reina de Francia, en ese entonces la joven esposa del todavía Delfín, en Versalles…

Alguna vez conservó del Oriente la suntuosidad…

Pasábame largas horas en mi ventana aspirando los aromas del jardín y meditando en la adversa fortuna de todos aquellos cuya historia está débilmente retratada en los elegantes testimonios que me rodeaban…

Estoy loca por este libro. Igual que Washington Irving con la Alhambra, salgo a su encuentro a medianoche. Me despierto antes del amanecer para leer la única escena que contiene de *Julio César*: la escena en la que Marco Antonio pone a la multitud en contra de Bruto. Tiene como prólogo un extracto de Plutarco que me sirve como introducción al argumento. Me gusta la historia, me gusta todo: la violencia, la polémica. Ojalá la hubiera escrito yo. Bruto, por supuesto, tenía razón. Marco Antonio sabía lo que hacía. Cuidado con las palabras; cuidado con quien sabe usarlas. «Si tenéis lágrimas…». Cuidado con la multitud sentimental.

O sea que esto, pienso, son las obras completas de Shakespeare, algo que he oído mencionar a la gente. En mi opinión, merece todos los aplausos que recibe. Me aprendo la muerte de César de memoria. La murmuro, en tiempos de estrés, con la piedad de quien murmura pasando el rosario. Un día, con el aliento contenido, con premura, bajo a la habitación amarilla, mi antiguo dormitorio, el que ahora ocupa mi padre. Miro en el cajón del pequeño armario que hay junto a la cama. Allí encuentro mi libro de cuentos del rey Arturo, que había extraviado desde que tengo uso de razón. Me alegro muchísimo. Me sumerjo de nuevo en sus historias. Ahora me

gustan las que antes no comprendía. Me gusta el grial. Me imagino al caballero tendido en su cama, rígido, mientras el cáliz, medio oculto por sus velos y envolturas etéreas, aparece flotando por su campo de visión. En el dormitorio de atrás de la casa de mi abuela en Bankbottom (el antiguo dormitorio de mi madre, una habitación vacía en la que me dejan jugar) a veces he visto sombras parecidas, objetos innombrables que flotan y no son sólidos, objetos a través de los cuales puede divisarse la pared que tienen detrás. Me parecen cosas domésticas, platos y tazas, cuencos: es como si fueran ecos o sombras de los objetos de uso cotidiano en la cocina que está en el piso de abajo. Con el tiempo me doy cuenta de que cualquier cosa en esa habitación puede convertirse en translúcida. Paso muchos ratos allí, la mayoría de las veces sola, dedicada a ningún juego en particular, simplemente existiendo. A veces mi amiga Evelyn viene a jugar conmigo. Pedaleamos hacia atrás en una vieja bicicleta infantil que está apoyada en la pared. Mi abuela nos sube por la escalera nuestra comida favorita, bocadillos de plátano. La habitación, cuando está Evelyn, es completamente sólida.

Invierno: son las cuatro y media y ya ha oscurecido, las cortinas están corridas en el salón de Brosscroft. La tarde es tranquila; Jack está en la escuela nocturna, mi padre Henry está en alguna otra parte, en el club de *jazz* o en la biblioteca. Junto a la luz de las brasas, mis hermanos se han desvestido y suben a dormir. Se desprenden de la ropa con tres tirones forzados, empezando por los zapatos y los calcetines. Mi tarea consiste en recogerlo todo, separar el chaleco de la camiseta y darles la vuelta a las mangas de los jerséis: luego los aliso para que no queden arrugados, los extiendo hasta que quedan a tamaño natural, como si estuviera creando niños de lana. Saco los diminutos calcetines de los zapatos sacudiéndolos, los alineo en pares y finalmente los guardo en un cajón muy hondo que tenemos junto al fuego. A veces, cuando ya se han ido, me siento con cuidado en el caballito balancín, que en realidad es un caballito de resortes que rebota sobre un armazón metálico; soy demasiado mayor para este juguete, y me sonrojo con solo pensar en que puedan sorprenderme montada aquí.

Tengo nueve años; he dejado atrás mis aspiraciones de acabar siendo caballero errante, he pasado de intrépida a inepta. Me

convertiré en una mujer, aunque no me imagino de qué tipo. Una niña de pecho plano no puede imaginarse hasta qué punto puede cambiarle el cuerpo. Un día es consciente del roce de la blusa contra la piel. Mete los dedos allí y se enfurece al pensar en lo que está por venir. Es un proceso que no puedes controlar. No tienes elección. El cuerpo me está venciendo, aunque parece que la gente tiene la sensación de que yo soy la responsable de lo que hace. Mis pequeños vasos sanguíneos son inestables; me sonrojo si alguien me habla, si alguien me mira. No puedo evitarlo, pero parece que eso irrita mucho a mi madre y a Jack.

Aguzo el oído; por encima de mí oigo unos pesados pasos, sé que los niños todavía no están en la cama. Con cuidado, dejo de contener el aliento; dejo que el caballo salte debajo de mí; troto durante medio kilómetro. Mis dedos rozan las riendas y la brida, pintadas en el metal de un modo poco convincente. Levanto la mirada y la poso sobre las cortinas corridas del salón del número 20 de Brosscroft. Frente a un fondo gris plateado, muestran un estampado de ventanas.

Son ventanas mediterráneas, con alegres persianas y plantas que brotan de macetas y cestas de hierro forjado. Me gustan; mi fría alma septentrional da volteretas dentro de mi pecho. Quiero vivir tras esas ventanas, vivir envuelta de calidez. Hay dos tipos de ventana, una rectangular y otra en forma de arco, y no sé cuál de los dos me gusta más; las rectangulares son más elegantes, y las del arco, más seductoras. En el número 20 de Brosscroft, la luz del fuego se consume, las ráfagas de aire apagan las llamas, el cuarto acristalado tintinea, el jardín revela sus muertos secretos. Pero en la Alhambra, tal como me asegura *Pasos hacia la literatura*, «el jardín que hay tras mi ventana se iluminó dulcemente; los naranjos y limoneros se bañaron del color de la plata, y la fuente reflejó en sus aguas los pálidos rayos de la luna, haciéndose casi perceptible el carmín de la rosa». Imagino mi vida tras esas ventanas, la textura de mi vida: llevo el sol en mi interior cuando me muevo por las habitaciones sumidas en las sombras y el olor a ambientador.

Muchos años más tarde le pregunté a mi madre si recordaba las cortinas de Brosscroft, las cortinas con el estampado de ventanas. Le cuento cómo solía imaginar que me fundía en su textura y vivía allí, entre el tejido y sus pliegues, que vivía entre los postigos y los

balcones, que era la propietaria de esas ventanas y esas macetas de las que brotaban flores de color escarlata. Mi madre se dio la vuelta para que no pudiera verle la cara. Susurró, y yo, yo también.

Fueron años fríos para ella. El amor no enciende el exiguo fuego de la chimenea ni les llena la barriga a los niños. Y la infancia fue una especie de gulag para mí; me dejaron apartada, a la deriva. Las condiciones cambiaban con cada año que pasaba; a veces me movía a otro campamento, donde esperaba a ver si el régimen sería mejor o peor, más o menos soportable, y donde me apresuraba a aprender las reglas. No es que fuera culpa de nadie en concreto. Poca gente me trataba con malicia. Simplemente era inadecuado que yo fuera una niña.

A los diez sufrí una alergia al polen catastrófica. Me pasé el verano entero estornudando y temblando, con los ojos llorosos, cegados y reducidos a estrechas ranuras. Entre los párpados veía destellos escarlata, los pétalos de las flores: geranios.

Cuando por fin nos dieron los resultados del graduado escolar yo estaba, como de costumbre, enferma en casa. No esperaba conseguir una plaza en un instituto de secundaria, por lo que tampoco me había hecho ilusiones. Parecía algo fuera de mi alcance, como le había pasado al abuelo, cuyos padres no pudieron permitirse el uniforme: como le había ocurrido a mi madre, cuyas maestras se olvidaron de inscribirla al examen.

Justo después de las cuatro, Bernadette llamó a la puerta. Fui a abrir yo. Se quedó plantada frente al umbral y me miró de arriba abajo.

—Has *aprobao* —dijo sin sonreír.

Caí hacia atrás dentro de la casa con las manos cruzadas sobre el corazón. ¿Y tú?

Asintió con sobriedad. Quizá estuviera en estado de *shock*.

—Ofrécele a Bernadette un zumo de naranja —dijo mi madre.

Entré en la oscura despensa de estantes de piedra. Los fantasmas rondaban por debajo de ellos, sorbiéndose los dientes con envidia y malicia. La mano me temblaba, el cuello de la botella golpeó el borde del vaso. He aprobado. ¿Quién lo habría pensado? He aprobado. O sea que podré tener una vida, pensé.

Al cabo de pocas semanas nos mudamos de casa: yo, mi padre no, mi madre, Jack, los dos hermanitos y el perro que nos quedaba.

El final del verano ya no lo pasaríamos allí. Nos marchábamos a otra ciudad. Tendríamos una casa adosada. Con césped, con rocalla; tendríamos un manzano e incluso sería «casi perceptible el carmín de la rosa». Tendríamos alfombras nuevas y otro apellido. Nos marcharíamos tan deprisa que en septiembre, cuando empezara el nuevo curso escolar, no seríamos más que el rastro de un incendio en el aire.

Mi infancia terminó así, en el otoño de 1963; con el pasado y el futuro oscurecidos por el humo de los barcos en llamas de mi madre.

Cuarta parte

Sonríe

Durante los siete años siguientes, viví con mi madre y con Jack, mis dos hermanos y un perro en una casa de una pequeña población de Cheshire.

A veces, poco después de conocerlo, Jack me prestaba su pluma estilográfica. Llevaba el nombre escrito en el cuerpo: Swann. Cuando utilizaba a Swann, mi letra se parecía a la suya hasta un punto misterioso: negra, diminuta, sin ornamentos; una letra de hombre. Sin embargo, cuando llegué a la adolescencia, se me privó de ese privilegio. Para plasmar mis palabras sobre papel tenía que utilizar cualquier instrumento que encontrara, por deficiente que fuera. La letra me cambiaba, se remodelaba sin cesar; mis habilidades prácticas no eran muchas, y las que tenía no implicaban provecho alguno. A mitad de la adolescencia, mi hermano, que había arrancado el fondo de su cochecito a patadas, era capaz de sacar el motor de un coche y prácticamente de construir una casa; a la misma edad, yo ni siquiera sabía instalar un enchufe. Vivía aterrorizada por la posibilidad de que a Jack se le ocurriera enseñarme a hacerlo algún día; pero al parecer no confiaba en la conjunción de mujeres y electricidad. Por suerte para mí, nos habíamos mudado a una casa en la que no había gas.

Cuando viajas a un país nuevo o pasas a formar parte de una tribu nueva, lo primero que debes aprender son las ceremonias de saludo y despedida. En nuestra nueva ciudad (o pueblo, como se consideraba a sí mismo, con la mirada fija en su gentil pasado), las sencillas familiaridades de Hadfield brillaban por su ausencia. Nadie iba de casa en casa con cotilleos, nadie se presentaba en tu salón gritando «¡soy yo!». La gente tenía timbre en la puerta, y además lo utilizaban. Cuando la gente te preguntaba «¿cómo estás?» no esperaban respuesta. Cuando salías de una tienda, en lugar de musitar un saludo mínimo, brusco y decaído, como se solía hacer en Hadfield, alargaban la fórmula y casi se podría decir que la

cantaban. Incluso los hombres la canturreaban, y eso que no sonaba precisamente varonil. En Hadfield, los hombres no tenían ninguna manera de despedirse, que yo recordara. Si se marchaban, ¿qué necesidad tenían de mencionarlo? No era asunto tuyo. Se limitaban a abrir la puerta de par en par y salir con los dientes apretados para enfrentarse al viento de los páramos.

Nuestra nueva casa estaba en una avenida y no en una calle. Tenía un porche acristalado y un ventanal en mirador, un salón, dos habitaciones y una cocina pequeña, diminuta: en el piso de arriba, dos dormitorios grandes, un cuartito (el mío) y un baño. ¡Un baño! Antes de mudarnos fuimos a ver la casa en varias ocasiones para arreglar cosas. Las habitaciones vacías estaban impregnadas del olor del entarimado. Los niños jugaban en el jardín, entre los fantasmas de rosas híbridas de té que quedaban a finales de verano. En secreto, yo subía al piso de arriba sola y me metía en la bañera sin agua, sin quitarme ni la ropa ni los zapatos, para ver qué clase de recinto era: dónde te quedaba la cabeza y dónde te llegaban los pies.

—Suena raro —le dije a mi madre un día, como si nada— decir que nunca en la vida has tomado un baño.

Mi madre me miró horrorizada, como si temiera que pudiera decirlo fuera de casa.

El baño estaba pasado de moda, y lo primero que hizo Jack fue empotrar la bañera para que no se le vieran las patas. Más adelante ajustó las puertas para que cerraran bien; todo se iba enderezando, modernizando. Mi madre forró la parte trasera de la puerta del salón con un plástico negro acolchado que fijó con unos remaches de latón brillante. Era *le dernier cri*. Ninguno de nuestros vecinos tenía esa clase de ideas para la decoración. En sus casas, vislumbradas pero jamás visitadas, había alfombras estampadas y tejidos de diseños florales; el pálido papel pintado de las paredes también tenía flores, y había tapetes de encaje en los aparadores. Mi madre era demasiado moderna para tener un aparador.

Pero había algunos rasgos de clase media de los que no podíamos prescindir. Salimos a comprar un tresillo. Era geométrico y angular, de color verde musgo y con unos atrevidos cojines a cuadros; no se parecía en absoluto a los tresillos de los vecinos. Y aquellas cortinas que solo llegaban al alféizar, mamá las

despreciaba con toda su alma. Las cortinas de ventanas se quedaron en Brosscroft; nuestras cortinas nuevas tenían unas espectaculares franjas sedosas y llegaban hasta la alfombra. Cuando las corríamos para ocultar el jardín otoñal, el césped repleto de hojas traídas por el viento, la pérgola de madera podrida y el rosal trepador, le susurraba a mi madre, «Es como el telón de un escenario». Ella sonreía, satisfecha. Tras las cortinas, caía la noche, apacible sobre la cantería ornamental, sobre las coníferas enanas y los estanques de jardín; el drama tenía lugar en nuestro lado, en el auditorio. Nuestra casa era una más entre un millón de casas de un millón de calles, pero nuestras perplejidades, nuestras vacilaciones, eran todas propias; teníamos secretos y no pensábamos que los demás hogares también los tuvieran.

No obstante, debí empezar a saber que todas las casas eran distintas, y que cada una tenía su propia vida secreta, porque hacia el final del verano de 1963, después de mudarnos a la avenida, me acostumbré a pasear arriba y abajo, examinando las fachadas de nuestros vecinos, fijándome en cómo las habían pintado y escudriñando sus verjas y setos. Luego me aventuré más allá, por las avenidas, los caminos, callejones y senderos curvos, anotando cómo algunas de las casas tenían ventanales cuadrados y otras, simples ojos de buey como aberturas en el porche; algunas tenían vitrales policromados y otras, verjas de forja con volutas en lugar de madera lisa. Algunas casas tenían nombre. La nuestra solía ser «Arcadia», pero había perdido el rótulo hacía mucho tiempo y se había convertido simplemente en el número cuatro.

Un día, más o menos una semana antes de mudarnos, entré en una habitación vacía y vi la chaqueta de *tweed* de Jack colgada en el pomo de la puerta. Me sorprendió; la ropa vacía siempre me ha inquietado, era como si el propio Jack, ocupado en algo en algún otro lugar, hubiera dejado su abrigo *in loco parentis*, tras haberle imbuido su autoridad y su poder. Los niños estaban fuera; mi madre y Jack, en el piso de arriba: estaba sola. El sol entraba por la ventana sin cortinas. Era por la tarde; esa hora, más o menos hacia las tres, en la que el día parece que esté haciendo una pausa para bostezar, antes de estirarse y arrastrar sus pasos hacia la hora de la merienda. Era agosto, el aire era apacible, no había ruidos ni en el jardín ni en la calle, ni motores de coche ni pájaros cantando. Me

acerqué a la chaqueta, me la quedé mirando un momento y luego palpé el áspero tejido de lana. Me quedé un rato ahí plantada, rozándola solo con la punta de los dedos. Luego metí la cara dentro y aspiré los complejos aromas que se acumulaban en los tejidos: olores industriales de metal y goma, olores rurales de estiércol y humo de leña: el humo de los cigarrillos de otras personas, ese olor tan típico de Cheshire, a césped recién cortado; el olor persistente que la turba desprende en Derbyshire. Y noté un espasmo de aflicción, como si Jack hubiera muerto y su alma se hubiera integrado en el tejido de la prenda.

Es posible que fuera una aflicción egoísta. Tuvo que serlo, en realidad. Era lo más parecido que teníamos a un marido y un padre, aunque no era ninguna de las dos cosas y mi madre no paraba de recordarme que pocos hombres habrían hecho lo que hacía él, hacerse cargo de la familia. Pero ¿por qué me lo decía? No le veía ningún sentido. Estaba decidida a no mostrarme agradecida por lo que simplemente veía como inevitable; era como darle las gracias a alguien por el hecho de que fuera viernes, o elogiarlo por tener nariz. ¿Cómo habría podido estar con ella, sin nosotros? No era posible. No habría funcionado. Mi madre era una joya y sus hijos eran el engaste; yo era el envoltorio, algo que podías arrancar con entusiasmo y tirarlo a la basura. Al menos así es como me sentía. Los niños podrían crecer como si fueran hijos de Jack, o dicho de otro modo: los hombres quieren hijos varones. Nadie quiere a una niña delgaducha de diez años, con los dientes prominentes y la costumbre de encogerse cuando le diriges la palabra: una niña que pronto estará sangrando por todo el baño en intervalos mensuales, que siempre llevará carreras en las medias y los dedos manchados de tinta, algo que no es ni infantil ni femenino, siempre centrada en recordar, en saber.

Cuando empecé a ir al colegio de monjas, al principio no sabía gran cosa. Mis últimos años en la escuela primaria habían transcurrido bajo la atenta mirada de la madre Malachy, enmarcada por la curva de su tocado almidonado.

Fueron muchas las tardes deprimentes en las que me dediqué a contemplarla mientras dirigía la clase, perorando sobre un tema y otro. La estudié para poder dibujarla cuando no estaba en su presencia, para poder plasmarla sobre el papel: mi ojo trazaba el

bulbo de su nariz, la ruda curva de su barbilla. Se me hacían largos, esos días, esos días de escuela, y Malachy era una presencia realmente estática en ellos, con su perfil definido contra la luz fría en los días lluviosos. Yo sabía que a los once años suspendías el examen de escolaridad y luego seguías estudiando en una nueva escuela para fracasados católicos que habían construido en Glossop; hasta hacía poco tiempo, los fracasados se quedaban en Saint Charles y se pudrían bajo el gobierno de Malachy hasta que alcanzaban la edad de dejar la escuela. Yo creía que ese fracaso no llegaría jamás; los días se alargaban: Aritmética, con el libro marrón, por la mañana; luego una asignatura llamada Inteligencia; luego Inglés, con el libro verde. *General Progress Papers*, exámenes de progreso general, se llamaban los libros, y tenían espacios que había que rellenar en los que, con un lápiz romo que casi no escribía, intentabas imponer tu versión sobre las respuestas incorrectas de la gente que los había utilizado hasta el momento, luchando contra todos los años de disparates y errores que (si pasabas los dedos por la otra cara de la página) podías leer como si estuvieran escritos en braille. Pensaba que el tiempo se había detenido para mí, pensaba que jamás me libraría de Malachy, que jamás llegaría a cumplir los once; creía que había aprovechado la electricidad estática de mi cárdigan de lana para atraerme hasta la profundidad mohosa de su hábito y luego absorberme e incorporarme a su grueso cuerpo, como si ella fuera mi madre y yo estuviera golpeando las paredes de su piadoso útero. En Hadfield, las luces estaban encendidas todo el día durante el invierno, los grandes radiadores humeaban y apestaban, el olor a botas de goma, a loción contra los piojos y a monja era tan intenso que tenías la sensación de poder rozarlo con los nudillos; a menudo tenías la sensación de estar a punto de pelearte con él en cualquier momento.

La idea que tenía Malachy de la educación consistía en dedicar media hora a pasar por toda la clase repitiendo la misma pregunta estúpida. En Lent, dijo, las estatuas de la iglesia están envueltas en telas de terciopelo púrpura, casi negro: ¿lo sabíamos? Sí, madre Malachy, respondíamos a coro: bueno, lo respondían los demás, yo nunca respondía nada a coro. Muy bien, dijo, ¿y cómo lo sabéis? Tras un titubeo prolongado y nervioso (puesto que la madre

Malachy era muy violenta) el primer niño por fin se inspiró.

—Me lo contó mi madre, madre Malachy.

Cuando ya había respondido la mitad de la clase (supongo que debíamos de ser unos treinta y cinco) un héroe exasperado decidió apartarse del rebaño.

—Me acuerdo de cuando nos lo contó el año pasado, madre Malachy.

La conmoción recorrió la sala. Se había roto el ritmo. No obstante, tras otro titubeo insoportable, otro niño reemprendió la dinámica habitual.

—Me lo contó mi madre, madre Malachy.

Sin embargo, cuando llegó mi turno, no dije nada. Ni una palabra. Había adoptado un criterio y me ceñí a él: estaba dispuesta a responder a preguntas razonables, pero no a las que me parecía que no tenían ningún sentido. Escribiría las respuestas a cualquier pregunta, pero hablar era distinto. A los alumnos nos prohibían hablar en clase. Si nos habían impuesto el silencio como norma, yo también podía recurrir a ese precepto. ¿Por qué tenía que decir nada? ¿Solo porque se había tomado la decisión arbitraria de que era el momento de hablar?

«Intransigencia» no era una palabra con la que yo estuviera familiarizada. Pero estaba aprendiendo de mi madre, estaba aprendiendo a mantener intacta mi opinión sobre mí misma. Aunque lo estaba aprendiendo demasiado pronto, teniendo en cuenta mis circunstancias. Mi razonamiento adulto y mi bajo estatus no encajaban. Un día, la madre Malachy me golpeó tan fuerte en un lado de la cabeza que me lanzó al otro lado del aula girándome la cara sobre el tallo del cuello. ¡Vaya, una pelea a puñetazos, señora!, me dije a mí misma. Esbocé una sonrisa y volví la cabeza de nuevo para dejarla en la posición correcta. Tenía ocho años, por aquel entonces; a los diez, el desprecio que sentía por ella ya era tan absoluto que debía de llevarlo como una armadura, puesto que nunca se atrevió a volver a ponerme un solo dedo encima. Me sorprendí, por supuesto, cuando Bernadette vino a casa, a las cuatro de una tarde de primavera, para contarme que no iríamos a parar a la escuela para fracasos católicos de Glossop; que habíamos aprobado el examen y, en lugar de eso, iríamos al Convento de la Natividad. Todavía me asombré más cuando llegué y me di cuenta

de que allí las monjas no te pegaban; ni siquiera los maestros laicos parecían dispuestos a enfrentarse durante diez asaltos a una contrincante de cuarenta kilos.

Mi escuela era una institución pequeña, amable y algo pedante. Se consideraba una «buena» escuela de la zona, por lo que los burgueses protestantes del distrito pagaban para que sus hijas pudieran estudiar allí, sabiendo que saldrían con buena dicción, buena educación y buena preparación. La cantidad de protestantes que había en cada clase era lo que nos protegía de los peores excesos del celo religioso. A las chicas que veníamos de una escuela de monjas, por supuesto, nos gustaba pensar que estábamos sujetas a restricciones, ataduras y opresiones. Tal vez por ese motivo las condiciones que de verdad imperaban (y que a mí me parecían bastante liberales) no evitaban que entre las chicas circularan en tonos de asombrada alegría esas historias tan habituales de las escuelas de monjas: que la hermana Tal dijo («a mi hermana», o «hace diez años») que la Virgen jamás se habría sentado sobre las rodillas de un chico sin ponerse una guía de teléfonos bajo los muslos, o que Nuestra Señora Santa María jamás habría llevado unos zapatos de charol en los que pudieran vérsele reflejadas las bragas. Santa María no habría tenido que preocuparse por el calzado; y no le habrías visto nada ni siquiera si hubiera caminado sobre un espejo, porque al fin y al cabo llevábamos nuestra virginal entrepierna bien envuelta en prendas azul marino, tan gruesas y densas que podrían haberse utilizado en expediciones antárticas. Mis primeras bragas quedaron autodestruidas con el tiempo. ¿Cómo es posible? ¿Se las llevaron unos cuervos gigantes y las hicieron trizas? ¿O es que alguien las roció con ácido mientras se secaban en el tendedero? No me compraron unas nuevas, por lo que me vi obligada a rebuscar en el armario algo parecido a unas bragas de nailon encogidas; durante muchos años, incluso mientras fui delegada de clase, iba por la vida con el trasero ilícito.

El Convento de la Natividad, al principio, había estado vedado para las chicas de Hadfield y de Derbyshire en general. Se esperaba que cualquier chica que consiguiera entrar y no fuera un fracaso católico acabara subiendo a un tren hacia Manchester para llegar a una de las sombrías y tiznadas fábricas de santidad que molían a las chicas del noroeste hasta convertirlas en la piadosa pasta de

feminidad católica que terminaba dando lugar a madres católicas, enfermeras católicas o maestras católicas, todas con un ojo puesto en un buen chico católico con el que pudieran colaborar para obtener una nueva generación católica que pudiera ser molida del mismo modo. Pero a mi madre todo eso no le interesaba en absoluto. Ella quería un poco de clase.

Las autoridades educativas no admitieron ningún debate al respecto; no estaban dispuestas a pagar para que las chicas de Derbyshire estudiaran en Cheshire. Habían llegado a acuerdos con las escuelas de Manchester para alojar a las católicas, las papistas y las raras, y no pensaban cambiar de planes. Sin embargo, mi madre deseaba de todo corazón que yo pudiera asistir a esa escuela, y tanto ella como Jack (puestos a huir a alguna parte) se decidieron a cruzar la frontera para mudarse a la pequeña ciudad en la que estaba ubicado el convento. De ese modo, el problema quedaba resuelto; aunque mi madre, con brío y coraje, lidió la batalla con las autoridades educativas en nombre de las demás niñas que se habían quedado atrás. No creía en las escuelas católicas de Manchester; eran establecimientos inadecuados. Las chicas se robaban entre ellas, decía, su conducta y su lenguaje eran escandalosos; habían molido a mi prima Beryl hasta convertirla en una buena taquimecanógrafa católica. Mi madre concebía algo mejor para mí; ¿qué motivo había para negarles esa oportunidad a las chicas de Hadfield? Ella no había tenido ninguna; pero estaba dispuesta a dejarse la piel batallando por ese asunto, a demostrar que no podrían acallar su voz. Al final se llegó a un compromiso y el primer día de curso, en septiembre de 1963, una triste camarilla de muchachas de Hadfield se plantó en la frontera de ese elegante nuevo mundo. En retrospectiva, eso supuso una desgracia para mí. Me habían cambiado de apellido y había adoptado el de Jack, que fingía que estaba casado con mi madre y que yo era su hija, por lo que yo también tendría que seguir fingiéndolo. Sin embargo, aquellas chicas sabían la verdad. Tal vez solo tenían once años, pero no eran idiotas sin remedio; de lo contrario, habrían sido fracasos católicos, ¿no? Sea como sea, el caso es que corrió la voz.

Durante un tiempo, las distinguidas chicas del convento se rieron de mí: tanto por mi acento como por los rumores que habían oído acerca de mi vida privada. Incluso intentaron, sin mucha

determinación, hacerme la vida imposible: manos invisibles me robaban cosas o me arrancaban páginas de los libros. La gente dice que las chicas pueden ser crueles, pero no es nada que un buen bofetón no pueda curar. Por extraño que pueda parecer, no obstante, no tuve que ponerme violenta en absoluto. Un día, a la hora de comer, cuando toda la escuela salía a tomar el aire, tanto si llovía como si brillaba el sol, vi a la madre superiora caminando sola, con eminencia, sobre un terreno elevado; era una cosita menuda pero feroz, terriblemente temida (aunque yo no lo sabía) tanto por los padres como por las alumnas; tras haber sobrevivido a Malachy, a mí me parecía una simple gatita. El día de presentación de los nuevos padres, madre e hija tuvimos que tragarnos un buen sermón sobre las reglas de la escuela y las leyes suntuarias; todos los uniformes debían adquirirse en tiendas autorizadas, no se permitían artículos tejidos a mano o modificados, nada de joyería más allá de las medallas de la Virgen y nada de esmalte de uñas o cualquier otro tipo de adorno cosmético, so pena de tortura y muerte. Tras ese rapapolvo, mi madre se había acercado a la madre superiora hecha un manojo de nervios y con actitud sumisa. Le preocupaba que mi físico fuera demasiado débil, que me consideraran deficiente: que me faltara simplicidad y que mi pelo ceniciento, largo hasta la cintura una vez más, contraviniera la sencillez del convento. Al ver a una madre jadeando sin tapujos por la temeridad que suponía una aproximación individual, una madre que había sido advertida pero no lo suficiente, la hermana esbozó una sonrisa irónica e incómoda.

Mi madre me señaló.

—No puede participar en juegos —dijo—, ni hacer Educación Física. El médico…

La hermana me miró mientras yo intentaba encogerme tras el codo de mi madre.

—¿Gimnasia?, —dijo con tono amable—. Bueno, la mayoría de las chicas se disgustan, si algo les impide hacer gimnasia.

Mi madre asintió una y otra vez, sacrificándome al cabo de pocos segundos en el altar de la Mayoría de las Chicas: mis cólicos y calambres, mis dolores y mis pánicos. Luego estalló con la pregunta que de verdad quería hacerle, ansiosa, fanática:

—¿El pelo largo? ¿Le parece bien? ¿Debería cortárselo?

La hermana Mary Francis se la quedó mirando un momento; luego soltó una risita más propia de una chiquilla. Fue un sonido que tuve que esperar muchos años para volver a oír. Cielo santo, dijo. Oh, no, no lo haga. Así va bien. Recogido, claro está, ya sabe. Una cinta azul marino, si es necesario. Oh, cielo santo…, no le corte el pelo, no.

Mi madre y yo pasamos un rato sonrojadas por la vergüenza. Tal vez solo me sonrojé yo; mi madre era toda una mujer y tenía cara. Pero me imaginé a la hermana, esa noche, reuniéndose con sus compañeras para relajarse, poniendo los ojos en blanco y exclamando, «¡Esos padres nuevos! ¡Cómo son!».

Así que ese brumoso día de noviembre a la hora de comer, lamentando verla tan sola, me acerqué a ella y me puse a charlar. La llegada al convento me había reducido una vez más a una niña pequeña, una primeriza de modales simples; las jerarquías nunca han sido algo obvio para mí, y sentía cierto afecto por esa madre superiora diminuta con la nariz y los labios azulados por el frío. ¿Acaso no había defendido mi pelo? Una sola insinuación de su parte, y mi madre me habría rapado la cabeza y me habría mandado a la calle con aspecto de presidiaria; las chicas habrían dicho que tenía piojos (si es que en el Convento de la Natividad sabían lo que eran los piojos) y en cualquier caso perder la melena me habría arrebatado lo único que me distinguía. Es posible —aunque no lo recuerdo con claridad— que incluso le cogiera la mano a la diminuta madre superiora.

—Hilary —me dijo (con una aspiración digna de una madre superiora).

—Sí —respondí; charlamos un rato. ¿Me las arreglaba en gimnasia?, me preguntó. Pues la verdad es que no, contesté, se me daba muy mal lo de brincar y hacer sentadillas, pero estaba resignada a seguir intentándolo—. Sin embargo, aunque en general estoy muy contenta, tengo una queja. Entre otras cosas, mi bolsa para los zapatos ha desaparecido. Con mis zapatos dentro.

—¿La has buscado bien?, —preguntó la madre superiora.

—Bueno —dije—, tanto como he podido. Los zapatos no caminan solos.

La madre superiora tomó aire como si se hubiera propuesto inhalar sus finos labios. Levantó la mirada y observó su

circunscripción. Nos quedamos juntas mientras sus ojos inspeccionaban sus dominios, unas cuatrocientas chicas que corrían sin moverse de sitio, soplándose las manos y golpeándose los muslos azulados para estimular el flujo sanguíneo, chicas que se reían y corrían en grupos, bromeando y coreando cánticos, chicas que se mostraban las unas a las otras fotos ilícitas de estrellas del pop, chicas que cotilleaban y se arremolinaban y se portaban mal; chicas, no pocas, que se detenían y nos miraban, paralizadas. La madre superiora hizo una pausa para pensar.

—¿Sabes?, —me dijo—. Creo que si buscas de nuevo tu bolsa de los zapatos, digamos que después de las clases, a las cuatro… Creo que la encontrarás, Hilary, justo donde debería estar.

Lo que sentía, en el fondo, era una angustia extrema. Pensaba que mis padres no podrían permitirse reemplazar los zapatos ni ninguna otra cosa que pudiera perder; y todavía peor que esa sensación era la idea de explicarle a mi madre que en ese lugar las chicas también robaban, que los zapatos caminaban solos, que los libros se arrancaban las hojas, que eras impotente ante la sociedad en general, o ante lo que hacían los fantasmas cuando les dabas la espalda; que habíamos llegado a una ciudad nueva, a una casa nueva, y que todavía no estábamos a salvo, no podíamos vivir tranquilos. No quería que supiera que este lugar era igual que cualquier otro; ella esperaba con desesperación que todos los lugares no fueran iguales, había sacrificado su apellido por ello, se nos había llevado huyendo a un lugar que ahora no parecía más seguro que el que habíamos dejado atrás. Gracias, hermana, le dije con cortesía. Echaré un vistazo. Bueno, ya lo sabes, me dijo. Si no va bien, Hilary (su mirada recorriendo de nuevo a sus alumnas, que ahora gemían bajo una llovizna gélida, cubriéndose con sus suéteres y colocándose en filas para acudir a las clases de la tarde), si no va bien, me sorprenderé mucho. Me lo dijo con un acento parecido al de la reina, aunque con el labio superior alargado, al estilo irlandés. Y luego lo arqueó hacia arriba, azulado como estaba, para esbozar una sonrisa cargada de sadismo.

Pero fue bien; por supuesto que fue bien. La bolsa de los zapatos, a la hora de salir de clase, apareció colgada en el perchero que se me había asignado. Mis libros no volvieron a perder hojas. Tardé años en comprender cómo había funcionado el truco; que las

chicas dispuestas a aterrorizarme le temían tanto a esa hermana menuda y sarcástica, que quedaban reducidas a una obediencia infantil con solo pensar que podría estar mirándolas a ellas.

Yo aprendía, no paraba de aprender: que el poder se negocia, se adquiere, se cede, y de maneras más sutiles de lo que yo pensaba, cuando la ley de las armas y el poder de la espada eran todo lo que gobernaba mi mundo. Hay que derribar las barreras de la sumisión, tal como nos cuenta Tom Paine; y esto puede lograrse con tacto, de forma que la gente no vea que estás desmantelando las cosas y eliminándolas de un modo discreto. Los años que pasé en el convento me dejaron una especie de legado; una cortesía nerviosa, una apariencia de timidez femenina que quizá me resultará útil si alguna vez me juzgan por asesinato.

Respecto a la madre superiora: aprendí sus costumbres, y ella las mías. Durante el último año que pasé en el convento, las alumnas y el personal me votaron, democráticamente, sin arreglos, sin sobornos: delegada de curso. Tenía derecho a llevar una toga escarlata con una franja dorada, y la exhibí con cierto aire socarrón. Cada mañana (ese era el ritual del Convento de la Natividad) me plantaba en el púlpito de nuestro vasto salón de asambleas (tan amplio que se lo alquilaban a los protestantes para el baile del alcalde y otros grandes festejos municipales), y cuando la madre superiora aparecía a las nueve en punto, yo decía, en nombre de todas, «Buenos días, hermana Mary Francis».

A veces lo decía con la voz temblorosa debido a cosas que sucedían en casa. A veces, sin aliento porque saltaba sobre el escenario en el último minuto, justo después de hundir los brazos en la toga que sostenía para mí una subordinada. A veces mi tono era cálido: si había pasado un buen fin de semana. Mi libro de himnos a veces tenía cartas de amor entre las páginas: de chicos católicos, por supuesto. En cualquier caso, yo siempre trataba de saludarla como si lo sintiera de verdad.

Y ella, que me hablaba como si yo fuera plural, y mirando a toda la escuela, mirando hacia el espacio, respondía, «Buenos días, chicas». Le hablaba al aire, con neutralidad, con levedad: como si estuviera mordiendo una especie de cristal sin bordes, metafísico. Más allá de la vergüenza, más allá del pudor. Tras el Vaticano II (el gran concilio de la Iglesia con el que el canonizado Juan XXIII

ordenó a las monjas que se modernizaran y se subieran el dobladillo de los hábitos) la escuela entera vio sus piernas de gorrión, enfundadas en gruesas medias pero en cierto modo desnudas para nuestros ojos; ni siquiera bromeamos al respecto. Las monjas también recibieron la orden de salir y recorrer las calles, de manera que la madre superiora intentó aprender a conducir. Debió de doblegar a sus instructores y examinadores con su fuerza de voluntad; no podíamos creer (cuando se corrió la voz) que tuviera que intentarlo una y otra vez. Cuando por fin aprobó el examen, tras la asamblea matinal, la sorprendí con un enorme ramo de flores bastante vulgar. Se suponía que no sabíais nada, me siseó antes de aceptar las flores con una sonrisa forzada e hiriente.

Un día, cuando yo tenía diecisiete años y estaba a punto de salir del cascarón, casi lista para echar a volar, me hallaba al anochecer en uno de los vestidores, cepillándome el pelo. Al cabo de quince minutos teníamos que salir para coger el autobús a Manchester, donde teníamos que asistir a una función de alguna otra escuela (no recuerdo cuál, y tampoco es que importe mucho), ya que participábamos en un concurso de debates, una especie de torneo, o tormento, algo así. Yo era nuestra principal combatiente, y por ese motivo tenía que aparecer uniformada mientras que todas mis amigas (oh, vaya, snif) habían vuelto a casa para ponerse minifalda y lápiz de ojos. Sintiendo lástima por mí misma, hacía lo único que estaba en mis manos: tan narcisista que casi me derretía frente al espejo, me cepillaba el pelo. Tenía previsto llevarlo suelto; ¿quién me lo impedía? Suspiré ante mí misma: ¿quién es como yo? Nadie tiene el pelo como yo. ¡Lo que darían por tenerlo! Cepilla, cepilla. Prolongaba las pasadas de manera que el cepillo extendiera cada segmento en toda su longitud, luego lo soltara y lo dejara caer para que se fundiera con la luz cada vez más débil. Fue entonces cuando, detrás de mí, a través del espejo, vi a una enana en blanco y negro. Era la HMF, la hermana Mary Francis, la madre superiora, agazapada como una cortesana deforme en lo alto de la escena: como si nos hubiera pintado Velázquez. Sus ojos se clavaron en los míos.

—¿Lista?, —preguntó en un tono desagradable.

—Solo me estaba… —balbuceé sin mucha convicción. La fría mueca que ocupaba sus labios me confirmaba que ya sabía qué

estaba haciendo. Solo me estaba admirando a mí misma, imitando a la vieja Magdalena. Me sentí sorprendida, menoscabada, y al mismo tiempo me sentí verdadera, carnal, sórdida.

Pero la hermana había invertido mucho en ese concurso de debate. Por primera vez, nuestra pequeña escuela tenía posibilidades de vencer. No podías elegir el tema, ni tampoco el bando. La noche en la que la hermana me sorprendió, me estaba preparando para debatir la propuesta que habíamos sacado de un sombrero: «Karl Marx ha hecho más por la humanidad que Jesucristo». Y lo bordé. A todo el mundo le quedó la sensación de que la final había sido una pura formalidad; el mejor de los equipos rivales había mordido el polvo.

De nuevo en la escuela, en el sitio en el que nos dejó el autobús, mis amigas se me llevaron hasta la puerta del convento. Envalentonada por tres vodkas con lima, una camarada clavó el dedo en el timbre. La puerta se abrió y de ella brotaron las monjas; algunas de ellas con rostros jóvenes y entusiastas.

—¿Has ganado?

Oh, sí, respondieron mis amigas. Comunistas uno, cristianos cero. La hermana Mary Francis apareció por una esquina como un duendecillo, me puso una mano en la manga y levantó la mirada hacia mí; y entonces volví a oír aquella risita, dulce y clara como un arroyuelo.

Unas cuantas cosas en las que Jack no coincidía conmigo: desayuno, deporte y enfermedad.

Él salía de casa por la mañana con solo media taza de té en el cuerpo, según mi madre, lo máximo que conseguía tragar a esas horas.

La gente más débil —es decir, yo— podíamos tomar té y tostadas.

El deporte era una chorrada, con la excepción de la lucha libre profesional que veía en televisión. La historia era una bobada. La enfermedad era una bobada. Durante su carrera escolar, se jactaba, nunca faltó a clase ni llegó tarde. Ahora, sin embargo, el señor Siempresano se había convertido en el padrastro de la señorita Nuncasana, lo que suponía una desgracia para ambos. Jack se había olvidado de su cólico, el cólico que se suponía que era crónico. Yo estuve a punto de llegar a quererlo, cuando muchos años atrás le

había dicho a mi madre que me permitiera quedarme en casa. Fue un gesto próximo, algo que rozó el amor; esa ternura momentánea, cuando yo tenía nueve años, con mi cuerpo de bebé parado justo a los pies de la cuesta que subía hacia la feminidad. Sin embargo, un lunes por la mañana que bajé con la corbata del uniforme torcida, la piel grisácea y los dientes repiqueteando, dijo, te encuentras mal, ¿verdad? ¡Qué fácil resulta para ti! ¡Yo también me encuentro mal los lunes por la mañana! Pero por mucho que me joda tengo que ir a trabajar, ¿verdad? ¡Claro que sí!

Me senté a la mesa. Mi madre se daría cuenta de que estaba enferma de verdad, ¿no? Era la guerra entre hombres y mujeres; mi madre tenía que elegir un bando y con solo verle la cara me di cuenta de que no elegiría el mío. Ya se consideraba una debilidad por mi parte que estuviera por allí, que me sentara sin duda esperando una tostada; y es que Jack era perfecto, igual que su náusea matinal, una cualidad espiritual que yo debería intentar emular. Por consiguiente, retiró su silla y me miró con el ceño fruncido, recorriendo mi cuerpo con los ojos, de arriba abajo, criticando mi aspecto general, mi pelo lacio sin la cinta y la carrera que llevaba en las medias, a pesar de que las había retorcido para que me quedara en el interior y se viera menos. ¿Cómo era posible, decía él, que la escuela estipulara que tenía que llevar medias? Mmm, dije, cierto; tal vez mi mano buscó a tientas la copia de la normativa que siempre llevaba en un rincón de la cartera, el papel doblado, arrugado, desgastado y teñido de un tono rosáceo por el lado que quedaba tocando el cuero. No creo que sea verdad, dijo mi madre mientras yo rebuscaba entre mis libros. No veía a la hermana siguiendo esa línea. A mi edad, ¿no debería estar llevando todavía los calcetines de lana hasta las rodillas del uniforme, por los que tanto dinero había pagado al proveedor autorizado cuando estaba en el primer curso?

Era una pregunta humillante. La respuesta era no; según la normativa ya me había graduado de los calcetines hasta las rodillas. Y cuando te gradúas de algo ya no puedes volver atrás y recuperarlo, del mismo modo que no puedes revertir la edad y deshacer la pubertad. La dificultad de mi vida consistía en que las medias eran un gasto continuo e imprevisto. Y yo no tenía ingresos propios. Tenía ahorros en una hucha, lo que me daban mis abuelos.

Pero tampoco podía recurrir a la hucha; la tenía para que mi madre pudiera asaltarla cuando Jack estaba de mal humor y no podía pedirle dinero. Las medias debían tener al menos treinta deniers, según la normativa de la escuela, y debían ser de un color concreto. Mi madre no estaba dispuesta a invertir en unas prendas tan duraderas. Puedes apostar a que Cenicienta nunca llevó medias de treinta deniers. Lo que hacía era legarme sus medias de nailon descartadas, que ya dejaban los dedos a la vista; y ahí estábamos, lunes por la mañana, atascados en el odio mutuo mientras el té se enfriaba, los niños saltaban en sus camas y Jack retiraba su silla de la mesa de golpe, murmurando, con la mirada gacha, tal vez preguntándose, igual que yo, ¿cómo hemos acabado así? Yo también retiré mi silla para tener más espacio, como alguien que está a punto de levantarse para iniciar una pelea. Pensé en la expresión «por menos de nada». Habría bastado la más mínima insinuación para que le pegara un puñetazo.

Jack siguió murmurando cuando salió de casa por la mañana para descargar sus frustraciones sobre el pobre gato que estaba temblando en el sendero de acceso; le dio otra vuelta a la llave como si estuviera retorciendo una oreja, pisó el gas a fondo e hizo rugir el motor y engranó marchas. En esos años, los coches siempre se nos amotinaban, tosían hasta detenerse al borde de la carretera, los neumáticos se pinchaban y los frenos se mostraban insuficientes. Jack consideraba que una máquina era como un ser humano, y como tal, podía aterrorizarse. Muéstrale el puño a ese maldito cabrón: eso le hará entrar en razón.

Jack casi nunca recurría a las palabrotas, excepto cuando las dirigía a seres inanimados. Maldecía al fuego cuando no se encendía, vamos, maldito cabrón, vamos. Si algún objeto de la casa se atascaba, se rompía o se desmontaba, no podías esperar que Jack le diera cuartel. A mi amiga polaca Anne, de quien valoraba su serena inteligencia, le dije, ¿lo ves?, yo nunca soy así. Yo no me enfado de un modo irracional. Yo jamás daría golpes a los muebles ni insultaría a un escalón por un tropiezo, ni les gritaría a los neumáticos porque la carretera los haya desgastado hasta dejarlos calvos.

—Bueno, Hilary —me respondió Anne, dedicándome una mirada sardónica de reojo—, eso me parece muy sensato por tu parte.

Mi madre y yo teníamos una aspiradora que habíamos comprado por catálogo y nos había llegado por correo. Hoover Constellation, se llamaba; cuando todavía era joven, su cilindro (toda una novedad por aquel entonces) iba rebotando por detrás de ti como un cachorro. Escuchábamos todas sus notas como quien escucha el llanto de un bebé, lo parábamos antes de que se sobrecalentara el motor, lo dejábamos descansar, lo mimábamos y le cambiábamos la bolsa, y cuando se le rompió la manguera la reparamos con cinta adhesiva una y otra vez, hasta que llegó un momento en el que había más cinta adhesiva que manguera. De este modo conseguimos que funcionara durante muchos años. Sin embargo, la Constellation fue uno de nuestros grandes éxitos; nuestros electrodomésticos siempre estaban al borde del colapso. Cuando nos mudamos a la casa de Romiley, Jack adquirió una lavadora automática. Era la tecnología punta, por lo que no tardó en averiarse. No se nos permitió llamar a un técnico, puesto que esos servicios de reparación siempre son un fraude. De manera que mi madre y yo teníamos que hacer la colada en el baño. En esos días, cuando el mundo estaba tan contaminado, los hombres y los chicos llevaban las camisas durante tres días, hasta que los cuellos quedaban negros por dentro, recubiertos por una especie de grasa industrial. La única manera de eliminarla era frotando fuerte, lo que erosionaba las fibras y desgastaba la prenda. Eso nunca me importó; pensaba a corto plazo. Pero ¿con qué las frotaba?, esa era la cuestión. Mi madre no compraba un bloque de jabón para la colada, solo el detergente en polvo que había utilizado, durante un breve periodo de tiempo, la máquina Wondermatic. El agua caliente no bastaba para disolver los polvos; se apelmazaba sobre los bolsillos de color blanco grisáceo de las camisas de mis hermanos, en los cuellos y en las costuras, de modo que tenía que retirarlo con los dedos cuando levantaba las prendas empapadas, tan alargadas y pesadas que parecían casi hábitos de cura. La Wondermatic se quedó en casa simplemente para impresionar a las posibles visitas. Con el tiempo, mi madre la cubrió con un mantel, de manera que así ascendió de la inutilidad absoluta a la dignidad de una mesa. Luego Jack le construyó una especie de casa, una tapa con bisagras que cubría la parte superior y que nos ofrecía un espacio de trabajo adicional. ¿Que cómo lavábamos las mantas? No sé si las lavábamos, la

verdad. A mi hermano menor le salieron varias alergias, tosía y estornudaba hasta quedarse azulado; mi madre respondía tapándolo con más mantas todavía y colocando un radiador eléctrico junto a su cama, para que los ácaros del polvo pudieran respirar mejor. Ella y Jack pusieron la cama de matrimonio en su habitación durante un tiempo para poder darle la medicina de noche y compartir el beneficio del calor adicional. Yo disfrutaba del saludable frío que hacía en el cuartito. Una vez, a modo de experimento, coloqué un termómetro. Tenía doce años y todavía era ingenua. Dije, ¡mira, mamá, casi llega al punto de congelación!

Cuando mi futuro esposo llegó a nuestras vidas y fue consciente del problema, nos metió a mí y a la colada en su coche de estudiante y nos llevó a la lavandería. Mi madre quedó maravillada con el resultado, aunque no por ello se animó a financiar nuestros viajes; al parecer pensaba que todo sucedía de un modo natural. Esperando a que terminaran los ciclos de lavado, me di cuenta de que el calor húmedo exacerbaba los dolores de mis piernas. Ve al *pub* y tómate una Guinness, le decía a mi novio mientras esperaba a que terminara de secarse la ropa. Me gustaba despacharlo de ese modo por el simple placer de volver a reencontrarme con él al cabo de un rato. Una noche, mientras estaba hundida en el banco de madera, levanté la mirada de mi novela cuando volvió a entrar por la puerta batiente de cristal. Le dije, el libro que estoy leyendo dice que Johannesburgo tiene el clima más perfecto del mundo. La mujer, el personaje, está sentada en su balcón a mediados de invierno y brilla el sol, pero se preocupa por la política y la conciencia le dice que debería exiliarse. El régimen más odioso del mundo, le dije, resulta que tiene el clima más agradable.

Negué con la cabeza, preguntándome hasta qué punto podía llegar a ser perversa la naturaleza. Él recogió la ropa de la secadora y me la puso en los brazos y el cuerpo se me calentó mientras la sujetaba, a través de las costillas y de delante hacia atrás; las piernas todavía me dolían y era un dolor viejo, insistente, algo que sin duda no podía ser. A esas alturas ya no podían ser dolores de crecimiento, ¿verdad? Me imaginé el sol, el balcón, las flores escarlata brotando de las macetas; el mundo de las cortinas cuando estaban corridas. ¿Podríamos ir?, pregunté. No me importa el lugar, en realidad, a algún lugar en el que haga calor o haga frío, a la

jungla o a la tundra, todo me parece lo mismo. Mientras sea cualquier otro lugar.

Una gran pregunta que se hacía Jack era esta: ¿por qué las mujeres siempre sonríen? Fíjate, decía, señalando la pantalla del televisor. Sonrisas, sonrisas y más sonrisas.

Jack prohibió a Shakespeare y el puré de patatas. Shakespeare era un tema, no una persona. Era una propuesta desafortunada propia de maestras inseguras. Era un tema de examen y podía tolerarse si se mantenía entre las cubiertas de mi ejemplar de *Obras completas*, pero no estaba permitido sacarlo al mundo real: no podía verse en televisión, sobre todo si coincidía con un combate de lucha libre. Shakespeare, cuando se televisaba, era por la BBC. La lucha libre no. La BBC era una bobada.

Las patatas podían ser fritas o hervidas en trozos grandes. Pero estaba prohibido aplastarlas a escondidas con el tenedor.

Yo tenía problemas por sentarme demasiado cerca del fuego, «fingiendo tener frío». Tenía problemas por ser una chica, por tener trece años, por tener catorce. Cualquier cosa que hiciera le enfurecía, al parecer por el mero hecho de que hiciera algo: pero luego resultaba que los silencios y las ausencias también le parecían una provocación. He oído hablar de padres que decían que sus hijas acabarían siendo putas o peluqueras. Jack decía que yo acabaría siendo ayudante de laboratorio. Ese sería mi destino a menos que mejorara en Matemáticas. Desde la señora Stevens y sus problemas nunca me he llevado bien con los números, pero intenté remediarlo cuando tenía diez años, pasando incontables horas resolviendo multiplicaciones y divisiones enormes que yo misma me planteaba. Sin embargo, cuando Jack se interesaba por mis trabajos, me sobrevenían oleadas de pánico. Durante mi primer año en el instituto, se pasaba una hora sudando y forcejeando con unas cuantas ecuaciones, intentando infundirme su verdadero significado, y mi aprensión crecía a medida que veía que ya eran las ocho y media y aún tenía que enfrentarme a cuatro asignaturas más esa noche antes de poder acostarme.

Jack no parecía contemplar la posibilidad de que yo me decantara por una carrera fuera del ámbito de las ciencias; quizá no pensaba que existieran. Solo había trabajillos para mujeres: sonrisas, sonrisas y más sonrisas.

Para Jack, la vida era un cilicio. Según mi madre, se había visto obligado —al igual que ella— a vivir en contra de su naturaleza, había tenido que dejar los estudios demasiado pronto para buscarse un trabajo y ganar dinero para sustentar a su madre y su hermana, puesto que su padre los había abandonado. Si hubiera podido elegir, me dijo mi madre, Jack habría querido ser artista.

A diferencia del médico, Jack no me llamaba por el nombre. Se refería a mí utilizando un plural indeterminado. «Siempre hacen esto», o «siempre dicen lo otro», afirmaba con desprecio. Yo me sentía como una superviviente, una reliquia, una raza de sujetos menudos cuya cultura aborigen fuera objeto de burla; como los galeses, por ejemplo, una nación para la que Jack simplemente no tenía tiempo. Supón que hubieras crecido hablando gaélico, pero que ahora estuviera prohibido utilizar esa lengua. Incluso si fueras obediente, si tuvieras demasiado miedo de infringir la ley, seguirías pensando en gaélico, y los poderes fácticos te estarían escudriñando en todo momento, buscando en tu rostro la más mínima prueba de subversión. Cuando no dijeras nada, se fijarían en los chasquidos de lengua y las contracciones de mandíbula para ver si disientes. Estarían escuchando tras las puertas para ver si hablas en sueños.

A Jack le gustaba que la gente que lo rodeaba tuviera el mismo marco mental que él. Así que cuando estaba tenso, herido o sombrío, te metías en un lío si ibas a tu aire y te tomabas las cosas con calma. Si estaba de humor para bromear, la casa entera tenía que sentarse frente al televisor y rugir de emoción ante cualquier cómico de poca monta. Yo me mantenía al margen del círculo televisivo y me quedaba en el comedor haciendo los deberes. Él decía, «no se ríen nunca».

Me encerraba para escribir trabajos de historia de contenido poco original, formidable longitud y miserable presentación. La pluma Swann se movía como si escribiera sobre agua; escribías y apenas notabas la textura del papel, pero hacía años que no se me permitía utilizarla, y no es que hubiera mucho material de oficina por casa, en esos tiempos. Cuando tenía dieciséis años escribía con un bolígrafo que perdía tinta y dejaba manchas, cien páginas escritas con mala letra y color negro, las cuartillas sujetas —a falta de grapas o clips— con los hilos de bordar que le sobraban a mi madre: coral, verde helecho, el tono escarlata de la punta de las alas

de las mariposas. El hilo se ensucia enseguida, cuando lo retuerces con los dedos manchados de tinta, cuando llevas las hojas de un lado a otro durante días, peleándote con notas a pie de página y garabateando correcciones en el margen. La verdad no es bella, pensaba, y perseguirla no embellece a la gente. La verdad no es elegante; eso no es más que una sensiblería propia de matemáticos. La verdad es escuálida y está llena de borrones, y solo se encuentra en la acumulación de hechos polvorientos y quebrados, en los sótanos y las cloacas de la mente humana. La historia es lo que la gente intenta ocultarte, no lo que intentan mostrarte. La buscas del mismo modo que rebuscas por un vertedero: para ver si encuentras pruebas de lo que la gente quiere enterrar.

Había tensión en el aire de casa, era como la calma inerte entre el relámpago y el trueno. En este espacio, yo iba de un lado a otro, aferrada a mis trabajos de páginas dispersas y nudos frágiles. Delgada y pálida, de piernas largas y una gran catarata de pelo incoloro, encajaba a la perfección con la época que me tocó vivir, los sesenta, por mucho que tardaran en llegar al norte. Las chicas de la escuela siempre peinaban los libros de biología buscándome algún mal. Tal vez tenía hipertiroidismo, o anemia. Su enfermedad, en cambio, era la envidia.

Fueron años de dificultades económicas para mi familia, que recurrió a métodos extraños para conseguir dinero. Había que mantener las apariencias y suprimir nuestra historia. La gente de hoy en día se preguntará, ¿qué había de malo en ello?, ¿tan difícil era huir y cambiarse de apellido? Y la verdad es que sí, en esa época era difícil de verdad, sobre todo si solo te marchabas a trece kilómetros de distancia: aun si esos trece kilómetros implicaban cruzar el límite del condado y adentrarse en Cheshire. En la Inglaterra provincial de esa época, si no querías problemas tenías que fingir que eras igual que el resto de la gente. Si vivías con alguien con quien no estabas casada (incluso si todavía estabas casada con otro hombre, o sobre todo en ese caso), actuabas como una familia normal y esperabas que la gente comprara la ficción que habías construido; sin embargo, en cualquier momento podía aparecer alguien que conocía la verdad y pudiera hacer saltar esa ficción por los aires.

Mis hermanos se acordaban poco o nada de sus primeros años.

Jack los crio y ejerció de padre con ellos. Eran ingleses, sin religión ni acento de Hadfield. Yo ingresé en un colegio de monjas fingiendo ser católica, aparentemente conforme con la doctrina, aunque todo el mundo (incluso la madre superiora) sabía lo que pensaba en realidad. Después del mal rato que pasé en el jardín secreto, mi *mauvais quart d'heure*, había dejado de creer en un Dios omnipotente; creí en Él como un concepto bonito durante el primer año de instituto, pero no le atribuía mucho tirón, y una vez cumplidos los doce dejé de creer del todo. Asimismo, a medida que mis tíos abuelos y tías abuelas iban muriendo uno tras otro, perdí la conciencia de ser irlandesa. Nunca corregí del todo el acento de Hadfield, pero el problema era mi memoria: era imposible arrebatarme el pasado. A medida que la década fue avanzando y mi familia se estableció en esa nueva vida, empecé a sentirme una aguafiestas. Henry, mi padre, bien podría haber muerto también; salvo que sobre los difuntos se hablaba más. Quizá mi manera de ser evocaba su recuerdo, como un fantasma inoportuno junto al fuego: la manera de bajar la cabeza, como un empleado sumiso; la costumbre de leer un libro como si los ojos aspiraran las letras de la página. Nadie volvió a mencionarlo después de marcharnos: solo yo, y solo para mí misma. Jamás volvimos a vernos.

Tras la primera semana en el colegio de monjas, volví a casa preocupada.

—Las chicas mayores del colegio —le dije a mi madre— me preguntan por qué cambié de apellido.

(Trece kilómetros: un condado distinto: el cotilleo católico permea las fronteras civiles, fluye de parroquia en parroquia, como el agua freática contaminada).

—Pues diles —respondió mi madre— que fue por motivos privados.

Decidí intentarlo con ese giro: por motivos privados.

—Sí, claro —respondieron las chicas mayores—. Lo comprendemos. Pero queremos saber cuáles son.

Cuando te has acostumbrado a la discreción, es difícil abandonarla. Por eso este capítulo es más breve de lo que podría

haber sido.

Cuando era pequeña, mi padrastro Jack vivía en un laberinto emocional que yo no acertaba a comprender. Jack era una persona leal a sus creencias; durante esos años, nunca cambió de opinión. Las cosas en las que tenía fe conllevaban un gran peso emocional: eran juicios de valor, y si sabías algo que los contradecía, más te valía callarte, ya que el mero hecho de poseer esa información se consideraba una afrenta. Tenía razón incluso cuando se equivocaba; ese era el trato. Su estatus como padre y cabeza de familia le concedía una corrección moral que nada tenía que ver con la verdad o incluso con la probabilidad. Tenía razón porque tenía el privilegio de tener la razón.

Aprendí de Marx cómo la cruda realidad de la interacción económica subyace a nuestra noción de la naturaleza humana. Deseaba que Marx viniera a merendar y que trajera a Engels, que se sentaran y aplastaran las patatas hervidas con el tenedor, para ver hasta dónde eran capaces de llegar.

Cuando cumplí los dieciocho me marché a Londres para estudiar en la London School of Economics. Elegí la carrera de Derecho, y mi ardiente deseo de equidad me convirtió en alguien especialmente inadecuado para la materia.

Quinta parte
Cómo has llegado hasta aquí

Cuando tenía veinte años vivía en un tugurio de Sheffield. Estaba casada y sin blanca; eso lo puedo explicar; sin embargo, no puedo decir lo mismo sobre el dolor que sufría; parecía como si vagara por mi cuerpo, mordisqueando por aquí, apuñalándome por allá, revoloteando de un lado a otro cada vez que intentaba ubicarlo con el dedo.

Cuando llegué a Londres cargada con mis maletas, a los dieciocho años, aterricé en una residencia de estudiantes femenina de Bloomsbury: un refugio de calidez, calma y orden. La carrera universitaria me parecía apasionante, y la impartían abogados y académicos de prestigio y gran reputación. Me impliqué en la política estudiantil, participando en reuniones que se alargaban hasta la medianoche. No pensaba que fuera una pérdida de tiempo; la política estudiantil en la London School of Economics tenía al menos cierta relación con el mundo real. Se cursaban sobre todo estudios de posgrado, y era muy cosmopolita. Cualquier acontecimiento que sucediera fuera del país se convertía en noticia y había alguien capaz de contártelo y explicarte el trasfondo desde su punto de vista. Los edificios destartalados y abarrotados me gustaban más que cualquier patio con césped o ventana ojival. Y encima se me daba bien: mis tutores empezaron a preguntarme qué me interesaba, qué especialización elegiría en tercero. Uno de ellos me invitó a su despacho, de las dimensiones de un armario de la limpieza modesto, y me recomendó que estudiara derecho constitucional y administrativo. Lo imparte el profesor Griffith, se lo recomiendo encarecidamente. ¿Cómo delimitamos la autoridad, dónde empiezan y acaban los poderes del Estado? Mi camino parecía haber tomado un nuevo rumbo; parecía como si solo estuviera a uno o dos pasos del éxito. Complacida, le di las gracias a mi tutor, pero me marché pensando, tercero, tercero, a esas alturas ya no estaré aquí.

Hay momentos en la vida en que el siguiente paso, un paso claro

y lógico, te parece imposible. Me costaba verme terminando los estudios y saliendo de allí como una londinense adulta, preparada para empezar su carrera profesional. Al parecer era más pobre que el resto de la gente. Gozaba de una beca del Estado y, al menos en teoría, de una pequeña contribución anual que tenían que aportar mis padres. Tenía previsto salir adelante sin esa contribución para ahorrarles el gasto, pero mis planes no funcionaron. Los gastos de la residencia se llevaban una buena tajada de la beca y me dejaban poco margen para imprevistos, aunque cubrían la calefacción y la luz, el desayuno y la cena; entre esas dos comidas, un bote de yogur. Durante el segundo año, era consciente de que no podría quedarme en la residencia y de que tendría que buscarme un lugar para vivir. Los sitios que podía permitirme quedaban lejos del centro de la ciudad, de manera que tendría que presupuestar también el transporte, ya que no podría acudir a todas partes andando como cuando vivía en la residencia. En esa época, no era fácil conseguir un trabajo de media jornada para completar la beca universitaria; la carrera te exigía una dedicación a tiempo completo. De forma intermitente durante el primer año, fue un tema que me preocupó, igual que otro, más serio, a largo plazo. Quería ser abogada. ¿Cómo lo conseguiría? La vida me presionaba. Era mujer, pobre y del norte. Mi familia no podría ayudarme con los estudios de posgrado ni mientras ejerciera como pasante, el periodo de prácticas con el que concluía la carrera. Por aquel entonces, las mujeres que se dedicaban a la abogacía continuaban siendo una minoría. Había unas cuantas valientes procedentes de contextos desfavorecidos que habían irrumpido en el sistema y yo había asumido que sería una de ellas. A esas alturas, no obstante, había perdido mucha determinación. Había aprendido cómo era la vida de verdad y su aritmética me parecía poco prometedora. Además, estaba enamorada.

Eso ya lo sabía cuando llegué a Londres, pero cuando el chico en cuestión y yo por fin admitimos ese calamitoso hecho ya habíamos elegido nuestras universidades y habíamos conseguido plaza en extremos opuestos de Inglaterra. Él acababa de cumplir los dieciocho, yo tenía seis meses menos. No había nada que hacer para evitar la separación que se cernía sobre nosotros, pero habíamos decidido casarnos en cuanto fuera posible: incluso antes que eso, si

por algún contratiempo llegaba a quedarme embarazada. Cuando tuviéramos una hija, me dijo mi amante, la llamaríamos Catriona; ¿me parecía bien? Me alegré mucho. Los dos éramos admiradores de Robert Louis Stevenson. En realidad nuestra novela preferida era *Secuestrado*, pero no podíamos ponerle a nuestra hija un nombre como David, ni tampoco Alan Breck. Tuvimos que buscar el nombre en la secuela.

Como todas mis contemporáneas, durante esos primeros años de fácil acceso a la píldora anticonceptiva, no estaba muy convencida de poder coaccionar mi cuerpo y sospechaba que eso podía depararme alguna que otra mala pasada; como la posibilidad de poner a un bebé en mis brazos antes de estar preparada. Asumí que sería capaz de tener a Catriona cuando yo quisiera. No sabía que acabaría siendo el fantasma de una posibilidad, un bebé de papel, una persona perdida entre líneas. Es una lástima que no nos gustara *Viajes con una burra*. Modestine habría sido un buen nombre para un fantasma.

Durante el año que pasamos separados, mi novio y yo nos escribíamos cada día. Esa frecuencia quedó interrumpida cuando los carteros hicieron huelga a nivel nacional; no creo que tuvieran personalmente nada contra nosotros, aunque algunas de nuestras cartas pesaran bastante. Más adelante, cargábamos siempre con toda esa correspondencia dentro de una bolsa de basura, pero la primera vez que nos marchamos a trabajar al extranjero decidimos tirarla. Al fin y al cabo, teníamos previsto no volver a separarnos.

Aunque era feliz en mi vida londinense, esperaba con una intensidad enfermiza las visitas que me hacía algún que otro fin de semana. Tenía que colarlo de hurtadillas y ocultarlo en mi habitación como si fuera objeto de contrabando; mientras tanto, mi compañera se acuartelaba en algún otro lugar y las chicas de todo el pasillo juraban guardar el secreto con complicidad; era como Malory Towers, pero con sexo. Una vez, una chica de mi pasillo recibió la visita de un novio. La alarma de incendios se disparó a altas horas de la madrugada y me la encontré entre la multitud en Malet Street, doscientas chicas en camisón o pijama, expuestas al frío invernal. Estaba muy pálida y tenía los ojos desorbitados.

—¿Dónde está?, —le pregunté con un susurro.

—Escondido en el armario.

Los gastos de esos viajes, las maniobras logísticas que implicaban, el deterioro de los nervios, todo obligaba a espaciar bien las visitas. Y poco a poco me di cuenta de que mi mundo estaba cambiando. La luz y el color estaban desapareciendo de las calles, y ni siquiera la primavera fue capaz de remediarlo. El dolor gris de la ausencia era demasiado insufrible; ¿por qué tenía que soportarlo, si podía remediarse? Porque estaba convencida de que se podía evitar. A principios de verano, cuando mi entorno ya había adquirido ese monocromo masticado y granulado del papel de periódico arrugado, acudí a las autoridades universitarias para exponer la situación. ¿Creían posible mi traslado a Sheffield para terminar la carrera allí? Mi novio no podía venir a Londres, expliqué, porque estaba estudiando Geología y la geología no es portátil. Ya había elegido su área cartográfica y la recorría los fines de semana; además, resultaba más sencillo trasladar a una alumna de Derecho con una maleta que reubicar un trozo descomunal de caliza carbonífera de Peak District, mil hectáreas de rocas repletas de corales, nautiloides y los antepasados de las estrellas de mar.

La facultad de Derecho de la Universidad de Sheffield estaba ubicada, en 1971, en una antigua maternidad de tabiques destartalados y pasillos improvisados. Los estudiantes parecían desganados, hostiles y jóvenes hasta un punto penoso; en realidad tenían la misma edad que yo, pero tal vez por el hecho de haber vivido experiencias distintas tenía la sensación de ser mayor que ellos. Les asustaban los profesores, y antes de las clases formaban grupos rígidos frente a las puertas cerradas de las aulas, esperando, acumulando tensión; esas aulas, otrora repletas con el terror y las expectativas dolorosas de las parturientas, ahora estaban ennegrecidas por el temor juvenil ante el sarcasmo erudito. Aunque llamarlo «erudito» tal vez sea una exageración; uno de mis tutores era un abogado local aburridísimo que dejó claro que no creía que hubiera sitio para las mujeres en su clase. Que solo eran un desperdicio de espacio; al fin y al cabo, solo servían para tener bebés, ¿no?

Hay gente que ha olvidado o nunca supo por qué el movimiento feminista era tan necesario. Por este motivo: para que un soplagaitas sin talento con camisa de nailon no pudiera tratarte con

condescendencia mientras chicos con la cara llena de granos le reían las gracias. La revolución anticonceptiva de finales de los sesenta pasó desapercibida para nuestros mayores, tanto educadores como empresarios. Se asumía que el matrimonio marcaba el inicio de la vida afectiva de toda mujer, y también el fin de su vida mental. Se asumía que no podían elegir si querían reproducirse; pobre criatura estúpida, en cuanto tuviera el certificado de licenciatura en la mano lanzaría todo ese aprendizaje por la borda y empezaría a hincharse, a sonreír con afectación y a tejer patucos. Cuando te presentabas a una entrevista de trabajo, te preguntaban, si no llevabas anillo de matrimonio, si estabas prometida; si estabas prometida o casada, te preguntaban cuándo tenías previsto «empezar a formar tu familia». Tanto si eras célibe, gay o una simple planificadora sensata, tenías que limitarte a sonreír y saltar por el aro en llamas que sostenía frente a ti un director de circo canoso, receloso y algo cohibido mientras le pedía a una chica a la que doblaba en edad que le contara cosas sobre su vida sexual o cuándo esperaba la próxima ovulación.

Mi traslado a la Universidad de Sheffield no fue tan sencillo como esperaba. Sobre el papel, mi primer y segundo año encajaban. En la práctica, no. Mientras la London School of Economics intentaba acoplar el primer año de la carrera de Derecho a algún tipo de contexto social, Sheffield te colaba más Derecho de la propiedad disfrazado como Historia del Derecho. No sabía si me sentía más perdida, desconcertada o aburrida. La mayoría de mis compañeros de segundo año querían acabar siendo abogados tras terminar la pasantía con sus padres o sus tíos. Yo me metí en problemas por afirmar, con maldad, que la jurisprudencia era poco más que un farol elaborado y que el lenguaje legal era muy próximo al de la magia. «Firme aquí o estampe su huella: pronuncie una fórmula: abracadabra, les declaro marido y mujer. Me pongo una peluca y saco un pergamino: abracadabra, el matrimonio queda anulado». Si tuviera usted razón, respondió mi tutor con énfasis, supongo que haríamos bien volviendo todos a casa. Dicho esto, se levantó y, cruzando las manos tras la espalda, se quedó mirando por la ventana con aire melancólico hacia las colinas lejanas.

Sea como sea, Sheffield era un buen lugar para vivir como estudiante. Los vecinos te daban conversación en la parada del

autobús y en las tiendas, y tampoco parecía que tuvieran dinero, de manera que podías comprar cortes de carne baratos, latas de oferta y mantenerte a base de hogazas de pan recién salidas del horno. ¿Te das cuenta, le preguntaba a mi novio, que con solo diecinueve años ya tienes coche y amante? El coche lo había conseguido tras pasarse el verano entero trabajando en una fábrica de cajas de cartón; las manos le habían quedado hechas trizas, pero cargadas con un buen fajo de libras. El sufrido motor del coche se ahogaba a menudo en las empinadas cuestas de Sheffield y tenía varios agujeros en la carrocería rellenos con una especie de plástico, pero nos servía para ir más allá de los páramos para ver a su familia; cubríamos ese trayecto con cierta frecuencia, ya que su padre estaba enfermo. Yo cocinaba cada noche en mi alojamiento, la buhardilla de una mujer divorciada y despistada a quien no le importaba que pasáramos por la escalera de su casa para reunirnos.

En la habitación tenía dos fogones eléctricos, uno para los carbohidratos del día (pasta, arroz, patatas) y otro para la carne o el pescado. Éramos unos cocineros ingeniosos, y sonreíamos cuando nos sentábamos frente a la mesa de formica, esperando a que la cena terminara de hervir y cocerse; yo temblaba un poco, porque la única manera de ventilar la estancia era abriendo una ventana que dejaba entrar el viento helado. Un día, mientras subía cargada con un saco de patatas por la cuesta, mi casera me detuvo frente a la verja con el ceño fruncido.

—Ilary —me dijo—, ¿por qué haces esto?

Yo dejé caer el saco a mis pies y le dediqué una sonrisa, doblada en dos, mientras me masajeaba el brazo.

—Deberías salir de fiesta —me dijo.

Salí volando de mí misma y me vi a través de sus ojos: una chica menuda y pálida con el pelo corto y vestida con un abrigo que le había quedado pequeño a uno de sus hermanos menores.

—No pasa nada —le dije—. No se preocupe, estoy bien así.

Nunca llegué a comprender a qué se refería con ese «salir de fiesta». ¿Qué satisfacción podía producirme? En general, me parecía solo un preludio cortés del sexo; si ya has traspasado esa cortesía, ¿por qué tendrías que vestirte bien y salir a pasar frío? Tienes a una persona con quien quieres estar, cuya compañía te parece más deseable que estar sola; ¿acaso eso no es por sí mismo una especie

de fiesta? Respecto a lo de hacer la compra: me gustaba poder afirmar que comíamos bien, que sabíamos estirar el poco dinero que teníamos para preparar una buena cena cada noche. Nunca sobraba nada. Además: solo intentaba alimentarnos, protegernos del desastre que se avecinaba. Fue un invierno oscuro; los mineros estaban en huelga y hubo largas horas de frío sin electricidad. En una noche de enero, nos llamaron a casa para avisarnos de que la anunciada muerte por fin había llegado.

El padre de mi novio se llamaba Henry. Tenía cincuenta y tres años, era profesional, irónico y aplicado, padre de cinco hijos. Hasta ese verano había sido un hombre sano, pero en septiembre enfermó y acabó muriendo el mes de enero siguiente: cáncer. Un año más tarde, ese mismo día, mi abuelo murió víctima de la misma enfermedad; más viajes invernales cruzando los oscuros Peninos, para hacer acto de presencia en guardias de hospital entre cortinas corridas alrededor de las camas. Pero a esas alturas ya estábamos casados, y vivíamos en una habitación de alquiler sobre un garaje, una extensión construida de forma chapucera y llena de goteras; y cuando regresamos del funeral, nos dimos cuenta de que las grietas de la pared se habían ensanchado, y que el agresivo moho negro se había apoderado de nuestra comida y de nuestra ropa.

¿Por qué casados? Porque es lo que se hace cuando las cosas van mal. Cuando las familias quedan destruidas de repente, te levantas y te juntas para formar nuevas unidades. Desde un punto de vista más práctico, más inmediato, nos casamos para poder pasar las noches juntos, de manera que él no tuviera que salir de la cama y recorrer el adoquinado a medianoche para volver a su casa; ni siquiera la amable divorciada, pensando en el desarrollo moral de sus dos hijos, me permitía tener a un hombre en la habitación hasta el amanecer. Intentamos encontrar un sitio para vivir juntos mientras esperábamos para casarnos, pero los caseros requerían certificados de la universidad, cartas de adhesión y validaciones bajo juramento que certificaran que, en efecto, habíamos reservado hora para el cura y el registro civil. No querían fornicio cerca de su fórmica, no estaban dispuestos a ceder ni un centímetro del viejo linóleo arrugado de su suelo a unos jóvenes descerebrados que solo buscaban satisfacer sus apetitos. Defendimos la pureza de nuestras intenciones en pasillos que solo pueden describirse como

miserables, pero los rostros siempre nos miraban con una rectitud pétrea: no hay sitio en la posada.

No obstante, no todo el mundo se mostraba hostil ante el amor. Siempre podía encontrarse alguna alma apacible, y entonces le recordábamos aquello que decía entonces la gente, que «dos personas gastan casi lo mismo que una sola». ¿De verdad? Mi familia me había vuelto la espalda y no había rellenado los formularios para mi beca de manutención. De manera que estábamos a punto de comprobar si lo que decía la gente era cierto.

El número 78 de Roebuck Road era una casa adosada; es decir, que había una sala con sótano, una habitación, otra habitación encima de esa y una buhardilla. Tenía un lavamanos con agua fría, un retrete exterior compartido y un único fogón de gas con contador. No querían vivir allí ni las cucarachas, pero una veloz población de criaturas que solíamos llamar «pececillos de plata» vivía en el pecho de la vieja chimenea; eran inofensivos, solía decirle a mi marido, en Brosscroft también los había, no pasa nada, no son sucios. Roebuck Road me parecía uno de los mayores golpes de suerte que había tenido en la vida. No habíamos podido permitirnos la habitación sobre el garaje: menos aún teniendo en cuenta el dinero adicional que nos habrían cobrado por el moho. Uno de mis tutores (una mujer) me informó de esa posibilidad más económica; su limpiadora vivía allí, pero había decidido mudarse a un sitio mejor.

El número 78 era la casa más barata del mundo. Teníamos que ir al otro lado de la ciudad cada dos semanas para pagar el alquiler, pero el coche nos llevaba y, una vez pagado el alquiler, incluso podíamos permitirnos comer. Mi abuela nos dio un calentador de agua para que lo colgáramos encima del lavamanos. Mi suegra nos dio un fogón y algunos muebles. Dormíamos en un sofá que se aplanaba por el centro y se convertía en cama. No conseguimos subir el majestuoso armario familiar, de manera que lo dejamos en el piso de abajo y el elegante espejo reflejaba los destellos de los pececillos de plata. Yo preparaba estofados, tartas, pasteles de cereza, pasteles de chocolate y pasteles de cereza y chocolate. Como suelen hacer los estudiantes de Derecho, redactaba los trabajos que me ponían cada semana utilizando el lenguaje jurídico establecido, tamizando y barajando siempre las mismas fórmulas cautelosas. Me

quejaba de que el derecho estaba arruinando mi inglés, y eso que a los dieciséis años ya tenía la solidez de un roble: de que me estaba enseñando a usar equívocos y evasivas, a ceñirme a lo literal y a rebajar mis miras intelectuales.

Me quejaba de que me dolían las piernas y fui al médico: y ese fue mi gran error.

Escribir sobre tu pasado es como andar a tientas por casa, cuando han saltado los plomos y buscas con una mano los puntos de referencia. Localizas el armario imperturbable, y la puerta se abre al tocarla, descubriendo la caverna de oscuridad que contiene. Tu mano encuentra un cristal y crees que es un espejo, pero es la ventana. Hay obstáculos con los que chocas y tropiezas, pero lo más desconcertante es toparse con un vacío repentino en el que no hallas asidero, porque entonces sabes que has varado en la oscuridad. Cada día daba, aun sin saberlo, un pequeño paso hacia el terreno lóbrego de la enfermedad, un paisaje anodino, colmado de humillaciones y derrotas. En Roebuck Road, el rellano superior de la escalera estaba a oscuras; además, en la pared vacía que veías al bajar, el antiguo inquilino había colgado un póster con un mochuelo. Era un mochuelo infantil, un dibujo simple, casi una caricatura, pero no por eso resultaba menos siniestro. Quería arrancarlo, pero no alcanzaba por más que me estiraba.

Llegaban cartas de la agencia tributaria, requerimientos fiscales dirigidos a un nombre falso, claramente inventado; eso nos hacía gracia. Me preparaba la aspirina, una dos tres cuatro cinco seis. Me las tragaba. En una ocasión, me equivoqué y estuve a punto de tragarme un botón de camisa que había quedado sobre la mesa, esperando a que lo cosiera.

—¿Náuseas?, —preguntó el médico del servicio de salud estudiantil—. ¿Vómitos? No me sorprende. ¿Sabe que tomar seis aspirinas de golpe no es más efectivo que tomarse tres?

No lo sabía. Me dolía el doble de lo normal, por lo que pensé que sería buena idea doblar la dosis de aspirinas. No éramos muy sofisticados, en esa época. Creo que ni siquiera existía el paracetamol. Yo tenía un gran frasco de cien aspirinas y solía tomar las que creía necesarias para sobrellevar el día.

—Bueno, señorita —dijo el médico. Le echó un vistazo al

expediente y se sobresaltó de repente, como si lo hubieran electrocutado—. ¡Señora!, —se corrigió—. ¿Señora? ¿Está casada? ¿Está embarazada?

Espero que no, pensé. Si lo estuviera, sin duda me he pasado con las aspirinas. A ver si saldrá con aletas. O con plumas. Tres aspirinas de más, tres cabezas de más. Lo exhibiré. Gracias a ese bebé viviremos rodeados de lujos.

—Estoy tomando la píldora —dije. De repente sentí la necesidad de decir algo, somos muy activos en cuestiones de sexo, por lo que me tomo tres píldoras al día, ¿cree que es suficiente? Sin embargo, se acabó imponiendo una necesidad aún más imperiosa y vomité sobre sus zapatos.

Todavía puedo verlo ahora, después de tantos años que pasaron volando; con el pelo casi rapado, tirando a rubio, las gafas sin montura y los zapatos de cuero calado muy brillantes. Era un hombre nervioso, y cuando agaché la cabeza sobre sus pies los escondió enseguida bajo el escritorio. No me encontraba mal, al menos no allí, en ese preciso instante. Me tapé la boca con la mano y salí afuera para terminar vomitando en los lavabos del servicio de salud estudiantil. Fue un vómito bastante lujoso, privado y bien iluminado. En Roebuck Road compartíamos el servicio con los vecinos de al lado, y tenías que pasar por el jardín para llegar a él, de noche los perros ladraban y los inquilinos salían con linternas, gritando «¿qué ocurre?», de manera que te sorprendían con el rollo de papel de váter en la mano.

Volví a casa.

—¿Qué te ha dicho el médico?, —preguntó mi marido.

—Que no me tome tantas aspirinas. Le he contado que me dolían las piernas y me ha dicho que no había ninguna enfermedad con esos síntomas. Excepto una, la llaman nosequé «idiopática».

No le dije cómo había sonreído al oír la palabra «idiopática». Sabía que significaba que era una enfermedad sobre la que los médicos no tenían la menor idea. Por eso se había refrenado, y se había tragado el resto del término médico; de todos modos, tampoco lo consideraba una hipótesis válida, sino que se había limitado a alardear, a demostrar que recordaba los libros de texto. Y mi sonrisa había sido un reconocimiento de su farol, no debería haber sonreído. Ya no estaba de mi lado. Aunque tal vez nunca lo

estuvo.

Vuelve, dijo mi marido con aire sombrío. No le has contado toda la verdad. Lo cansada que estás. Y angustiada.

Estaba angustiada, eso era cierto. No soportaba que la relación con mi familia hubiera quedado arruinada. Que mis hermanos tuvieran un mal concepto de mí. Que no tuviera dinero ni para comprar un regalo para el Día del Padre, solo una bolsa de caramelos de tofe, y que no pudiera aportar por Navidad nada más que una caja de galletas y una botella de vino.

Si tenía dinero, aunque fuera solo para eso, se debía a la intervención de un burócrata del consistorio de Chester, que es donde vivía la autoridad que pagaba (o no) mi beca de manutención. Para la visita adopté un tono dócil, suplicante. Acudimos a Chester en nuestro coche gruñón, quejoso y relleno de plástico. Fui a ver al hombre indicado, el burócrata que se ocupaba de mi caso, a su despacho. Le expliqué que mi padre no había firmado los formularios que atestiguaban sus ingresos. En ese caso, dijo, no podía obtener ninguna beca, ni siquiera las cincuenta libras que se le concedían a todo estudiante, incluso a los ricos: porque así lo dictaban las normas. Lo sé, dije, pero ya ve que me quedaré aquí sentada hasta que las normas cambien a mi favor, porque si no consigo algo de dinero me desahuciarán y me quedaré sin hogar.

No recuerdo su cara, solo su despacho, su escritorio, su silla, la inclinación de la luz. Salió del despacho. Examiné su alfombra, sobre la que juré que dormiría: solo que acabé durmiéndome sobre su escritorio. Era un cálido día de verano: ¿y si me echaba a dormir en un parterre de flores? La luz del sol formaba ondas en los muros de magnolias. Regresó con una sonrisa. He conseguido cincuenta libras para usted, dijo, y veamos, en lo sucesivo es posible que podamos arreglarlo. Siempre hay circunstancias especiales…

Quizá era un ángel. Quizá un simple mortal, pero uno elegido, en cualquier caso. Todavía le rezo, desde un agnosticismo tremendo. Esperando que gane la lotería nacional: rezo alguna oración irregular por el estilo. O rezo para que venga a verme y pueda hornearle una tarta o un pastel.

Vuelve, dijo mi marido; cuéntale cómo te encuentras en realidad. Aquí tiene, dijo el médico mientras garabateaba la receta; creo que lo que necesita son antidepresivos. Estaba deprimida, o sea

que me pareció que tenía sentido. Veinticuatro horas más tarde, me di cuenta de que era incapaz de leer; veía borrosa la letra impresa. Fui a la biblioteca de la universidad e intenté consultar los efectos secundarios del medicamento, pero lo hice sumida en una discapacidad flagrante. En aquella época, las píldoras no venían con un folleto informativo para el paciente. El médico tenía toda la información que necesitabas, y la posibilidad de obtenerla dependía de si tenías tirón, cara e ingenio. Y yo no tenía nada de eso.

Fui a ver a mi profesor de Equidad y le dije, mire, señor Desgana (así es como lo llamaban los chicos asustados con acné, y en realidad no lo dije), mire, Desgana, vendré a su próxima sesión, pero no me fastidie, ¿de acuerdo? (En realidad, por supuesto, le hablé de forma mucho más amable). Desgana, por favor, comprenda que me han recetado un medicamento necesario que me impide leer libros. Me nubla la visión. Son efectos secundarios, le expliqué. Y en voz baja: ¿ha oído hablar de los efectos secundarios? Desgana me miró con desconcierto, como si nunca hubiera oído nada semejante.

Lo intenté con otros profesores. Les pedía una semana de gracia, o tal vez quince días, asistir a las clases sin participar. Su reacción fue la misma en todos los casos: ¿por qué les estaba contando todo eso? El manual médico (si lo había leído bien, forzando la vista, de soslayo) sugería que la visión borrosa solo duraría una o dos semanas, mientras que el tratamiento se extendía a lo largo de seis semanas. Seis semanas, a efectos clínicos, era el plazo establecido para la depresión; con seis semanas se curaba. Después de eso, estaba segura de que me sentiría feliz. No importaba quién muriera ni cómo. No importaba que tuviera el monedero casi vacío. Me levantaría con el canto de los pájaros y el espíritu alegre: brincaría por las colinas de Sheffield, el dolor se desvanecería, las articulaciones dejarían de dolerme, cargaría con sacos de patatas y de harina con levadura como si fueran plumas, como si yo misma llevara levadura dentro, y repartiría mi risa despreocupada a los cuatro vientos. Aunque todavía tenía el ánimo decaído. El medicamento parecía estar surtiendo efecto, pero no el que necesitaba. El dolor de la pérdida, del distanciamiento, había dado paso a una sorda apatía. Mi sueño era interrumpido y el clima de mis sueños, otoñal como el tenue interior mohoso de una arboleda; su contenido resultaba agotador y, aun así, en cierto modo, me

parecía banal.

Uno o dos días más tarde, el señor Desgana presidía su seminario: los chicos pálidos y sudorosos con la cara llena de granos, otra chica y yo. Surgió una pequeña pregunta sobre criminalidad y el señor D reaccionó de un modo irritable: vamos a ver, vamos a ver, dijo, ¿sabe cuál es la pena máxima de la Ley de Robo? ¿Usted? ¿Y usted, el de al lado? Tuve que alzar la voz y salvar a los chicos de la humillación; oh, señor Desgana, dije, ¿no son diez años? El señor Desgana, frustrado y furioso, ya estaba a punto de romper la varilla de las gafas; de repente, los dedos se le relajaron y «¡Gracias a Dios!», exclamó. Y cuando volvió a ponerse las gafas, un dolor me atravesó en diagonal, desde la parte derecha de las costillas hasta la parte izquierda de la riñonada. Era un dolor nuevo: aunque la novedad no duró mucho tiempo. Me robó la vida: me la robó durante diez años y por partida doble, y luego durante diez años más.

Poco tiempo después empecé a vomitar con profusión. Había terminado el tratamiento de antidepresivos, pero no me sentía más alegre y mi médico de cabecera hizo lo típico que haces cuando alguien te explica que sufre vómitos: me derivó a un psiquiatra. Me gustaría poder decir que protesté, pero lo cierto es que lo acepté de buena gana. Pensaba que tal vez era un caso fascinante. Me habían hecho pruebas para descartar la anemia, pero resultó que no tenía deficiencia de hierro. Al parecer a nadie se le ocurrió la posibilidad de hacerme pruebas por si sufría otro tipo de trastorno, y si mi cuerpo no era el problema, entonces debía ser mi mente la que no funcionaba bien; me pareció plausible, y accedí a que me sanaran la mente. La palabra de moda era «psicosomático». Bien entendido, el término sugería una sutil interacción entre la mente y el cuerpo, entre el cerebro y el sistema endocrino. Mal entendido, significa que «todo es mental», es decir, que te estás inventando los síntomas. No tienes nada mejor que hacer con tu tiempo. Solo buscas llamar la atención.

El doctor G, el psiquiatra, era un tipo distante y calvo. Tenía tantas posibilidades de comprender a una chica como yo como de levantarse de su escritorio y salir volando por la ventana con unas alas plateadas. No tardó en diagnosticar mi problema: estrés, causado por un exceso de ambición. Era una queja típicamente

femenina, una creencia común de la época, del mismo modo que los griegos creían que las mujeres enfermaban porque la matriz se les desprendía y vagaba suelta por el cuerpo. Le había contado al doctor G, como respuesta a sus grandes preguntas acerca de mi familia, que mi madre era jefa de compras de un departamento de moda; era cierto, puesto que a finales de los sesenta se había reinventado como rubia, se compró ropa nueva y había empezado una nueva carrera. ¿De verdad?, dijo el doctor G: qué interesante. A partir de ahí, se refirió al puesto de trabajo de mi madre como «la tienda de ropa». Si fuera sincera conmigo misma, me preguntó, ¿no preferiría trabajar en la tienda de ropa de mi madre que estudiar Derecho? Al fin y al cabo, ¿no sería lo más adecuado para mí, trabajar en la tienda de ropa?

Veía al doctor G una vez por semana. Debió de recibir informes sobre mí de mis profesores, porque me dijo, concienzuda, mmm, aquí dice que es usted muy concienzuda.

¿Lo era? Me limitaba a entregar los trabajos que me pedían. ¿Los demás no se tomaban la molestia de hacerlos?

—Y le da mucha importancia a los detalles —añadió el doctor G. Intenté imaginarme otro tipo de estudiante de Derecho, uno que prefiriera un enfoque de brocha gorda, que abordara la ley de fideicomisos, por ejemplo, a grandes rasgos—. Si fuera usted médico —me preguntó el doctor G—, ¿qué clase de médico sería usted?

Por educación le dije que ser psiquiatra me parecía interesante. No, elija otra cosa, me dijo, algo no tan próximo. A menudo he pensado, dije, que la medicina general era un trabajo desafiante por la variedad de gente y de problemas que implica, la necesidad de pensar con rapidez; pero no, vi en su expresión que no era esa la respuesta que buscaba. El doctor G se reclinó en su asiento. Yo la veo como investigadora médica, dijo, una de esas personas discretas pero inestimables que trabajan entre bambalinas, inadvertidas, diligentes, poco valoradas: de las que dan importancia a los detalles, ¿sabe? ¿Y no era lo mismo, me preguntó, en el ámbito del Derecho? Si seguía con la carrera, ¿no habría lugar para mí en el despacho de un procurador, encargándome de las casas de los clientes? ¿No era eso lo que necesitaba la gente, en una época tan estresante de sus vidas? ¿Gozar de los servicios de alguien tan

concienzudo como yo?

Ya podía verla: una empleada concienzuda, callada y aburrida, que vestía colores apagados y se archivaba a sí misma cada noche en un armario, a quien le revoloteaba el corazón, bastante estrecho por lo demás, cada vez que alguien mencionaba una propiedad vitalicia o un derecho de paso preferente. Pero no me está mirando a mí, pensé. Estaba bastante delgada; las náuseas me estaban consumiendo. Salí de la consulta de G y me quedé plantada en la acera mientras pensaba en esa nueva versión de mí misma. Me sentía como si me hubieran asestado un golpe sordo, pero no sabía con exactitud qué parte del cuerpo me dolía.

La siguiente vez que acudí a la consulta del doctor G, me senté y lloré. Fue como si hubiera reventado un dique. Debí de gastar una caja entera de pañuelos de papel, y sin duda debía de ser su ración dedicada a chicas disgustadas para el mes entero. El doctor G me habló de un modo afable; me dijo con aire solemne que no sabía que las cosas estuvieran tan mal. Que debería tomar unas píldoras más potentes. Y que tal vez sería una buena idea pasar una temporada en la clínica de la universidad. Salí de allí cargada con mis libros de texto. Al menos ahora mi marido podrá estudiar en paz para sus exámenes finales. Yo no era una compañía fácil; me enfrentaba a una violenta sensación de injusticia que seguramente parecía poco razonable para la gente que me rodeaba; estaba furiosa, llorosa y desesperada, y seguían doliéndome las piernas.

En retrospectiva, pienso que habría sido mejor negar que me dolían las piernas, retirarlo todo o afirmar con alegría que ya me encontraba bien. Pero no lo hice, y por eso todo empezó a descontrolarse. Seguía creyendo que la honestidad era la mejor opción; sin embargo, la cruda verdad es que me había convertido en una inválida sin derecho a elegir una opción, o al menos sin derecho a elegir una opción propia. Temía que, si no contaba la verdad más estricta, mi integridad pudiera quedar erosionada; que no me quedara nada, ni un lugar en el que caer muerta. Cuanto más defendía que mi enfermedad era física, más me respondían que era mental. Cuanto más cuestionaba la naturaleza, la realidad de la enfermedad mental, más me sentía en estado de negación, como si me estuviera engañando a mí misma. Estaba confundida; cuando hablaba de mi confusión, mi discurso se convertía en un síntoma.

Nadie se atrevía a darme un diagnóstico: no en voz alta, al menos. Se consideraba algo natural en las jóvenes con formación, se creía que eran histéricas, neuróticas, difíciles y descontroladas, el objetivo era recuperar ese control, y no ayudándolas a examinar sus vidas o a resolver sus problemas prácticos (en mi caso, los pececillos de plata, la hosquedad de la familia, la pobreza, el frío), sino recetándoles fármacos que las convirtieran en seres indiferentes a su dolencia mental; y, en mi caso, indiferente también al dolor físico.

La primera opción farmacológica en esa época eran los llamados «antidepresivos tricíclicos» (algo que ya había probado) y también lo que solían llamar «tranquilizantes menores»; las píldoras comercializadas bajo el nombre de Valium eran el ejemplo más famoso de este tipo. Muy populares en esa época entre los médicos de cabecera saturados, los tranquilizantes menores son depresores del sistema nervioso central. Disminuyen la agudeza mental y la coordinación física. Mitigan la ansiedad. Crean hábito y son adictivos.

Los antidepresivos no parecieron tener mucho efecto en mi caso, o al menos no los efectos deseados; solo me impedían enfrentarme a la palabra escrita porque las letras resbalaban de las páginas y acababan cayendo más allá de los márgenes. No parecía posible que pudiera presentarme a los exámenes finales, según el doctor G, pero tampoco importaba: teniendo en cuenta mi expediente, la universidad seguro que me concedería un *aegrotat*: una calificación otorgada ante la imposibilidad de realizar los exámenes. ¿Que si sabía qué significaba *aegrotat*? Significaba «está enfermo».

—¿Él, y no ella?, —murmuré. Me habría sentado mucho mejor no haber murmurado nada y seguir sonriendo.

El Valium, no obstante, tuvo efecto; para ser exactos, un efecto nocivo. Hay personas que, cuando toman esta clase de tranquilizantes, experimentan lo que se denomina una «reacción paradójica». En lugar de tranquilizarse, montan en cólera. Un día estaba sentada junto a la chimenea en Roebuck Road y me imaginé encendiendo fuegos; no en mi chimenea, sino fuegos en casas de desconocidos, fuegos en las calles. Parece ser que en algún momento del tratamiento había sufrido daños; por eso me imaginaba a mí misma infligiendo daño. Sabía que no eran

pensamientos racionales, pero tampoco podía evitarlos; día tras día ardía presa de una furia lúgubre, y cuando veía un cuchillo lo examinaba con un interés renovado. Accedí a ingresar en la clínica porque pensaba que, si llegaba a actuar siguiendo mis impulsos, de ese modo alguien me vería y lo evitaría; antes de que llegara a provocar incendios y asestar puñaladas, al menos, o de que tramara la muerte de desconocidos que jamás me habían hecho nada malo.

Tras uno o dos días en la clínica empecé a sentirme más tranquila. Nadie me veía como un peligro; el peligro estaba solo en mi cabeza. Al principio iba y venía; volvía a Roebuck Road durante el día para limpiar la casa. Un día bajé a la ciudad para comprarme un camisón. Pero como tenía la vista nublada, leí mal la etiqueta y volví con una talla 16 en lugar de la 10, que era la que me correspondía.

—¡Mirad qué prenda tan monstruosa!, —les conté con desenfado a las enfermeras; tenía uno de mis días menos criminales e intentaba aligerar el tono—. ¡Mirad qué me he comprado!

A mi parecer, se tomaron lo del camisón demasiado en serio. ¿Por qué lo había comprado? Fue un error, les dije. ¿No te has fijado en cómo era?, me preguntaron. Bueno, no mucho, me ha gustado el estampado y es solo que… ¿No recordabas tu talla? ¿No la sabías? Sí, claro que sé cuál es mi talla, pero veréis, mi vista, la tengo nublada, a causa del medicamento y…, oh, da igual.

Pero no quisieron dejar el tema. Al parecer era una característica propia de las chicas locas, eso de comprar camisones grandes. Cada vez que abría la boca me hundía en un hoyo cada vez más profundo.

El doctor G vino a verme. ¿A qué dedicaba mi tiempo ahora que me había librado de mis bregas con los libros de texto? He escrito un relato, respondí con entusiasmo. Era un relato largo; es decir, un relato breve, pero más bien largo, para ser breve. Breve pero largo, constató el doctor G. Mmm, ¿y de qué trata? Un bebé cambiado, dije. Una mujer que cree que le han quitado al bebé y se lo han sustituido por otro. Ya veo, dijo el doctor G, ¿y dónde y cuándo tiene lugar la historia? En una zona rural de Gales, dije, por extraño que pueda parecer. (Yo nunca había estado en Gales). No he concretado la fecha, pero diría que ocurre a principios de la década de 1920. Es decir, a juzgar por los muebles y la ropa. Ah, ¿sí?, dijo

el doctor G. En cualquier caso, en una época anterior a la seguridad social, dije. El médico no subirá a la montaña a verlos porque no pueden pagarle. Ya veo, dijo el doctor G. ¿Y cómo termina? Oh, mal, muy mal.

Si no respondías a la primera fase de medicación (si eso no te sanaba o si no te tomabas los fármacos) cabía la posibilidad de que no fueras una simple neurótica, una hipocondriaca y un maldito incordio, sino que te dirigieras hacia una crisis psicótica, hacia las tierras baldías de la esquizofrenia, que emprendieras una carrera hacia el pabellón de reclusión. Para evitar ese desastre, los doctores te recetaban lo que por aquel entonces se llamaban «tranquilizantes mayores», un grupo de fármacos destinados a combatir los trastornos mentales y mantener a raya las alucinaciones y los delirios.

La siguiente ocasión en la que vi al doctor G me prohibió seguir escribiendo: para ser más precisos, dijo, «no quiero que escriba». Puso más energía en esa prohibición que en cualquier otra cosa que le había oído decir. Parecía tan distante como siempre, y aun así, furioso hasta un punto inexplicable. «Porque…», añadió; y acto seguido se marchó. No pensaba compartir conmigo lo que venía después de ese «porque».

Me dije a mí misma, si se me ocurre otra historia, la escribiré. De hecho, no se me ocurrió ninguna historia más durante unos años (al menos ninguna historia para un relato breve largo), y cuando la escribí, la mandé a la revista *Punch* y lo que recibí a cambio no fue una maldición sino un cheque. La del bebé cambiado también valió la pena, con el tiempo, puesto que terminó convertida en una novela publicada en 1985; el escenario ya no era una zona rural de Gales, ni tampoco estaba ambientada en la década de 1920, sino en la actualidad y en una próspera y aburrida ciudad de las Midlands. En la novela aparecía gente con problemas mentales, pero nadie sugirió que su autora estuviera loca. Es diferente, en cierto modo, cuando recibes dinero a cambio de tu esfuerzo; cuando tienes un agente y has profesionalizado las cosas.

El primer medicamento que me dieron se llamaba Fentazine. Eso servirá, pensó el doctor G.

¿Sabéis lo que es la acatisia? Es un estado que se desarrolla como efecto secundario de la medicación antipsicótica, y lo peor es

que los síntomas y las sensaciones se asemejan mucho a la locura. La paciente no para de andar. Es incapaz de quedarse quieta. Su mirada es de terror y agitación. Se retuerce las manos; dice que vivir es un infierno.

Y desde dentro, ¿qué se siente? La acatisia es lo peor que he experimentado, sin duda el peor episodio de toda mi vida, si no cuento mi encuentro en el jardín secreto. Ningún dolor físico ha sido comparable a la oleada de miedo mortal que me sobrevino esa mañana, el retumbar frenético del corazón. Tienes que moverte, caminar de un lado a otro por la habitación, por pequeña que sea. Te obligas a sentarte en una silla, pero te levantas de un respingo al cabo de un momento. Te ahogas; la presión crece dentro de tu cráneo. Las manos tiran de la ropa e intentan arrancarse los brazos. La respiración se vuelve entrecortada. La voz es como el grito de un ave y las manos revolotean como si fueran alas. Quieres tirarte por la ventana, lanzarte contra las paredes. El pánico se apodera de cada fibra de tu ser. Cualquier instante dura una eternidad y aun así te encuentras absorta por el momento presente, como si te apuñalara; no notas el paso del tiempo, por lo que tampoco hay esperanzas de liberación. Es una sensación desesperada, sientes la necesidad imperiosa de actuar, pero ¿para hacer qué? ¿Y cómo? Palpita por todo tu cuerpo, como los latidos de una descarga eléctrica.

Sales corriendo al pasillo. Un hombre se te queda mirando con cara de pena. Es tu médico de cabecera, el tipo del servicio sanitario estudiantil, el de las gafas sin montura y los zapatos de cuero brillantes. La tensión crece dentro de tu garganta. Arrastras las palabras, que brotan de forma abrupta de tu torso agitado. Crees que estás gritando, pero te limitas a susurrar. Susurras que te estás muriendo, que estás condenada, que ya te estás hundiendo en el infierno y notas las llamas en el rostro.

¿Y cuál es la respuesta a todo eso? Otro antipsicótico. Una inyección de Largactil me dejó insensible. Me tendí con la cara sobre la almohada mientras el fármaco me hacía efecto y me hundí en la oscuridad; cuando el pánico remitió y dejé de luchar, las sábanas del hospital ya estaban húmedas y me envolvían como si fueran sogas.

Después de despertarme, me siguieron administrando Largactil

para combatir mi locura. No era un fármaco agradable; me provocaba espasmos y contracciones en la garganta, notaba como si alguien me estuviera ahorcando. Esto es lo que el mundo ve en una persona demente: los labios le tiemblan, el discurso se vuelve torpe y errático. Puedes decir, son los fármacos, no soy yo; yo estoy bien, por dentro. Y te dicen, claro, cariño, por supuesto que sí; ¿te has tomado la píldora?

Pero luego llegó el final de curso, el final del año. Había terminado la carrera, y también la responsabilidad de la universidad, por lo que me dieron el alta en la clínica. Volví a casa, ya no estaba loca. El efecto de los fármacos fue desapareciendo y dejé de sufrir espasmos e inquietud. Podría haber parecido normal en compañía de cualquiera. Tenía la sensación de que las piernas ya no me dolían tanto; me dolía más el abdomen, pero sabía que era mejor no mencionarlo. Durante un tiempo, afirmé encontrarme bien.

Sin embargo, no resultó sencillo olvidar lo que había ocurrido durante el último año. El problema eran los nombres de esos fármacos que había «necesitado», escritos como hechizos maléficos en mi historial médico. Fentazine, Largactil, Stelazine. Si ponía los pies en la consulta de un médico de cabecera (como acabé haciendo, al ver que cada vez estaba más enferma) corría el riesgo de que me recetaran una dosis capaz de tumbar a un elefante. Luego estaba mi viejo amigo Valium, al que sabía que no debía acercarme: a menos que quisiera terminar arrestada.

Así que cuando, con el tiempo, volví a la consulta de un médico, dije que tenía dolor de espalda, náuseas, vómitos y que estaba demasiado cansada para moverme. Mis médicos de cabecera —un hombre y una mujer— sugirieron hacerme una prueba para comprobar si era anemia. No lo era. No tenían más sugerencias que hacerme; aparte, tal vez, de un poco de Valium: ¿y una escapada no me iría bien? Con veinticuatro años ya había aprendido por las malas que, por muy angustiada que estuviera (y si algo angustia es que te ignoren, que te invaliden y te humillen), nunca debo acercarme de nuevo a un psiquiatra ni tomar fármacos psicotrópicos. La visión se me nublaba en aquellos días, incluso sin la ayuda de los antidepresivos. A veces había lagunas en el mundo: me quejaba un día de que la puerta de la casa se había quedado

abierta, aunque en realidad solo era incapaz de verla. A veces parecía como si estuviera teniendo lugar algún tipo de actividad sospechosa, una especie de susurro, en el lado izquierdo de mi cabeza, pero no era capaz de nombrarlo. Era incapaz de nombrar muchas cosas, mi habla era confusa: los relojes tenían dedillos en lugar de manecillas, y los sillones tenían mangas en lugar de brazos.

Todo iba bien si me limitaba a abstracciones, ideas, imágenes. Y algunos días estaba medio bien. Tenía un empleo, pero necesitaba una meta, pensaba. Fui a la biblioteca y me llevé un montón de libros sobre la Revolución francesa. Tomé apuntes e hice unos cuantos esquemas. Fui a otra biblioteca, más grande, y saqué más libros y empecé a analizar los acontecimientos que tuvieron lugar entre 1789 y 1794, de manera que pudiera archivar todas esas notas en un fichero. Fui muy concienzuda y le di mucha importancia a los detalles. Si hubieras vivido una revolución (un momento muy estresante de tu vida), sin duda habrías necesitado los servicios de alguien tan concienzudo como yo. Empecé a leer sobre el Antiguo Régimen, sobre sus crueldades, su estilo desalmado. Pensé, esto ya lo conozco. Por naturaleza, estaba familiarizada con el despotismo: las decisiones unilaterales, tomadas desde arriba e impuestas de forma arbitraria sobre los de abajo: el rostro de la fuerza cuando se aplica sobre los débiles.

Un día, en una escalera mecánica de unos grandes almacenes, un hombre me metió mano por debajo de la falda. Basta, basta, pensé. Me di la vuelta y le pegué un puñetazo en el ojo. Llegué a lo más alto de la escalera y me marché.

No me gustaba el mundo en el que vivía. No me parecía que me estuviera tratando precisamente bien.

Estaba demasiado enferma para tener un trabajo responsable, profesional. Conseguí un empleo como vendedora y, haciendo caso omiso al doctor G, empecé a escribir una novela. Escribí sin parar. Pasó el tiempo y me mudé a otro país, a otro continente, donde seguí escribiendo sin parar.

La semana de la Navidad de 1979. Tenía veintisiete años. La pasé en el hospital Saint George de Londres, donde me confiscaron la fertilidad y me reorganizaron las entrañas. Cuando me ingresaron, sabía que estaba muy enferma, pero no hasta qué punto podía ser grave, y durante un tiempo no hubo acuerdo sobre la

naturaleza de lo que me aquejaba. Solo que era algo físico; solo que el dolor que sufría era real: solo que era una enfermedad que no se curaba con Valium.

Mi vida había seguido adelante, y a esas alturas se había alejado de sus primeros confines. Habíamos querido viajar y ver mundo; mi marido había cambiado la caliza carbonífera por las arenas del Kalahari, los fósiles por diamantes. Durante tres años habíamos vivido en una pequeña población de Botsuana, un asentamiento de la línea ferroviaria en la que geólogos y especialistas en agricultura recorrían las carreteras sin asfaltar en todoterrenos, donde acumulabas picadas de pulgas y mosquitos, donde los días eran cortos, tórridos y monótonos, y yo me sentaba tras una mosquitera en mi veranda, frunciendo el ceño sobre mi archivador de tarjetas, documentando la caída de la monarquía francesa y el auge del Comité de Seguridad Pública. Había exprimido el significado de cada pedazo de papel que había traído, de todas las anotaciones sobre todas las fuentes. El libro estaba acabado. Pero yo también, al parecer. Cuando volvimos a Inglaterra de permiso, mi libro fue a parar a las manos de un editor que se ofreció a echarle un vistazo. Yo fui a ver a un especialista para que me echara un vistazo a mí.

En las camas que tenía a mi alrededor había mujeres con complicaciones en el embarazo, que intentaban aferrarse a sus bebés; mujeres que abortaban; mujeres que habían decidido poner fin a su fertilidad. Este último grupo lo formaban dos londinenses de mediana edad, bastante alegres aunque algo ajadas y consumidas por la vida, que se quejaban de las incomodidades rutinarias, de tener que recorrer pasillos arriba y abajo y de esperar en sitios con corrientes de aire a que les tomaran muestras de sangre; incluso sus quejas eran alegres, y al fin y al cabo se limitaban al hecho de que durante unos días no eran ellas quienes llevaban las riendas, ya que estaban acostumbradas a que su voluntad se cumpliera sin rechistar. Habían tomado esa decisión, ellas solas: ¿otro bebé? ¡No, gracias! Se referían a la operación diciendo que «les atarían las trompas»; me imaginé al cirujano tirando de unas sogas, gritando «¡jalad!» y consultando un manual de nudos marineros. A mi derecha había una chica turca muy callada que debía de tener veintitantos años, esperando un aborto que, supongo, no había consensuado con su familia; quería un cigarrillo, dijo, solo una caladita para calmar los

nervios. Después de la operación parecía que tuviera magulladuras verdosas alrededor de los ojos, como si alguien se hubiera propuesto hacerla entrar en razón a golpes. Los moratones se ahondaban en cavernas y luego se aclaraban hasta adquirir un tono ictérico. Le dieron el alta y se marchó. Cuando bajó de la cama, podías notar su vitalidad, sus oscuras piernas arqueadas, su fuerza. Tendría, pensabas al verla, tantos niños como quisiera.

La otra chica que estaba allí para interrumpir su embarazo estaba justo delante de mí, era una rubia de dieciséis años y ya iba por el segundo aborto. Kirsty venía a mi cama y se sentaba a los pies, o viceversa. Me contó cosas sobre su vida. Salía a bailar y robaba cosas en las tiendas, y si alguien miraba al chico con el que estuviera en ese momento, le pegaba con el cinturón en la cabeza; ¿no te parece bien?, me decía, y estuvimos de acuerdo en que sí, que era lo único que se podía hacer. Más por perplejidad que por malicia, recurría a sonoros silbidos para llamar a las enfermeras; no comprendía sus refinados eufemismos, y cuando le tendieron un frasco y le pidieron que evacuara dentro, se me acercó para preguntarme qué coño habían dicho.

A Kirsty se la llevaron al quirófano para el aborto; creyendo que no había ni la más remota posibilidad de que acabara cuidando su cuerpo, de que regulara su fertilidad en lo sucesivo, el cirujano le colocó un DIU aprovechando que estaba anestesiada. Pero el dispositivo se le cayó una noche mientras estaba en el baño; sufrió una hemorragia, se desmayó por la impresión y se abrió la cabeza contra el lavamanos. Te quedaba la sensación de que su vida siempre sería así: con esa profusión de desgaste más allá de cualquier justicia; el destino reaccionaría de un modo exagerado ante un carácter ingobernable y los impulsos de un corazón generoso. Me había adoptado desde el día que entré en esa sala; pensó que no estaba recibiendo la atención que merecía. Hasta un tiempo después del ingreso, las enfermeras no consiguieron que un médico pasara por la sala para ofrecerme algo que me aliviara el dolor. Me quitaron las potentes píldoras que traía y en su lugar me dieron Panadol, un remedio para las molestias cotidianas que podía adquirirse sin receta. Propusieron un baño caliente como remedio para mi suplicio; me reí. Esa primera noche me quedé tendida en la cama, con las rodillas levantadas. Kirsty les gritaba a las

enfermeras. *«Mirarla, mirarla»*, rugía. *«Darle argo»*. Y me lo dieron (una oportunidad excepcional), me dijeron que era mi turno, que me tocaba empujar el carrito del cacao. Mi turno, ¡y eso que acabo de llegar! Así que bajé de la cama y empecé a recorrer la sala.

—¿Cacao? ¿Leche? ¿Un poco de azúcar?

Ya no era capaz de andar derecha: una especie de tumor crecía dentro de mí, doblegándome por la cintura; tiraba de mi abdomen, hecho un nudo debido al dolor, hacia las rodillas. Mi tontería, sospeché, se había consolidado; algún centro de compasión endocrinológica me estaba llenando el cerebro de sustancias que sugerían que ya nada importaba demasiado.

Me habían ingresado sin concretar ningún diagnóstico. El catedrático de ginecología, de un modo civilizado por el que todavía le estoy agradecida, vino a verme a la cama poco después de que lo avisaran. Si no me importaba pasar las Navidades en el hospital, me dijo, podía ingresar el día 20 y me operarían antes de Nochebuena. Me había sentido desolada, durante el viaje por la autopista; no tenía miedo, pero sí esa sensación infantil de no tener expectativas. Después de pasar dos Navidades en África, en las que eché mucho de menos a mi familia, esas no estaban transcurriendo como yo había planeado. Cuando el catedrático me había examinado en consultas externas, una o dos semanas antes, había sangrado por todas partes, sobre sus manos de látex y la sábana que tenía debajo. Pensaba que debía de estar curtido ante esas circunstancias, pero dijo, «Me sabe mal si le hago daño. Lo siento. Terminaré enseguida». Me habría gustado que la curiosidad lo hubiera impulsado a seguir adelante: avanzando por la carne oculta y humeante de mi cuerpo para descubrir su verdad.

¿Cómo puedo escribir esto?, me pregunto. Soy una mujer de boca delicada; no digo groserías. Aunque al parecer soy capaz de escribirlas; tal vez porque puedo fingir que era otra persona la que sangraba sobre la camilla.

Pero en su momento recuperé la vertical con un balanceo enfermizo. Me limpié y me vestí de nuevo. Me senté en una silla de vinilo negro, con las piernas separadas y la cresta del respaldo clavada en la columna. Entonces cree que podría ser endometriosis, me dijo. Es muy posible que tenga razón. Sin embargo, no parecía satisfecho. ¿Podría ser otra cosa?, pregunté. Cómo conspiramos

para no pronunciar la palabra «cáncer». Desvía la mirada. Bueno, dijo, si no es endometriosis, entonces podría ser una enfermedad inflamatoria de la pelvis, es algo que también deberíamos tener en cuenta. Dije, la verdad es que no lo creo. Él asintió, tampoco lo creía. Por cierto, dijo, ¿es usted la doctora McEwen? Levanté la mirada para ver si era un sarcasmo. No, dije, no soy médico, ¿qué le hace pensar eso? Solo que, dijo, su terminología es muy precisa. Ah, bueno, pensé, es que usted no me conoce: soy concienzuda y le doy mucha importancia a los detalles. La señorita Nuncasana por fin se había graduado.

La endometriosis es una enfermedad ginecológica con una increíble variedad de efectos sistémicos. No es rara, aunque por suerte sí es raro que la enfermedad evolucione sin ser detectada tanto tiempo como me ocurrió a mí, como también lo es que causara tantos daños. Debido al número y variedad de síntomas que provoca, a veces cuesta diagnosticarla. Sobre todo, si el médico no escucha ni presta atención. Resulta más sencillo, en cambio, si eres la paciente y ha caído en tus manos un buen libro de texto que describe de forma exhaustiva sus efectos.

Unos meses antes —en el aislamiento de mi pequeña población, a los límites del bosque— había pensado, una vez más: basta ya. Mi médico —con su polvorienta consulta en el centro de la ciudad, oscurecida por los eucaliptos— no parecía muy dispuesto a investigar, aunque sí a recetarme calmantes cada vez más fuertes. Pero por muchos fármacos que me diera (y por mucho alcohol que yo trasegara para acompañarlo), el dolor se volvió insoportable. De manera que un día decidí ir a la capital, a la biblioteca de la universidad, y rebuscar por los libros médicos. Encontré un manual de cirugía con una figura femenina, con los órganos claramente representados, y unas líneas negras (como las largas varas que utilizaban para empalar a las brujas) que apuntaban a sus caderas y a la caja torácica para indicar el nombre de cada órgano. Para cada órgano había un dolor, y para cada dolor, yo tenía una muestra.

A continuación, aprendí cómo evolucionaba la enfermedad. El endometrio es el recubrimiento del útero. Está formado por unas células especiales que mudan cada mes con el sangrado. Las mujeres que sufren endometriosis tienen esa clase de células en otras partes del cuerpo (aunque todavía no se sabe con exactitud

cómo llegan hasta allí). Suelen encontrarse en la pelvis, en la vejiga y en los intestinos. Menos frecuente es que se encuentren en las paredes torácicas, el corazón y la cabeza. Estén donde estén, obedecen a su naturaleza esencial y sangran. Las cicatrices forman tejido blando en los espacios interiores y las pequeñas cavidades, este se acumula, presiona nervios y causa dolor, a veces en sitios distantes. El tejido blando forma una especie de costura maligna que une un órgano con otro. Hay muchas probabilidades de infertilidad, puesto que los órganos de la pelvis quedan atrapados y deformados. La endometriosis en los intestinos te provoca vómitos y dolor de barriga. La presión en la pelvis te provoca dolor en la espalda y en las piernas. Estás demasiado cansada para moverte. El dolor, que en las primeras fases te invade cuando menstrúas, luego empieza a apoderarse de ti durante todo el mes. Al final, había días en los que me dolía todo, desde la clavícula a las rodillas. Pero ¡eh! Ningún problema en los tobillos. Mis pies estaban perfectos. Y todavía podía pensar y pulsar las teclas de la máquina de escribir. ¡Deja de quejarte!, pensé. ¡Mira para qué te ha servido quejarte! Para acabar en un manicomio.

La endometriosis a menudo llega acompañada de un desajuste hormonal comparable a un síndrome premenstrual severo. En mi caso, se manifestaba con el aura prodrómica de la migraña. La migraña, como tuve que comprobar, no era un simple dolor de cabeza intenso. Era una serie de fenómenos neurológicos relacionados de una diversidad notable. Era durante las auras de la migraña cuando las palabras me fallaban, cuando la puerta desaparecía y se convertía en un espacio vacío: era durante el aura cuando oía el zumbido sordo y el murmullo en la parte izquierda de la cabeza. La migraña revolvía el aire con cambios leves y torbellinos, lo cargaba de presencias invisibles y los ecos de voces desconocidas; me provocaba visiones mórbidas, como apariciones o premoniciones de disolución. Durante un tiempo, cuando tenía ocho años, mi campo de visión se llenó de un trasfondo constante y móvil de pequeñas calaveras. En la época de la universidad se lo había contado al doctor G, en un arranque de confianza temerosa.

—Son negras sobre un fondo blanco, calaveras y más calaveras, del tamaño de mi uña pequeña —le dije—. Parecen el papel de pared de un satanista.

El doctor G me dedicó una sonrisa gélida.

—Ah, bueno —dijo. A esas alturas solo era una neurótica, no la loca de remate en la que me convertiría cuando me aumentaran la dosis—. Bueno —repitió con un tono de voz tranquilizador—, todos tenemos nuestras fantasías metafísicas.

1979: Tengo que admitir que el mero acto de subir a la cama del hospital me proporcionó una especie de alivio. Podía dejar de fingir que me encontraba bien. No obstante, como ya había observado, lo raro era que el personal tendía a tratar a las pacientes como si fueran farsantes. Los veíamos apiñados en la sala de enfermería, revisando nuestros historiales y charlando sobre nuestros órganos. Las jóvenes con el cuello del útero descamado probablemente no estaban mejor de lo que deberían, y cualquier cosa parecida a una inflamación pélvica sugería una vida sexual animada. Las embarazadas no estaban enfermas, las abortadoras no estaban enfermas, y en cuanto a la brigada de esterilización, seguramente deberían estar fregando letrinas. (Algo que no habría ido nada mal). Por mi parte, no tardé en obtener un diagnóstico optimista. El residente más veterano me examinó y creyó que estaba embarazada. Me guiñó un ojo. Hay un bebé ahí dentro, me dijo, dándome unas palmaditas en el abdomen hinchado con confianza antes de salir corriendo a buscar un monitor cardiaco fetal.

Sin embargo, no había ningún bebé. Ni una Catriona, ni una Modestine: nadie, solo el fantasma de mis propios latidos, amplificados para el mundo exterior. Bueno, dijo el residente. Parece que me he equivocado, ¿eh?

Vino el interno a redactar un historial. Era muy nuevo y muy joven, con un bigote incipiente que podía estudiarse pelo a pelo; algunos le crecían en ángulo recto respecto a la piel. No podía apartar la mirada de él, ni de los movimientos de su boca. Es usted muy joven, me dijo, se lo preguntaré al profesor, sí (se levantó, decidido), hablaré con el profesor, le preguntaré si puede practicarle una incisión baja y limpia, así podrá ponerse bikini. Parecía a punto de llorar. Yo asentí. Sabía que no sería posible, pero me gustó que le importara tanto. Resulta extraño, exponer tu tierno cuerpo de niña a alguien de tu misma edad, que todavía no ha tenido tiempo de adquirir templanza a pesar de la bata blanca. De hecho, dije, nunca me pongo bikini porque soy demasiado… Quise

decir recatada. Pero ¿qué recato me quedaba? Había conocido a más ginecólogos que amantes; puños ajenos en mis entrañas. Dije, mire, soy demasiado blanca para llevar bikini. Demasiado pálida. Me quemo enseguida. Por supuesto, dijo, pero bueno. Se puso en pie, nervioso, y casi se le caen los papeles. A los pies de la cama, se dio la vuelta, me sonrió y me guiñó un ojo.

Dos días después de ingresarme tuvieron que hacerme una ecografía. Y para eso tenía que cruzar Londres. Al hospital Saint George, en Hyde Park Corner, le quedaban pocas semanas de actividad; era sombrío, mugriento y ya estaba casi vacío. Mi sala era una de las últimas que seguían abiertas, según me dijeron, y para cosas que implicaran alta tecnología tenía que ir al nuevo Saint George, que estaba en Tooting. Esperaba que me trajeran la ropa a la sala, pero me dijeron no, tiene usted que ir en bata, es como van los pacientes.

La única prenda de ese estilo que tenía era un batín de satén negro muy escotado. Pero antes de que me ingresaran en el hospital, mi prima Beryl, siempre tan práctica, me dijo que no le parecía adecuado, de manera que me prestó una prenda de velvetón verde, cómoda y recatada, que me llegaba hasta los tobillos y quedaba abotonada hasta el cuello. Me alegré de tenerla cuando me dijeron que tenía que acudir a Tooting en taxi. Ellos mismos se encargarían de pedirlo, me dijeron, no tenía de qué preocuparme. Oh, me dije a mí misma, ¿no tendré que salir a la calle y pegar un silbido? Además, me dijeron, alguien se encargaría de acompañarme.

Antes de iniciar el trayecto, tenía que beber tanta agua como fuera posible para distender la vejiga, lo que al parecer era bueno por un motivo que nadie se dignó a compartir conmigo. En cierto modo, tampoco quieres preguntar según qué cosas. ¿Y si no sabían la respuesta? Había una especie de intercambio de ignorancias: ellos no me contaban nada y yo no preguntaba nada, no fuera a ser que me escandalizara al ver la de cosas que llegaban a desconocer. Esperé, sentada en mi cama, bebiendo tragos de agua de un vaso del hospital.

—¡Ahí está Della!, —exclamó alguien.

—Hola, hola —respondió Della. Entró como si fuera una candidata a los premios Óscar, como si fuera la reina del baile.

—¡Eeeh, Della!, —la saludaron, y Della respondió con otro aullido. Sé reconocer a un personaje cuando lo veo. Y también, Dios mío, cuando un personaje me da tanto miedo que me pone los pelos de punta. Tomé un último sorbo de agua.

Della era una auxiliar jamaicana, de unos cincuenta o sesenta años. Era muy ancha, de manera que tenías la sensación de no poder abarcarla toda con la vista. Hoy en día la gente debe de sentir lo mismo cuando me ve a mí, aunque no creo que sea capaz de bloquear la luz como lo hacía Della. Tenía la frente amplia y una mirada amenazadora. Me recordó a un bisonte; y no lo digo en el mal sentido, de verdad, porque cuando era niña me gustaba admirar los bisontes en el zoológico; se colocaban cerca de la verja, respirando con pesadez, mientras tú metías el dedo a través de la malla para rascar la extensión de pelo escaso que tenían entre las orejas. Pero no lo dudes: en campo abierto, podrían aplastarte.

Della era la acompañante que me habían prometido para acudir a Tooting. Trajeron una silla de ruedas a la sala.

—Para llevarla hasta el taxi —me dijeron. Pero yo repliqué (aunque tal vez solo lo pensé), puedo andar, ya lo saben, de hecho me obligan a andar, anoche me invitaron a llevar el carrito del cacao… Sin embargo, se mostraron inflexibles al respecto. Me dijeron que era una norma.

Me llevaron en la silla de ruedas hasta la entrada y me metieron en un taxi junto con mi bisonte.

—¡*Qu’* pasa, Della!, —gritó el portero mientras salíamos (o alguna otra exclamación lamentable que parodiaba el dialecto cockney). Supuse que le habían dado a Della una carta para que la entregara a alguien del otro hospital, pero ella no parecía estar al corriente del motivo por el que íbamos a Tooting juntas, a juzgar por la levedad con la que se lo tomó, casi como si se marchara de vacaciones.

—¿*Qu’* pasa, Ray?, —le voceó al portero como respuesta—. *Pa* Tooting, *ta* luego, ¿vale?

Un portazo y empezamos a avanzar a paso de tortuga por el tráfico de Hyde Park Corner. El conductor mantuvo la mampara de

cristal cerrada. Sin embargo, el cotorreo de Della era incontenible, no paraba de charlar y charlar. ¿Quién era yo y por qué estaba allí? ¿Para qué? Repliqué con un flujo constante de respuestas, censuradas para evitar la autocompasión, censuradas contra lo personal, volviendo la cabeza una y otra vez hacia la ventanilla del taxi. El trayecto duró bastante a causa del tráfico de mediodía, avanzando poco a poco hacia el sur, cruzando el Támesis. Nunca he conseguido asimilar Londres como gran ciudad, pero me gusta contemplarla en silencio, a través de las ventanillas de un taxi, y apreciarla por lo que es y por cómo me hace sentir que soy de provincias. Ese día se apoderó de mí la idea de que tal vez no volvería a verla. Dos días encerrada en el hospital pueden cambiar tu visión de las cosas, y los edificios me parecían distantes y heroicos, como los de una ciudad de ensueño. Estaba emocionada, pero era incapaz de ponerle nombre a esa emoción. La vejiga, atacada por el proceso de la enfermedad, se me había hinchado con un afán obediente y ya me dolía: era un tipo de dolor nuevo, un verdadero cambio. Della hablaba con calma, con fluidez, y yo respondía a todo lo que me decía. Luego empezaba otra historia. Mi mente se reunía con ella de nuevo. Me contó que su hija menor, que solo tenía dieciocho años, había estado en el hospital cinco años antes para que le operaran una mano.

—Solo la tenía un poco *hinchá* —insistió Della—. Le dije, tú no te preocupes por eso. ¿Me escuchó? ¡Ni hablar!

Aparté la mirada de la ventanilla. Durante buena parte del trayecto, hasta entonces, no había comprendido gran cosa de todo lo que decía Della, pero eso sin duda podía llegar a entenderlo. ¿Y cómo le fue?, pregunté, ¿salió todo bien, curaron a su hija? ¡Oh, no!, respondió Della. Todo salió mal cuando la anestesiaron. Ahora es como un vegetal. Le destruyeron el cerebro. Ha quedado vegetal, lo llaman así.

Su voz estaba exenta de emoción, como si estuviera hablando sobre un marciano. La estudiante de Derecho que llevaba dentro estaba enferma, pero no había muerto del todo. En casi cualquier circunstancia, me habría inclinado hacia delante (concienzuda, dando importancia a los detalles) y le habría dicho, ¿sabe que tiene derecho a denunciarlos por negligencia? ¿Tiene usted un buen abogado? En ese momento no se me ocurrió censurar a Della por

sacar a colación un precedente tan sombrío, y pensé que, de hecho, tal vez me hizo un favor: me dio algo en lo que pensar más allá de mis propios dolores. ¿El hospital había admitido la responsabilidad en el caso? ¿Qué perjuicios obtuvo? Cinco años, pensé. Cinco años más tarde el caso aún podía estar enredado en el sistema. Solo una parte de mi mente se estremecía al pensar en lo que me había contado. La otra parte estaba a punto de preguntarle acerca de cifras y fechas. Estaba a punto, sí, pero entonces Della hizo algo terrible. Dejó caer la cabeza y se puso a imitar la manera de hablar de su hija.

—Dice, ma, ma, ma. La, la, la. Es lo único que es capaz de decir —explicó, sacando la lengua entre gruñidos—. Ma, ma, ma. La, la, la —insistió, balanceando la cabeza sobre su grueso cuello—. Ma, ma, la, la.

Al cabo de un rato, después de pensarlo durante unos momentos, Della volvió a esconder la lengua.

El resto del viaje transcurrió en silencio. El taxista nos dejó en una entrada equivocada. Al parecer, Della sabía dónde teníamos que ir, de manera que nos pusimos en marcha juntas, ella con la mirada radiante, como si estuviera recorriendo las verdes llanuras; yo, con mi bata y los pies descalzos enfundados en unas zapatillas de estar por casa: algo recorvada por el dolor, como si estuviera incubando. Venía del calor africano en la época más tórrida del año, y estábamos en diciembre. Para ser justa, debo decir que ni llovía ni nevaba. Era uno de esos días tan próximos al fin de año que ni siquiera valía la pena intentarlo: de un cielo deprimente solo caía, poco a poco, algún que otro copo deprimente.

Durante un tiempo yo había trabajado en un hospital y comprendía los letreros médicos, por lo que no me gustó mucho el destino que eligió Della. Sin embargo, insistió. No paraba de arremeter, agachando esa cabeza de bisonte; tuve que seguirla. Quería ponerme de cuclillas sobre el sendero de grava y orinar por debajo de la falda, como María Antonieta camino de su ejecución; es un detalle triste de esa vida triste. En mi manuscrito sobre la Revolución francesa me costó mucho decidirme, no sabía si suprimirlo o no, y al final no lo hice. Della me llevó hasta la unidad hepática, donde había una cola de personas treinta años mayores que yo. Estaban esperando ecografías, cierto, pero unas ecografías

especiales, específicas para sus casos. Eran personas hinchadas y amarillas, todas similares, como si formaran parte de la misma familia. Ninguno de ellos me dirigió la palabra. Se limitaron a mirarme. Iban encorvados, igual que yo. Se sujetaban el abdomen con los antebrazos, como si llevaran a cuestas un botín de carne: parecían debutantes en procesión saliendo de Buckingham Palace tras su presentación en sociedad.

Una enfermera le respondió a Della negando con la cabeza. Y señaló algo. Retrocedimos, alejándonos de la gente amarilla. Me fijé en las lunas de sus rostros y me devolvieron la mirada, tolerantes, tal vez indiferentes. Nos pusimos en marcha de nuevo, salimos de la unidad hepática hacia el exterior y seguimos recorriendo caminos de grava. El frío era crudo y húmedo, como un baño con sales. Cuando llegué al lugar adecuado, ya me estaban esperando. Quizá llevaran allí una hora entera, esperándome, en cualquier caso no me criticaron. Un técnico amable pero desapasionado me untó el abdomen con una especie de gelatina. Me recordó al Swarfega, un producto que los hombres de mi vida utilizaban para desengrasarse las manos después de haber estado trasteando el motor del coche. Quizá el hospital podría arreglarme con un poco de relleno de plástico. El técnico se inclinó sobre mí y me pasó un rodillo. Levantando la cabeza, vi las imágenes en la pantalla. No parecía sensato; no parecía razonable, y tal vez a él tampoco se lo parecía, pero me ayudó identificando las características más destacadas.

—Muy bien la vejiga, muy llena —dijo—. Supongo que no ve el momento de vaciarla de una vez.

Me mostró los crecimientos que afloraban alrededor de mis ovarios. Por primera y última vez me vi el útero, representado con dos trazos negros como si fuera una caligrafía virtuosa: una marca diacrítica en un idioma que jamás llegaría a aprender.

Después de pasarme el rodillo, me permitió bajar de la mesa de exploraciones para ir al baño. Cuando regresé al Saint George, tras otra hora de trayecto, Della salió del taxi andando como un pato y yo la seguí con cautela, pisando la acera con los pies enfundados en las pantuflas. El portero gritó de nuevo.

—¡Eh, Della! ¡ *paeces*

Qu' paasa,

un pato!

—He *'tao* en Tootin —berreó.

—*Mu* bien, chica —respondió el portero. Sacaron corriendo una silla de ruedas y se me quedaron mirando con expectación. No pienso subirme a eso, dije, es ridículo; he andado por medio sur de Londres en bata.

Pero es que tiene que hacerlo, dijeron, consternados. No tiene alternativa. No podemos dejar que camine; ¿está loca? ¡Nos jugamos el empleo!

Della ya estaba cantando, distraída con otra cosa. Ah, si se trata de sus empleos, dije. No quiero que les echen por mi culpa. ¡Así se habla!, dijeron. Me dejé caer sobre la silla de ruedas y permití que me llevaran de vuelta a la sala.

A medida que se acercaba la Navidad, la sala se fue vaciando. Las mujeres alegres volvieron a casa, esterilizadas, curadas; quejándose, todavía. Un marido llegó con una maleta para su joven esposa, a la que le habían detectado un cáncer cervical en sus primeras fases: se había curado, pensaba; y esperaba. En la cama parecía un chico de diez años, abotonada dentro de una cálida camisa de dormir, con el pelo rubio enmarañado y el rostro afilado. Sin embargo, cuando retiraron la cortina y la vi de pie, erguida y estrecha sobre unos tacones de siete centímetros, sus ángulos quedaron envueltos por una ropa minuciosa, preciosa; le quedaba tan bien que, al verla, sabías de inmediato que o bien se la había confeccionado ella misma o estaba hecha a medida; la precisión de las costuras, el balanceo calibrado del amplio abrigo de lana. Sacudió la cabeza y su espesa melena rubia, cortada con precisión, se acomodó de inmediato rozando sus hombreras; recogió su bolsa de cuero bruñido y salió en dirección al resto de su vida.

Londres se vació. El tráfico se calmó en Hyde Park Corner. Una joven se quedó en una de las camas que tenía delante, embarazada de seis meses, con la cara moteada por la fiebre; tenía una infección renal y estaba, según la jerga de la sala, «mal». Cuando los antibióticos empezaron a hacerle efecto, se sentó en la cama y miró a su alrededor con unos ojos celtas y neblinosos; su pelo negro recubría la almohada blanca.

La chica de los riñones se sentó en la cama en la víspera de mi operación. Nadie se había puesto de acuerdo todavía acerca de la naturaleza de mi problema. A mi marido le habían dicho que, si los

tumores resultaban ser malignos, fuera preparándose para mi muerte. A mí no me transmitieron el mensaje, pero tampoco lo necesitaba. Creía con obstinación en mi propio diagnóstico. Si tenía razón, sobreviviría.

Muchas horas después del anochecer, llegaron los cantantes de villancicos. En ese momento yo estaba en el baño, de espaldas al oscuro espejo. No es que tuviera miedo, pero empezaba a sentirme sola; había cedido a la autocompasión y unas cuantas lágrimas brotaron de mis ojos cuando empezaron a entonar «Once in Royal David's City». Me quedé allí hasta que terminaron, apoyada en la pared. Luego oí cómo una mujer decía, con una voz dulce pero dominante, ¿Quieres elegir un villancico, querida? Kirsty se rio y sonó como un largo repicar de campanas, como si anunciara una buena nueva. Se habían abalanzado sobre Kirsty porque ocupaba la primera cama que te encontrabas al entrar; le habían entregado un libro de himnos, y cuando salí del baño lo sostenía como si le ardiera en las manos; su risa expresaba su incredulidad. Le quité el libro y me miró con gratitud. Hojeé unas cuantas páginas y pedí «God rest you merry, gentlemen». Los cantantes accedieron, si bien algo decepcionados ante aquella elección tan pasada de moda. Sin embargo, yo pensaba en nuestros cirujanos, en los que vendrían al día siguiente para abrirme en canal; era lo último que harían antes de volver a sus casas, con sus familias, para cortar el pavo de Navidad.

Los cantantes se marcharon y luego Kirsty se sumió en un profundo sueño. Me senté a los pies de la cama de la chica de los riñones y nos fumamos un cigarrillo.

—¡Chicas, vuelvan a la cama!, —gritó una enfermera.

Yo era la única que se había levantado, pero lo dijo en plural porque no se atrevía a enfrentarse a mí. Al final le di un beso de buenas noches a la chica de los riñones y le acaricié el pelo oscuro; no había nadie más para hacerlo. Regresé a mi cama arrastrando los pies y me metí bajo las sábanas. Mi abdomen era un montículo casi tan grande como el embarazo de la chica de los riñones, y aun así todavía no habían descubierto la manera de aliviarme el dolor. Me dieron una pastilla para dormir, pero habría hecho falta un mazo para que perdiera la conciencia. No tenía miedo, pero mi cerebro estaba ávido de actividad.

En el silencio de la noche, hacia las dos de la madrugada, llegó una mujer africana con problemas, balanceando la cabeza de un lado a otro, sobre una camilla que de repente pasó a parecer un féretro. La seguían dos hombres con el rostro desencajado. El frío les había dado un tono ceniciento, y retorcían sus gorros de lana con las manos.

Me educaron como cristiana, en la medida que puede llamarse así a una católica. (Mi abuela pensaba que no se tenía que leer la Biblia, que era un libro protestante). Como apoyo psicológico, los cristianos reciben el modelo de un hombre muriendo en extrema agonía. Como católicos, desde pequeños se nos animaba a seguir las «Estaciones de la Cruz», rezando determinadas oraciones en cada representación de las etapas de la pasión de Jesucristo. Nos enseñaban a dar gracias porque, fuera lo que fuera lo que nos deparaba, no era la crucifixión: a menos que fuéramos misionarios o que tuviéramos muy mala suerte.

Como católica, te enseñaban a contemplar tu último final. Se te animaba a ensayar, por adelantado, tu propia muerte: con las agonías mentales y físicas que la acompañaban, y —esto le añadía, en mi opinión, un toque familiar— con tus amigos y parientes alrededor del lecho.

Es cierto que la «Letanía para una muerte feliz» no formaba parte de las plegarias que me enseñaron en la escuela. Pero a los ocho o nueve años, aburrida por la falta de variación de la santa misa y desesperada por oír un buen sermón, solía hojear la parte final del libro de oraciones.

> Jesús, Señor, Dios de bondad, Padre de misericordia, aquí me presento delante de Vos con el corazón humillado, contrito y confuso, a encomendaros mi última hora y la suerte que después de ella me espera.
>
> Cuando mis pies, fríos ya, me adviertan que mi carrera en este valle de lágrimas está por acabarse; *Jesús misericordioso, tened compasión de mí*.
>
> Cuando mis manos trémulas ya no puedan estrechar el Crucifijo, y a pesar mío lo dejen caer sobre el lecho

> de mi dolor, *Jesús misericordioso, tened compasión de mí.*
>
> Cuando mis ojos, apagados con el dolor de la cercana muerte, fijen en Vos por última vez sus miradas moribundas; *Jesús misericordioso, tened compasión de mí.*
>
> Cuando mis labios fríos y balbucientes pronuncien por última vez vuestro santísimo Nombre; *Jesús misericordioso, tened compasión de mí.*

Me tomo la muerte como algo serio y cercano, siempre lo he hecho. Pero hace poco, cuando un médico me preguntó por mis antecedentes familiares, tuve que rebatirle todos los puntos. Ni enfermedades cardiacas. Ni derrames. Ni cáncer: excepto el del abuelo, pero el abuelo fumaba. Ni un motivo, de hecho (y lo dije levantando la mirada con perplejidad), ni un solo motivo, al parecer, por el que debamos morir.

Sin embargo, la letanía nos asegura que sí, y nos cuenta cómo será ese momento:

> Cuando mi cara pálida y amoratada cause ya lástima y terror a los circunstantes, y los cabellos de mi cabeza, bañados con el sudor de la muerte, anuncien que está cercano mi fin; *Jesús misericordioso, tened compasión de mí.*
>
> Cuando mis oídos, próximos a cerrarse para siempre a las conversaciones de los hombres, se abran para oír de vuestra boca la sentencia irrevocable que marque mi suerte para toda la eternidad; *Jesús misericordioso, tened compasión de mí.*
>
> Cuando mi imaginación, agitada por horrendos fantasmas…

Pero no, quizá ya os he inquietado lo suficiente. Admiro sobre todo la frase sobre el pelo pegado a la frente. Ese camino hacia la disolución que todo buen católico era animado a tomar de vez en cuando, siguiendo a Jesucristo hacia el Calvario. San Pedro, nos enseñaban, fue crucificado cabeza abajo; en el fondo fue un acto de

misericordia, puesto que debió de perder la conciencia. Me lo contaron tres veces a lo largo de mi educación secundaria, siempre la misma mujer, y cada vez, mentalmente, me dedicaba a ensayar el momento solemne en el que le daban la vuelta, como si fuera una figura geométrica que me hubieran pedido que imaginara en otra posición. Creo que esa mujer estaba convencida de que Pedro salió de rositas.

> Cuando derrame mi última lágrima, síntoma de mi destrucción, recibidla, Señor, en sacrificio de expiación; para que muera como víctima de penitencia, y en aquel momento terrible, *Jesús misericordioso, tened compasión de mí.*

Fijaos en lo excelente que es ese punto y coma. La gente me pregunta cómo aprendí a escribir. Pues así es como aprendí.

La vida católica se vive a la sombra de la muerte feliz, como si tu vida tuviera que representarse a través de un espejo plateado y moteado, antiguo y favorecedor.

La la la. Ma ma ma. Diciembre de 1979: sentí la necesidad de dejar una nota junto a mi cama: si me despierto vegetal, metedme en un estofado.

Un día después, estando yo medio despierta, vinieron a contarme lo que habían hecho. Tras una anestesia general, entras y sales del estado de conciencia: te incorporas hasta sentarte con una sonrisa, puede que alerta en apariencia, pero tu atención se ha desvanecido. Deberían habérmelo contado otra vez, creo, cuando estuviera despierta de verdad. Deberían habérmelo contado una o dos veces. Deberían haberme escrito una carta, deberían haberme escrito una redacción o tal vez un librito.

A partir de ahí, ciertas cosas se acabaron para mí. Me di cuenta de que no sería sencillo remontar ese matrimonio que ya se desmoronaba. Cuando se le extirpa el útero a una simia y sus cuidadores la devuelven a la comunidad, sus congéneres lo notan y la abandonan. Es un hecho biológico fundamental; hay poca bondad, en el reino animal, y yo había estado allí abajo, con los animales, gruñendo y sangrando en una camilla. No habría hijas, Catriona no llegaría a existir; aunque tampoco puedo afirmar que la

deseara mucho; a los veintisiete años, nunca había intentado quedarme embarazada. Parecíamos estar bien tal como estábamos, nosotros dos solos. «Los hijos de amantes son huérfanos», dijo Robert Louis Stevenson. Eso habría sido un triste destino para ella, para la pequeña señorita Cat. Sin embargo, ella ya no nacería y nosotros ya no éramos amantes.

Me faltaban algunas partes más, aparte del útero y los ovarios, mi aparato reproductor. Varios metros de intestino: pero da igual, porque tenemos de sobra.

¿Sabéis qué es lo que más me preocupa sobre estas memorias? Que siempre soy la lista. Siempre soy la que tiene la última palabra. Siempre soy la que suelta la ocurrencia despiadada, el *bon mot* burlón.

Pero ahora tengo que contar con esto: no fui lista, ni mucho menos. Como una cretina, como un angelito estúpido, me creí lo que me habían contado. Me creí que los dolores que notaba por todo el cuerpo cada mes formaban parte del castigo de la feminidad. No les dije a mis médicos, por cierto, que mis periodos menstruales eran una agonía. Pensé que me dirían, ¡basta ya, señorita Nuncasana! Y cuando por fin me decidí a sacar el tema, me respondieron con firmeza, ¡bueno, no se preocupe! ¿Dolores menstruales? Eso remitirá cuando tenga su primer bebé. ¡Ya lo verá!

Me criaron bajo la fe católica y no resulta sencillo renunciar a eso. Creía que, a menos que te crucificaran, no había motivos para quejarse.

No tardé en levantarme de la cama. Intenté convencer a los cirujanos para que me permitieran marcharme pronto, pero no accedieron. A una de las chicas de la sala le regalaron un kit de maquillaje por Navidad y me dijo que podía usarlo. Pensé que valía la pena arreglarse para entrar con buen pie en 1980, de manera que, a pesar de no estar recuperada del todo debido a los puntos, me dediqué a maquillar a las mujeres de la sala, jóvenes y mayores. Incluso a Elsie, que a sus ochenta y tres años se sonrojó bajo el colorete cuando sostuve el espejo para que pudiera contemplar mi obra.

—Fíjate —dijo—, ¿esa soy yo? ¡Pero si nunca me había puesto colorete!

A las demás nos pinté los ojos con mucho kohl y los labios de color rubí. El residente más veterano entró y me sorprendió agachada sobre mi paciente.

—Ay, chicas —dijo, riendo, y luego se alejó, alborozado: otro grupo de clientas satisfechas.

Ay, chicas. ¡Cómo sois!

La incisión transcurría por la línea central de mi cuerpo, desde el hueso del pubis hasta el ombligo.

Cuatro meses más tarde, después de varios tratamientos con penicilina para superar las infecciones que contraje en el hospital, regresé a Botsuana, a mi matrimonio enfermo, a mi casa, mis perros y mis gatos. A partir de ahora estaré bien, me dije, me sentiré distinta. Volví a ver al médico de cabecera que me había estado tratando, o que no había conseguido tratarme: en el centro, en la polvorienta consulta que quedaba bajo los eucaliptos. Me costó hablar; pensaba que no tenía nada de lo que avergonzarme, pero en cierto modo sentía vergüenza y no estaba muy segura de la confidencialidad de mi visita; los secretos parecían filtrarse con facilidad en aquella pequeña población rural. Le conté lo de la cirugía arrastrando los pies por la historia.

—O sea que —le dije—, verá, al final resultó que no había mucho que hacer, en el estado en el que llegué. Resultó ser bastante catastrófico.

—Vaya —dijo, tras lo que él también arrastró un poco los pies, enfundados en unas sandalias debajo de la mesa—. Hay algo bueno, en cualquier caso. Ahora no tendrá que molestarse en usar métodos anticonceptivos.

Hasta la Navidad, había sido una mujer que creía poder elegir. Tenía veintisiete años y pensaba que podría tener un bebé, incluso si no lo deseaba, incluso si mi marido no lo deseaba; era libre en ese sentido, había posibilidades. Ahora ya no era libre y las posibilidades habían quedado limitadas. La biología era destino. La negligencia —la mía y la de la profesión médica— me había arrebatado las opciones. Ahora mi cuerpo ya no era mío. Era algo terminado, algo operado. Tenía veintisiete años y era una anciana, todo a la vez. Había experimentado lo que se denomina «menopausia quirúrgica», o como solían llamarla los manuales de la época, «castración femenina». ¿Era una eunuca, pues? La castración

es un castigo; ¿qué crimen había cometido? A la endometriosis solían llamarla «la enfermedad de la mujer con carrera»: otra manera de decir, toma, zorra insensible, eso te pasa por posponer tu labor reproductiva y dar prioridad a tus ambiciones. Ya no podía reproducirme, ¿para qué servía, pues? ¿Quién era yo, después de todo? Mis circuitos hormonales habían quedado destruidos; mi sistema endocrino, hecho añicos. Era vieja mientras era joven, era un simio, un borrón en la página, no era nada, nada de nada. El editor había rechazado mi libro sobre la Revolución francesa. Al parecer, ni siquiera sabía escribir. Pero vamos, ¡abramos una botella de champán! ¡Al menos no tendrá que molestarse en usar métodos anticonceptivos!

Hay veces en la vida en las que pegarle un puñetazo en la cara a alguien está justificado. Sin embargo, no reaccioné. Sabía que le correspondía al médico lanzar el golpe y yo tenía que absorberlo. A veces una se enorgullece un poco de esa forma de resistencia. En aquel momento, ese orgullo era lo único que me quedaba.

Cuando salí del Saint George, imaginé que habían anulado ciertos aspectos de mi pasado, que me los habían extirpado. La larga sutura cicatrizaría y el recuerdo del dolor se desvanecería. Durante un tiempo estuve yendo y viniendo entre Inglaterra y África, y al final intenté echar raíces en el clima más frío y seguir viviendo sola. No obstante, hacia 1982 enfermé de nuevo, el dolor me atenazaba los órganos vitales y me dejaba sin aliento en lugares públicos, apoyada contra un muro mugriento en la estación de Euston o aferrada como una vagabunda a un banco del parque. La piel se me volvió grisácea y empecé a perder peso, hasta tal punto que, un día, cuando me vi de lado en el espejo, me llevé un susto: parecía uno de esos perros apaleados que solían fotografiar las asociaciones animalistas, a los que se les pueden ver los huesos a través de la piel. No sabía que la endometriosis pudiera resurgir.

Aunque es verdad que la cirugía radical suele curar la enfermedad, también es cierto que resulta difícil extirpar hasta la última célula extraviada y acabar de una vez por todas con todos esos minúsculos guerrilleros que libran una larga guerra en las oscuras cavidades del cuerpo. La hormona estrógeno, como las provisiones y el *matériel*, permite que las guerrillas proliferen. Por

aquel entonces yo no lo sabía. Me habían dicho que si no tomaba estrógenos de sustitución se me desmigajarían los huesos. ¿Qué cantidad debía tomar? Nadie parecía saberlo. Prueba y error, me dijeron con despreocupación. Tome la suficiente para no tener los síntomas de la menopausia.

No tardé en sufrir un dolor casi continuo. Los médicos ignorantes que me examinaron me aseguraron que no podía recaer en la enfermedad. El dolor me lo provocaba la tensión del tejido cicatricial, las adherencias o, si no era nada de eso, entonces simplemente volvían a ser imaginaciones mías. Esto debería haberme enojado, pero me sentía demasiado frágil y agotada para reaccionar como era debido. Había poca información disponible, no existían los grupos de apoyo, en esos tiempos. Cuando encontré a un médico que se creyó de verdad mi problema y se mostró dispuesto a tratarme, mi reacción fue solo de gratitud.

El tratamiento consistía en fármacos, hormonas. Las primeras semanas fueron duras. Un día de verano, envuelta en un gran edredón, los dientes me castañeteaban como cuando contraje la disentería en África. Sin embargo, la infección tropical me había dejado ligera y hueca; ahora, en cambio, parecía que cada vez tenía más carne. Empecé el tratamiento pesando unos cuarenta y ocho kilos. Al cabo de nueve meses, la duración habitual del tratamiento, el dolor no había mejorado, pero mi peso había aumentado en más de un cincuenta por ciento y subiendo.

Cuando gané los cinco o diez primeros kilos, la verdad es que no me importó. Si estás segura en un aspecto de tu apariencia (y jamás había tenido nada que objetar respecto a mi figura), no te importa que se produzcan pequeños cambios, no te parecen amenazadores, y en realidad los ves como una oportunidad de cambiar de estilo. Siempre me había incomodado mostrar los brazos, por si creían que era del Tercer Mundo y me hacían donaciones; y mis costillas superiores siempre me habían parecido algo tuberculosas. Me tomé bien lo de tener un aspecto más saludable; estaba cansada de que la gente me preguntara qué me pasaba y de que me miraran mal, algo que les ocurre todo el tiempo a las mujeres delgadas. Incluso me habían descartado (una mujer ancha y de rostro equino) con el pretexto de que parecía débil; también se me cerraron las puertas a otros trabajos en cuanto se descubría mi historial médico. Fue un

poco como volver a la década de 1970. En aquella época, en las entrevistas de trabajo me veían con malos ojos porque estaba casada y parecía fértil; siendo así, ¿por qué no me preferían ahora que estaba sola y era incapaz de tener hijos?

Cuando llegué a los cincuenta y siete kilos y a la talla doce, elegante y voluptuosa, conseguí un empleo. Era bastante anodino, de manera que me busqué otro para las noches. Un trabajo era en una tienda, y el otro en un bar. Los dos trabajos requerían algún tipo de uniforme, así que me compré faldas negras baratas y blusas blancas. Al cabo de pocas semanas me quedaba todo pequeño. Tenía la cara redonda y una apariencia infantil; me estaba convirtiendo en una especie de bebé fenomenal, asombroso. Cuando llegó la siguiente cita con mi especialista, le dije, estoy preocupada porque estoy ganando peso muy deprisa. Al oírlo, la doctora me fulminó con la mirada y frunció los labios entre dos gruesos mofletes. Ahora, me dijo, ya sabe lo que nos pasa a las demás.

Descubrí una tienda de segunda mano bastante cerca de donde vivía; vendían prendas de gente que se había cansado de ellas y de vez en cuando encontrabas alguna etiqueta de diseñador. Estaba decidida a no dejarme llevar por el pánico, pero paré de comer, por supuesto; ¿qué más podía hacer? En cualquier caso, mi cuerpo estaba escenificando alguna especie de revuelta; cólicos, náuseas, la incapacidad de retener la comida en mi interior. Para salir de casa a las ocho, tenía que levantarme a las seis. Pasaba el escaso tiempo libre que me quedaba en la peluquería, donde me crepaban y me rizaban el pelo para que mi cabeza no pareciera la de un alfiler sobre mis rollizos hombros. Durante un tiempo gasté la talla catorce.

—Tienes buen aspecto —me decía la gente—, has estado en algún lugar donde se vive bien, ¿no?

Mi exmarido regresó de África. Una vez me dijo, estás tan orgullosa de tu cintura que preferirías morirte de hambre antes que ganar un centímetro. Pero ¿cómo lo sabía? En el pasado jamás había sido un problema. Ahora, aun muriéndome de hambre, seguía ganando peso. ¡No te preocupes! Me llevó de compras. Me compré unos vestidos de mujer inglesa, de esos bonitos y holgados que quedan bien cuando tienes la piel lechosa y las caderas anchas. Nos casamos de nuevo. Le había advertido en una carta que ahora

estaba gorda, pero sabía que estaba siendo melodramática. Vestir una talla catorce no es estar gorda, es solo estar… bien. Eso, bien.

Nunca llegué a vestir una talla dieciséis. Pasé de largo sin esfuerzo. Pronto llegó un momento en el que no encontraba nada que me cupiera en la tienda de segunda mano; las obesas no suelen descartar la ropa tan a la ligera. Las dependientas (¿acaso no había sido su mejor clienta durante todo el verano?) empezaron a dedicarme sonrisas que en parte eran de lástima, en parte de condescendencia, y que pronto se convirtieron en la expresión habitual que me recibía en cualquier tienda de ropa. La piel se me volvió grisácea, incluso algo azulada cuando llegó el otoño. Las piernas se me hincharon y me dolían. El fluido me inflamó los párpados. Había mañanas en las que mi cabeza parecía un balón de fútbol. Me alegré de que el trabajo de mi marido nos llevara a Arabia Saudita, donde las mujeres no usan vestidos sino que se envuelven en paños que parecen cortinas, y donde además no me conocía nadie, de manera que tampoco me pararían por la calle para comentarme el buen aspecto que tenía; un país donde, de hecho, estaba más o menos prohibido salir a la calle. Allí pude quedarme en casa, bajo la luz artificial, creciendo como un hongo extraño.

Acabaron reconociendo que mis fármacos no servían para nada, y antes de marcharme de Inglaterra me recetaron otros medicamentos. A esas alturas mi criterio ya no estaba tan verde. Consulté qué efectos secundarios tenían. Aumento de peso; eso ya había sucedido, y no creía que hubiera tallas por encima de la veinte: en realidad no, al menos no para gente que había sido delgada. Pérdida de cabello. Bueno, tenía mucho. Voz más profunda: no importa, siempre había tenido voz de pito. Granos: cuesta poner buena cara ante los granos, pero da igual, una mujer bien informada sabía cómo lidiar con un sarpullido. Virilización generalizada… Oh, ¿qué probabilidades hay? Siempre había querido ser un tío.

Al cabo de unas semanas ya tenía cara de luna llena por culpa de los esteroides. El pelo me había caído a puñados. Estaba sorda, tenía la visión nubosa debido a un dolor de cabeza constante y las piernas se me habían hinchado como almohadones. Y una mañana me senté en la cama y solté una exclamación, ¡ah!, como un

desnudo expuesto en una tira cómica, y me llevé las palmas de las manos al lugar en el que había tenido los pechos, porque ya no estaban.

Luego tuve un poco de suerte. Necesitaba una receta y una carta de algún médico; tendrían que mandarme los medicamentos nuevos desde Inglaterra, ya que en Arabia Saudita no podían adquirirse. Entré balanceándome, atolondrada y con muecas de dolor, en la consulta de un médico. Me permitiré nombrarlo, ¿por qué no? Era el doctor Fishlock. Se incorporó en su asiento al verme.

—¿Qué está tomando?, —me preguntó, tras lo que me lanzó una mirada penetrante, cargada de conocimiento y preocupación. Se lo conté y confirmé sus sospechas. Conocía el medicamento, según dijo. Había participado en los ensayos clínicos. Era efectivo: pero pero pero.

Yo conocía los peros. Era un pero andante. Me veía a mí misma como un pero con forma de pera; un triste saco con una enfermedad dentro, al que ya nadie respetaba, ni yo misma. Me habló con cariño y me recortó la dosis a un tercio.

Pocos médicos comprenden esto: que de algún modo tienes que seguir viviendo hasta que te curas.

Volví a casa, a las oscuras estancias cerradas de nuestro apartamento en la ciudad. Recorté la dosis a un tercio. Calva, sorda y deformada, pero no derrotada, me senté y escribí otro libro.

Cuando era delgada no tenía ni idea de lo que es ser gorda. Cuando trabajé en unos grandes almacenes, vendía ropa a mujeres de la mayoría de las tallas, de manera que debería haberlo sabido; pero quizá tienes que experimentar ese estado personalmente para hacerte a la idea de lo que es. Cuando vendes ropa aprendes a tomar medidas a la gente, pero yo había medido a mis clientas como si fueran frigoríficos o cualquier otro objeto innegociable, sólido y con una altura, anchura y profundidad. La grasa no es así. Es insidiosa e inquietante. No se trata solo de medir pecho, cintura y cadera. Se te acumula en las rodillas, en los pies, en partes que nunca habrías creído que fuera posible. Entras en pánico, y crees en dietas extrañas; dejas los carbohidratos, luego la grasa, luego subsistes durante un tiempo a base de cereales para el desayuno y fruta, porque así parece más fácil; luego notas que te fallan las rodillas, a pesar de la grasa que acumulan, y temes caerte por la

calle. Te levantas por la mañana en invierno para meter cubitos de hielo en un batido dietético que sabe a gelatina, una forma de vida primitiva que brotará en tu interior. Tienes berrinches en tiendas de ropa para gordas, donde el género es terrible, confeccionado de cualquier manera con tejidos artificiales en colores tan cuestionables como el azul eléctrico o el rojo cereza. No puedes enfundar las piernas en unas botas, ni los pies en los zapatos que llevabas el año anterior.

Y dices, de acuerdo, pues seré gorda. Ya que al parecer no tienes elección, al final accedes generosamente. Pero te vuelves un poco recelosa frente a adverbios como «generosamente». O adjetivos como «fornida», «femenina» o «corpulenta». Crees que la gente te mira, que hablan sobre ti. Y probablemente lo hacen. Uno de mis deportes preferidos desde que empecé a publicar y a dar entrevistas consiste en esperar a ver cómo me describen en la prensa. ¿Con qué expresión caracterizarán a esa mujer tan sorprendentemente oronda? «Mejillas de manzana» es la más dulce que me han dedicado. «Maternal» me hizo sonreír: bueno, casi.

De acuerdo, dices, parece que no puedo ser delgada, así que seré gorda e intentaré aprovecharlo al máximo. «La obesidad es una cuestión feminista», te dices a ti misma. La obesidad no es inmoral. Nada vincula tu cintura con tu ética. Pero por mucho que insistas en eso, por dentro, todo te advierte que te equivocas; o digamos que apuestas por una forma de discriminación intelectual que va contra la percepción de la mayoría de la población, que toma a la gente con sobrepeso por perezosa, vaga e indisciplinada. Su percepción, por supuesto, está condicionada, no es natural. Ha sido durante los últimos tiempos cuando el prejuicio antiguo en favor de la obesidad se ha revertido. Cuando enseñaba en escuelas africanas, las chicas de instituto creían que estar delgada era un premio que se obtenía estudiando mucho. En cuanto sus diplomas les permitían huir de las gachas de maíz, la dieta de sus ancestros, planeaban volverse esbeltas. Pero las pobres chicas sin diploma que conocí en mi proyecto de voluntariado solo aspiraban a comer tantas gachas de maíz como las que ansiaban las estudiantes del instituto.

—Contadme cosas sobre vuestras amigas más cariñosas —les pedí un día—. Pero por escrito. Dos frases, ¿podéis?

Mi alumna estrella estaba apoyada en mí, de ese modo amistoso

tan típico del lugar, mientras leía su redacción. Tenía el cuaderno de ejercicios sobre mi regazo y un brazo nervudo sobre mis hombros. La otra mano seguía el libro, apuñalando las palabras con el dedo: «Mi amiga más carnosa es Neo. Es una chica guapa, y es gorda».

A veces pienso en ella, en mi amiga carnosa. Según la Iglesia en la que me criaron, el cuerpo es carne, una materia vil y simiesca que se planta a las puertas del espíritu con demasiada frecuencia, buscando consuelo; un tío escandaloso, borracho, que hace repiquetear la aldaba y canta por la calle. Los santos se mueren de hambre. Ayunan hasta que ven visiones. A veces ven torres de las fortalezas de Dios, con las almenas recortadas contra la luz parpadeante y habitadas por olores extraños: perfumes celestiales, o pestilencias diabólicas. A veces tienen que levantarse de sus camastros para ahuyentar a sus demonios. Algunos santos son cristianos musculosos. Pero no hay santos gordos.

Cuando engordas, se te asigna una nueva personalidad. No puedes evitarlo. Te la atribuye gente a la que no conoces de nada. Cuando era una rubia delgada, ágil y liviana, podía pasar semanas sin oír una sola palabra amable. Sin embargo, ¿para qué las necesitaba? Cuando engordé, la gente asumió que debía de ser afable. Era la misma persona nerviosa y fogosa de siempre, pero para el ojo ajeno había adquirido serenidad. Se me atribuyeron toda una serie de virtudes maternales. No estaba (ni estoy) muy segura de cuál es mi relación con mi antiguo yo, o conmigo misma de un año para el otro. El perfil hormonal de un individuo determina gran parte de la personalidad que manifiesta. Si se altera el sistema endocrino, pierdes los senderos hacia ti misma. Un cambio en el patrón tiende a desencadenar otro.

Hacia el cambio de milenio dejé de poder pensar correctamente. Perdí la capacidad de resumir de forma concisa y también mi sentido de las prioridades, de manera que cuando escribía ahondaba en aspectos menores y no llegaba nunca al tema principal. Podía empezar cosas, pero no terminarlas. No tenía apetito, pero aumenté todavía más de peso. Dormir se convirtió en lo único que me interesaba. Al final descubrieron que me fallaba la glándula tiroides. Una simple pastilla basta para tratarlo; el cerebro vuelve a funcionarte, pero al cuerpo le cuesta un poco más reaccionar. Hoy

en día, más de veinte años después de acudir al hospital Saint George, parece que todo en mi ser (mi fisiología, mi psicología) está sometido a ataques constantes: soy un viejo edificio destartalado en una zona de intensos bombardeos que los habitantes desalojaron hace años.

No escribo todo esto para despertar compasión. La gente sobrevive a cosas mucho peores sin llegar a ponerlo negro sobre blanco. Lo escribo para hacerme cargo de la historia de mi infancia y del hecho de no tener hijos; y para ubicarme, si no dentro de un cuerpo, al menos en el estrecho espacio que existe entre una carta y la siguiente, entre las líneas que habitan los fantasmas de los significados. El espíritu necesita un hogar y se aloja donde puede; no te suicidas solo porque necesites mantos amplios en lugar de vestidos. Hay otras personas que, como yo, sienten que les han arrancado las raíces de su personalidad. Necesitas entonces encontrarte a ti misma en el laberinto de las expectativas sociales, en la espesura de la memoria: simplemente ¿qué partes de ti han quedado intactas? Me he visto tan maltratada por los procedimientos médicos, tan saboteada y remodelada, tan delgada y tan gorda, que a veces tengo la sensación de que cada mañana es necesario escribirme a mí misma para existir; incluso si lo que escribo no son más que garabatos sin rumbo que nadie leerá jamás, o el diario que nadie podrá leer hasta que muera. Es después de escribir las palabras suficientes cuando notas el espinazo lo bastante fuerte para enfrentarte al viento. Sin embargo, cuando paras de escribir te das cuenta de que solo eres eso, una espina dorsal, una hilera de vértebras que traquetean porque se han secado como una pluma vieja.

Cuando eras niña tenías que crearte a partir de lo que tuvieras a mano. Tenías que crearte a ti misma y convertirte en una persona, encajando de algún modo en el nicho que siempre ha estado vacante en tu familia, o en una vacante que haya dejado algún fallecido. A veces mirabas hacia los zapatos de un difunto y con el tiempo te veías sustituyendo a tu abuela, o a su hermana mayor, o a alguien de quien nadie se acordaba pero que debería haber estado allí: el aborto natural de alguien, el bebé muerto de alguien. Muchas de las cosas que te sucedieron durante la infancia se crearon dentro de tu cabeza. Eras una observadora pasiva, alguien a

quien le hacían cosas, a quien no le explicaban cosas; tenías que aguzar el oído tras las puertas para obtener información, o a veces las oías sin querer; pero a menudo era desinformación, cuentos contados a medias, y muchas veces es posible que interpretaras de forma errónea lo que habías oído. Entonces ¿cómo puedes crear una narrativa de tu propia vida? Janet Frame compara ese proceso al de encontrar un montón de trapos viejos e intentar confeccionar un vestido. Un vestido de fiesta, diría: algo adecuado para mostrarte ante la gente. Algo para salir a enfrentarte al mundo.

Durante unos años, cuando soñaba, seguía siendo delgada y llevaba ropa de gente delgada. Aun hoy en día, en ocasiones me veo a mí misma en una de esas ciudades a las que viajo cuando estoy dormida, saliendo de una librería o sentada en una cafetería, esbelta y menuda, aunque más joven de lo que soy ahora. Dicen que en sueños (en un sueño lúcido en el que eres consciente de tus propios procesos) no puedes encender luces eléctricas ni verte en los espejos. Me propongo comprobarlo; pensando que, de algún modo, si pudiera ver mi yo gordo en un sueño lo habría aceptado todo por fin, y aceptaría mi realidad también cuando me despertara.

Pero lo que ocurre en realidad, cuando te miras en el espejo, es que la superficie se derrite y el yo entra en el espejo. Lo atraviesas y te adentras en un sueño distinto.

Era 1982 cuando viajé a Arabia Saudita; tenía treinta años. Las mujeres expatriadas de Yeda me acosaban con insistencia, atacándome como mosquitos siempre con la misma pregunta: «¿Cuándo empezarás a formar una familia?».

No sabía cuál era la mejor manera de responder a eso: no lo haré, o no puedo.

Cuando era joven no quería tener hijos. Recelaba de esa trampa que parecía preparada para activarse en cualquier momento. Tenía la ambición de, a mi manera, dejar una huella en el mundo. No quería cargar con las expectativas frustradas de otra persona. Si ni siquiera conseguía convertirme en algo yo misma, ¿no le trasladaría la frustración a mi hija? ¿Y ella, con el tiempo, a la suya? ¿Cuándo le toca a una mujer conseguir algo para sí misma, y no algo de segunda mano a través de sus hijos? Servía para algo más que para reproducirme: esa era mi opinión.

Pero esa opinión vacilaba ante todas esas matronas expatriadas

que olían a talco y crema de bebé. Me costaba contarles que le había dado la espalda a todo lo que daba sentido a sus vidas, que le había dado la espalda hasta que fue demasiado tarde para mí. En una ocasión fue necesario que el jefe de mi marido nos hiciera llegar medicamentos por mensajería, y empezó a circular el rumor de que eran fármacos para la fertilidad.

—Hoy en día hacen maravillas —me aseguraron.

Todos se fijaban en mi cintura; que, por supuesto, estaba en continua expansión. Pasado el periodo de gestación natural, las mujeres empezaron con los chismes sobre mi voluntad de adoptar.

Eso me enfureció; aunque al cabo de poco tiempo me hacía reír. ¿Acaso alguna agencia me habría considerado una madre adoptiva adecuada? A las agencias de adopción no les gustan las mujeres enfermas como madres. ¿Y por qué querría yo un bebé que no fuera mío? Necesitaba reflejar mi gloriosa ascendencia. Ese antepasado que reprimió una revuelta y acabó siendo inspector sanitario. Mi bisabuela, a la que le gustaba beber, pero jamás se fumó una sola pipa. Mi bisabuelo, que construyó un muro sobre el que habría podido desfilar un ejército.

Debería haber sido una «madre colegiala», pensaba: ese flagelo social. A los catorce años es posible que fuera fértil. Y a los diecisiete. Pero después de eso —tengo que leer mi dolor haciendo marcha atrás, para saber lo que sucedía dentro de mí— supongo que mis probabilidades fueron disminuyendo. Aquellos espasmos incapacitantes que había que ignorar, aquellos dolores profundos sin nombre, aquellas oleadas de náuseas no eran pruebas de una personalidad neurótica ni de mi ambivalencia respecto a mi género, y no eran producto de mis «nervios» o del miedo a fracasar en un mundo de hombres. Eran la prueba de un proceso patológico que acabaría destruyendo mi capacidad para tener hijos y me instalaría en la enfermedad crónica. Me pregunto por qué, a pesar de todo, no insistí, no pude insistir, en que los médicos me hicieran caso y localizaran el malestar que me aquejaba. Hay varias explicaciones posibles, a varios niveles. Una es que, en la época y el lugar en el que crecí, las expectativas de salud eran bajas, sobre todo para las mujeres. La actitud adecuada ante los médicos era de una humilde gratitud; limpiabas la casa antes de que llegaran. Una explicación más profunda es que siempre tuve la sensación de que me merecía

poco, de que probablemente no sería feliz en la vida, y de que lo más seguro sería acostarse y morir. Los motivos para esto se me escapan, ahora. Ojalá pudiera explicarlos mejor y hacer cuadrar las cosas. Pero en la escuela, cuando nos ponían un problema y nos limitábamos a responder con el resultado, siempre nos pedían que mostráramos «cómo habíamos llegado hasta allí». Aunque la respuesta no fuera la acertada, nos decían que podías conseguir algo de nota si demostrabas un esfuerzo honesto.

Lo que me habría gustado habría sido tener opciones en la vida. Tranquilidad para revertir esa decisión que había tomado de que los niños no me importaban; tranquilidad para preguntarme si las circunstancias o mi forma de pensar habían cambiado. Nadie puede predecir que la partida terminará a los veintisiete años. Debería haber actuado cuando me enamoré, y ahora que cierro una etapa de mi vida y mis compañeras de clase ya son abuelas, echo de menos al bebé que nunca tuve. Sé cómo habría sido Catriona, tengo una imagen mental de ella, la he construido como uno de esos retratos robot cuyas formulaciones (seamos sinceros) nunca encajan demasiado bien. No se parecería nada a mí. Sería fuerte como mi madre, tenaz como mi marido, con esa piel lechosa irlandesa a la que le salen pecas pero nunca llega a broncearse. Veo sus pequeñas y hábiles manos cortando una cebolla; preparando platos sin receta y que nadie le ha enseñado a cocinar. Administraría bien su dinero, y tal vez incluso el ajeno; quizá podría ganarse así la vida. Conduciría, afinaría al cantar y sabría cosas como la manera en la que se confeccionan las cortinas, por ejemplo, cosas que yo nunca he sabido.

La gente idealiza a sus hijos mucho antes de que nazcan; mucho antes y también mucho después. Les ponen nombre y luego se lo cambian. Los ven como su segunda oportunidad, «una oportunidad de hacer las cosas bien esta vez», como si fueran capaces de darse a luz a sí mismos. Tienen hijos para compensarse lo que no hicieron o lo que no consiguieron cuando eran pequeños. Conciben porque sienten la necesidad de compensar, ante una persona que no existe, una pérdida que han sufrido. Los bebés nacen porque sus padres son conscientes de sus propios defectos y quieren enmendarlos; o porque se aburren; o porque tienen la sensación de que de algún modo misterioso ha llegado el momento de tener hijos, y de que si

no los tienen sus vidas empezarán a perder sentido. Algunas mujeres tienen bebés como un regalo para sus madres, o para demostrarse que están a la altura de sus madres. Los motivos casi nunca son simples y nunca son puros. Los bebés nunca son solo ellos mismos, coextensivos a sus propios cuerpos, cobrando vida para nosotros moviéndose dentro del vientre o con el primer aliento. Sus vidas empiezan mucho antes del alumbramiento, mucho antes de la concepción, y si acaban en aborto o simplemente no consiguen materializarse, se convierten en fantasmas dentro de nuestras vidas.

Las mujeres que han perdido un bebé durante el embarazo lo saben, por supuesto, pero también cualquier mujer que haya sospechado alguna vez estar embarazada cuando en realidad no lo estaba. Es imposible no hacer cálculos, si lo hubiera estado, si hubiera nacido, veamos, fue en noviembre, con hielo en las calles, anochecía pronto; habría nacido a finales de marzo, con cielos de sol incierto y borrascas. Sin duda hay fantasmas en las vidas de los hombres; un hombre que solo tiene hijas consigue que su hijo exista deseándolo, como un hombre en cierto modo mejor que él; y un padre que solo tiene hijos envuelve a esa hija que nunca nació en pañales y custodia su virginidad como si fuera un reino intacto de su propiedad. Incluso los adúlteros tienen sus bebés fantasma. Los amantes ilícitos dicen: ¿cómo sería nuestro bebé? Entonces, cuando se separan o se ven obligados a separarse, el bebé sigue creciendo como una sombra, una media sombra de posibilidad. El país de los nonatos está surcado por caminos que nadie ha recorrido, los senderos a los que dimos la espalda. En ese estado travieso de quien es sin llegar a ser, acechan en la penumbra de las oportunidades perdidas.

Nunca vi fantasmas en África, aunque en más de una ocasión la muerte pasó tan cerca de mí que tuve que forcejear con ella. Me parecía que los fantasmas —los que dan golpes, crean ecos y molestan— eran una manifestación europea que perseguía a quien todavía no se sentía a gusto en África: quien solo se había adaptado a medias a un nuevo estado de emergencia más profundo. Nunca sentí esa inquietud en la casa vacía, el mareo de las habitaciones tan concurridas que no puedes ni ver a la concurrencia: o el miedo a la oscuridad. Me parecía que los símbolos en África se

organizaban de un modo distinto. El caos interno se manifestaba en forma de accidentes de tráfico fatales y suicidios: la camioneta sin luces, esa copa de más, la denuncia policial mal escrita archivada en la papelera. Un sinfín de vidas quedaban destrozadas de vez en cuando, nacidas o por nacer; y en África, de hecho, conocí a una mujer que murió dando a luz. Solo fue una víctima más entre todas las del continente, pero una con la que solía hablar a diario. No me caía muy bien, en realidad; me gustaría decir que lloré su pérdida, pero sería una exageración.

En Yeda fue distinto. Mi vida en Arabia Saudita, al menos durante dos años, fue como la de una reclusa. La mera fuerza de voluntad —o la fuerza de la mera voluntad— bastaba para mover muebles y arrancar puertas de armarios roperos. En momentos de estrés, o al borde de un cambio, podía parecer que actuabas canalizando fuerzas desorganizadas, irracionales, que moraban en el aire. Encerrada en esas habitaciones oscuras, mientras la vida seguía su curso en otras partes y mi cuerpo se veía sujeto a extrañas mutaciones, acumulé una ira capaz de arrancar un tejado de cuajo.

Cuando volví a Inglaterra y dejé de vestirme con los amplios paños musulmanes, las miradas de los vecinos reparaban en mi volumen y me preguntaban, ¿para cuándo esperas al bebé? A veces, mujeres bondadosas que esperaban en un banco de la estación se apiñaban para dejarme sitio. Una vez, un joven escocés, sin duda recién llegado a Londres porque todavía no había perdido su gracia natural, me ofreció su asiento en el metro, y yo me encontraba tan mal que se lo agradecí con una sonrisa de estupefacción y me senté. Los bebés nonatos, con o sin nombre, reconocidos o no, tienen su propia forma de insistir: de hacer sentir su presencia. Ningún adelanto de la tecnología médica conseguiría fabricar a Catriona; se había perdido. Pero cuando el destino biológico se desvía de la norma, hay partes de la psique a las que les cuesta asumirlo. Comprendes lo que ha sucedido, el desastre médico; intentas razonarlo. Pero hay varias capas de comprensión, y la sensación de pérdida tarda en filtrarse por esas capas. El cuerpo no es lógico; sigue unos senderos disparatados. El duelo no es rápido; cuando no hay cuerpo que enterrar, el duelo no es definitivo. Yo solía decir (porque la frivolidad era mi arma), mira, está bien que no haya tenido hijos, porque los habría sacado de la habitación y habría

cerrado la puerta cada vez que me hubiera empeñado en terminar un párrafo; diría, ¿no ves que tengo que terminar este artículo para el periódico? ¿Por qué no sales a jugar a la calle? No hay peor enemigo para el buen arte que un cochecito en el pasillo: ¿es que Connolly escribió alguna vez algo más cierto que eso?

Pero a un nivel menos consciente, seguí haciendo planes para Catriona: para sus hermanos, y para sus hijos, también. Esta es la única conclusión a la que puedo llegar cuando pienso en las extrañas decisiones que tomé a nivel inmobiliario a finales de la década de 1980 y durante los noventa. Las propiedades fueron una buena inversión, por supuesto, pero creo que algunas de esas inversiones sobrepasaron el mero aspecto económico. Las despensas estaban repletas de comida, y los armarios, de sábanas. Podríamos haber abastecido a un pequeño ejército con todo lo que teníamos acumulado en los garajes. Después de comprar Owl Cottage, habíamos acumulado un total de siete dormitorios, cuatro lavabos, todos los electrodomésticos posibles por duplicado, la capacidad de lavar ropa para ocho personas a la vez y platos para dieciséis. ¿Quién creía que estaba por venir, más allá de la nonata? ¿Los muertos, tal vez? La hambrienta familia de tíos que querían jamón y queso Cheshire: su prole también muerta, esa generación perdida: mi hija tras esa prole, una niña de ojos verdes con mis nietos de ojos verdes. ¿Qué se puede hacer con los perdidos, los difuntos, más allá de escribir para que existan?

Los fantasmas, los espíritus domésticos y los duendes que aparecen en nuestro campo de visión entre el sueño y la vigilia tienen algo de misterioso. Durante una época me vi acosada por un aluvión de sueños en los que era una comadrona que había dejado morir a un bebé; sin embargo, cuando volví a encarrilar mi primer libro y tras muchos años en el limbo conseguí que se publicara, esos sueños cesaron. Aunque a medida que pasa el tiempo, piensas cada vez en más libros que deberías haber escrito, historias a medio esbozar que quedaron en el cajón de las «obras pendientes». Sé que algunas de estas narraciones jamás serán terminadas. Sueño con seres fetales, a medio formar, abandonados sobre un frío suelo. A veces están ennegrecidos, como cadáveres congelados. Y toman formas malignas: sueño con el suelo de un castillo, por el que corretean niños chillando, y son tan malvados que tienen la

capacidad de revolver la piedra, de conseguir que las losas se encojan ante ellos. Levantados del suelo, están desnudos y desprovistos de sexo, son malhablados y sabihondos. Tengo el impulso de herirlos o de matarlos, de espantarlos como si fueran moscas, son pequeños demonios que, si lo permito, rondarán por el mundo hablando mal de mí, tergiversando mis palabras y arrebatándome todo lo que tengo.

Pero luego me despierto, helada, y extiendo las manos para asegurarme de que las superficies son sólidas, de que mi propia piel sigue siendo cálida. Busco a tientas un bolígrafo y escribo el sueño; cuando el día se ha asentado a mi alrededor con la luz prosaica de Surrey, transporto el sueño al teclado y lo desmenuzo en un segundo borrador.

Más allá

Cuando volvimos de Arabia Saudita, teníamos varias casas. Algunas albergaban duendes menores, y en una de ellas vivía un gato nebuloso. Gente menos sugestionable que yo eran conscientes de ese fenómeno anómalo, gente racional cuyo sustento no dependía de lo que podían conjurar; de manera que no me parece mal admitir que di cobijo a varios fantasmas. Los fantasmas son las etiquetas y los trapos del día a día, información que adquieres a pesar de que no sabes qué hacer con ella, porque son conocimientos que no puedes procesar; son tarjetas descartadas del archivador, borrones en la página. Los «fantasmas» son cualquier cosa que mueva los muebles, detenga los relojes, te oculte cosas y se las arregle para que no puedas entrar en tu habitación de hotel. Solo son difuntos pequeños, me digo a mí misma, que recurren al berrinche porque intentan llamar la atención siguiendo métodos infantiles, porque son su único recurso.

Primero vivimos en un apartamento diminuto en Windsor, con el castillo asomando por la ventana. A continuación, para adquirir espacio en tierra de nadie junto a una vía arterial, en algún lugar a las afueras de Slough. Cuando compramos Owl Cottage vivíamos en Sunningdale, en un piso destartalado que había servido de hogar para madres y bebés bajo la tutela de unas monjas.

Drummond House estaba construida con un ladrillo rojo que no empalidecía con el tiempo. A juzgar por su aspecto, había sido erigida en la década de 1890, con añadidos de 1920. La fachada era contundente, cuadrada y fea; la parte trasera del edificio estaba forrada de tejas, como una casa de campo descuidada, y casi podría decirse que tenía encanto. Después de que reformaran el lugar para dividirlo en varios apartamentos, había cuatro hogares bajo un solo tejado, y eso que la cubierta no era gran cosa; cuando llovía, teníamos que poner cubos por toda la casa. Las estancias grandes estaban divididas sin gracia, había crucifijos y frases en latín en lugares inesperados, y uno de los vecinos era litigante y vengativo

hasta un punto intratable. Pero tenía sus compensaciones; un haya roja tras la casa filtraba una luz alimonada en las habitaciones durante las tardes de invierno, y cuando te acomodabas en la profunda bañera eduardiana, podías oír de fondo el tranquilizador traqueteo de los trenes de cercanías. En verano, había un telón de fondo cambiante, susurrante y de color verde, verde sobre verde, como si el mundo entero estuviera hecho de hojas.

Llevábamos siete años en esa casa. Luego, en el espacio de varios meses, pasó a parecernos insoportable. Era un activo desaprovechado, con contratos de arrendamiento cada vez más cortos. Decidimos venderla a un constructor que nos pagó el precio de mercado a cambio del depósito por un terreno repleto de surcos que quedaba a quince kilómetros de distancia, en el que se había preconcebido, si bien no había alcanzado ni el estado embrionario, una casa «de lujo» independiente con cinco dormitorios.

Habíamos consultado los planos de casas «de lujo» con menos dormitorios, pero nos habían parecido madrigueras desalentadoras.

—Nos decantaremos por la más grande —nos dijimos: cinco camas y tres baños.

Así podré tener dos despachos, pensé, en dos de los dormitorios. Y piénsalo; otra habitación más con las camas preparadas servirá para alojar invitados en cualquier momento: así no tendremos que pasear por la casa a altas horas de la madrugada con una bebida en la mano, una funda de almohada en la otra y una toalla por encima del hombro, con el invitado siguiéndote entre lamentos de culpabilidad, «no te molestes». Y tendremos un jardín que estará (a diferencia del que teníamos en Sunningdale) pegado a la casa. Y piensa en la calefacción central; un sistema moderno de verdad, controlable, en lugar de una gran caldera como la que teníamos en Drummond, con su propio cobertizo o bodega, que cada otoño exigía sacrificar a siete vírgenes para que se dignara a cobrar vida con un chisporroteo e infiltrar así un calor viciado entre las corrientes de aire sibilantes.

Pasamos un verano marcado por los nervios, pensando que el vecino litigante de algún modo arruinaría ese trato tan favorable. Por las noches conducíamos hasta el lugar de las obras, donde la ladera de la colina estaba repleta de muros altos como un niño de ocho años. Esos muros no tardarían en crecer; una noche nos

plantamos bajo el vasto esqueleto vacío del tejado, contemplando las vigas de madera, arqueadas por encima de nosotros como las costillas de un brontosaurio. En visitas posteriores, subimos a lo que acabarían siendo las habitaciones y miramos a través de los huecos que alojarían las ventanas. Veíamos a otras parejas recorriendo las roderas de las excavadoras en la tierra revuelta, entre tuberías y cables; veíamos miradas de asombro en sus ojos. Nadie podía creer que de esos trozos de plástico y hormigón pudieran crecer las vastas estructuras que alojarían a familias estables y modernas de la Inglaterra media.

Nuestros futuros vecinos no eran el tipo de familias que comprenden las estadísticas de rupturas. No eran gente de trifulcas adúlteras, de borracheras, de locuras primaverales, ni de subterfugios y mentiras. Eran gente sensata que se dedicaba a las nuevas tecnologías, gente de *hardware* o de *software*, filisteos brillantes, agudos e inteligentes. Eran de hábitos mutables hasta que sus hijos imponían constancia y los volvían aplicados, pragmáticos, dispuestos a aplazar la gratificación; comprometidos con su prole, invertían en ella. Los hombres y sus esposas coincidían a medio camino, eran padres agradables y madres definidas y enérgicas. Eran esa nueva clase de gente que no parecía necesitar la historia, ni la personal ni la colectiva. Parecían haber brotado de una maceta, echando hojas lustrosas y pulidas; tenían padres, pero eran meros accesorios de fin de semana que aparecían los domingos de verano como los tenedores de barbacoa. En esta parte del mundo las unidades familiares funcionan como un pequeño negocio modélico, puedes tener la seguridad de que las cuentas cuadrarán a final de trimestre; y si se necesitaba algo, algo se daba; y si algo se daba, un favor se debía; y cuando se suman las columnas, tienen que cuadrar, creo, entre marido y esposa, entre esposa y marido, sin esos déficits escandalosos, tan frecuentes en las partes más tormentosas del mundo.

Una noche acudimos a la obra y vimos que estaban colocando la fachada de nuestra casa de lujo. Los dibujos nos habían mentido; aquello no era lo que nos habían prometido. Nos pasamos un rato sentados en el coche aparcado. Tal vez recurrí a palabras groseras para decir que quería romper el contrato. Pero mis sentimientos se secaron en el aire. Era demasiado tarde. Nos habíamos

comprometido. Al fin y al cabo, dije al fin, cuando estemos dentro no la veremos desde fuera, ¿no?

Nos mudamos en noviembre. Pasaron a ser problemas ajenos, los falsos entramados de madera propios de Disneylandia, el «enladrillado» en espiga delgado como el cartón, pegado a los bloques de hormigón en bruto que había debajo: las ventanas con emplomados falsos. Nuestros problemas, nos dijeron con alegría los constructores, solo eran lo que ellos llamaban «pegas»; por ejemplo, crujidos y golpes en el circuito de la calefacción central, que gemía por las noches como un demonio. En cuanto nos acostumbramos, pudimos relajarnos y apreciar de verdad las facetas más encantadoras de la casa. Los lavamanos estaban diseñados de manera que la pastilla de jabón resbalara siempre, a menos que la calzaras tras el grifo. La capa de pintura aguada de las paredes era tan fina que podías quitarla con un trapo junto con la mancha que te habías propuesto limpiar.

Llegó el verano. En los jardines recién cubiertos de césped brotó una urbanización en miniatura formada por casitas y cobertizos de colores, toboganes de plástico, columpios y piscinas hinchables. Me gustaría poder decir que desde los jardines nos llegaban las risas despreocupadas de los niños, pero lo más frecuente era oír sus quejidos cuando se caían de cabeza al bajar del balancín o recibían un sopapo de sus hermanos y hermanas. Mientras estaba sentada en mi sofocante habitación del piso de arriba, convenciendo a mi ordenador para que me mostrara la novela que había ocultado en algún lugar de su sistema operativo, oía las voces de las madres en el jardín, cubriendo todo el abanico que se extiende entre la persuasión y los chillidos furiosos. Me pregunté a mí misma, ¿por qué se enfadan tanto con sus hijos? ¿No les gusta que hagan cosas de niños? Si tanto odian la infancia, ¿por qué no se las arreglaron para dar a luz a adultos?

Cuando llevábamos uno o dos años en la casa nueva, nuestras posesiones se habían expandido ya hasta llenar todas las estancias. Los armarios quedaron repletos de sábanas y toallas. Lo comprábamos todo por docenas. Teníamos cajas enteras de limpiador de baños, bolsas para bocadillos suficientes para que una escuela primaria saliera de pícnic y tanto papel de aluminio que podríamos haber envuelto un ayuntamiento. Los trayectos entre

Surrey y Norfolk requerían listas, superlistas y sublistas, así como el cálculo y recálculo constante de existencias y suministros. ¿Estaba todo bien limpio y fregado? ¿Todo calentado? ¿Estaban todos los armarios llenos a reventar, y todo con un nivel de limpieza a la altura del estándar que (Dios sabe por qué) yo misma me había impuesto? Mi marido conocía a una pareja sin hijos, como nosotros, que comían fuera de casa cada día. No guardaban nada en el frigorífico, solo una botella de champán y dos dedos de leche agria. Imagínate, pensaba, qué mujer tan deficiente en las artes domésticas; imagínate lo miserable que debía de sentirse su marido, privado de tartas caseras. Yo, en cambio, no me limitaba a pelar un kilo de patatas si pensaba que con dos bastaría. Cogía dos grandes puñados de espaguetis y los echaba al agua hirviendo, pensando: así habrá de sobra si alguien se deja caer por aquí.

Debió de haber un momento en el que me di cuenta, pero no lo recuerdo con claridad: un momento en el que me fijé en el contenido de los armarios y me dije, pero ¿para quién es todo esto? ¿A quién estoy esperando? Sabía, si pensaba en ello, que estaba esperando a los que no habían nacido. Pero ¿podía seguir esperándolos más tiempo? Quizá con el paso de los años me había alejado de ellos sin darme cuenta. Un día, cuando estaba en el piso de arriba, en uno de mis dos despachos, escuchando mi pieza preferida de Telemann, la camioneta de helados dobló la esquina anunciándose al son de una alegre tonada: «El pícnic de los ositos de peluche».

Abandoné mi escritorio y me dejé caer en mi sillón, uno que (como muchos de los que tenemos) puede extenderse y convertirse en cama individual. Que les den a los ositos de peluche, dije: abrazándome y con la cabeza gacha. Siempre había pensado que era una tonada siniestra: «Si bajas al bosque te llevarás una buena sorpresa». Estaba enfadada, aunque sin razón. Me había sentido invadida por ese aire juvenil que había destrozado mi concentración. ¿Qué haría, si llamaran a mi puerta niños de verdad, sonriendo con la cara pegajosa, manchando mis páginas con sus mugrientas manos y presionando el botón de «borrar» en mi teclado? Podría haberlo soportado una vez, por supuesto; habría encontrado la manera de reírme de ello. Habría dicho que eran mi inspiración, que sin ellos solo sería media mujer. Pero eso era

entonces, cuando tenía veinticinco años, en la época en la que, al menos en teoría, era fértil. Ahora estaba cansada, era más frágil y menos tolerante. Me puse de pie, cerré la ventana, volví a poner la pieza de Telemann y me senté frente a mi escritorio.

Entonces se me ocurrió algo sobre los niños fantasma. No envejecen, a menos que los hagas envejecer tú. No envejecen, de manera que no saben cuándo llega el momento de marcharse de casa. No permitirán, no sin resistirse, que los expulses de tu mente. Se aferrarán a lo que puedan; no accederán a marcharse hasta que les dejes bien claras tus intenciones. Son tontos, de manera que no basta con decírselo; también tienes que demostrárselo.

Fui a ver a mi vecina de al lado.

—¿Te acuerdas de cuando nos pediste que te avisáramos si algún día nos planteábamos vender la casa?

Oh, guau, exclamó mi vecina. ¿En serio os marcháis?

Ven, le dije, cuando los niños lleguen a casa. Echa un vistazo. Piensa dónde pondrías cada cosa. A las cuatro llegaron todos en tropel. Los niños recorrieron las habitaciones chillando. No veían el momento de desahuciarnos. La niña de tres años era la única que lloriqueaba.

—¿Y cuándo intercambiaremos las mascotas?, —preguntó, y es que pensaba que intercambiábamos las casas con todo lo que contenían, que tendría que renunciar a su conejo blanco y adoptar en su lugar al gato que no paraba de mirarla con odio desde lo alto de una librería, maquinando cómo sería la mejor manera de atacarla. En cuanto nos dimos cuenta de su confusión, la resolvimos y recuperó el buen humor. Esa noche, mientras nos tomábamos una botella de vino, cerramos el trato con un apretón de manos. Nuestro «segundo hogar» también tiene que desaparecer, decidimos. Puestos a rehacer nuestras vidas, tenemos que hacerlo bien.

Es el 12 de agosto del 2000: un domingo en Norfolk. Estamos desmantelando Owl Cottage. El mayor de mis hermanos y mi marido sacan la mesa de pino, lo primero que adquirí para el piso de Windsor. Recuerdo trabajar en esa mesa, cuando era nueva y lisa como el cristal, con las ventanas de guillotina abiertas para dejar entrar el sol de primavera, la cocina que olía a narcisos y cebollas picadas; y unas cuantas palabras de tanteo sobre el papel, palabras perfumadas con cera para muebles. Siento una especie de nostalgia

nerviosa ante cualquier superficie en la que he escrito algún libro, o incluso solo medio libro; pienso que las palabras, para bien o para mal, se han hundido en la veta de la madera. Pero la mesa de pino está maltrecha y ha recibido muchos golpes, la superficie ha quedado desgastada y las patas se tambalean; me conmueve esa sensación de compañerismo. Le doy unas palmadas por última vez: mesa guapa, mesa guapa. No quiero ver cómo sale de la casa. Irá a parar a un buen hogar, al taller de mi hermano: para tareas sencillas, un retiro honorable.

Vendemos Owl Cottage una hora después de sacarla al mercado. Una de las mujeres que trabajan para el señor Ewing nos llamó, asombrada, para preguntarnos si nos parecía bien el precio que nos ofrecían. Nunca he tenido, ni antes ni desde entonces, algo que otra persona deseara tanto. Y mientras lo recogemos todo, nos sentimos algo apurados, un poco nerviosos; no habíamos previsto tener que marcharnos tan pronto.

Llega mi madre. Tenemos que hacer algo difícil: vaciar el desván. Algunas cajas las dejó Jack cuando mis padres llegaron al condado por primera vez; ahora ya nadie recuerda qué contienen.

Cuando me marché a África, dejé una caja en el alero de la casa de mis padres. Dentro había el volumen de las *Obras completas de Shakespeare* que me habían comprado (para que me callara) cuando tenía diez años. Incluso cuando era nuevo se veía barato; pero ¿qué más me daba? Estaba encuadernado con una tela negra y deshilachada, el papel estaba amarillento y tieso, las letras borrosas parecían escapar de las páginas; me encantaba ese libro. Mis huellas dactilares infantiles estaban patentes en todas y cada una de las hojas. Tenía la sensación de que me respondía, como si hubiera intercambiado el aliento con él; ningún otro volumen de las *Obras completas* sería igual que ese. Cuando me marché de Inglaterra, el libro ya tenía casi quince años y estaba hecho polvo, con la goma reseca y las páginas quebradizas; pero seguía gustándome demasiado para confiarlo al transporte marítimo. Sabía que meterlo en mi maleta (un libro que parecía un ladrillo es algo poco recomendable, cuando te permiten transportar solo veinte kilos) sería una extravagancia. Además, temía cómo pudiera afectarle el cambio de clima.

—Lo guardaré en el alero del tejado —dije, puesto que era un

lugar espacioso, seco y fresco. En la caja, también había una bibliografía para mi libro sobre la Revolución francesa, guardada en un humilde cuaderno escolar con las pastas de color burdeos. Pensaba (y con razón) que no me serviría de mucho adonde iba.

Tres años más tarde —más o menos cuando acudí al hospital Saint George para que me remodelaran las entrañas— regresé a casa de mis padres para recuperar la caja. Un editor tenía el libro de la Revolución y, si me lo aceptaba, necesitaría mi bibliografía para poder revisar el texto y comprobar todos los datos. Sentía un placer sobrio, honesto, mientras aguardaba a que emergiera del alero, esperando poder abrir mi Shakespeare, preguntándome qué página sería la primera en mostrarse nuevamente ante mí. Sin embargo, la búsqueda fue en vano. Los responsables regresaron con el ceño fruncido, desconcertados y sacudiéndose del pelo la fina capa de polvo procedente de la acumulación de excrementos de paloma. Tiene que estar allí, en alguna parte, dijeron. Lo intentaron de nuevo, agazapados, y volvieron a salir frotándose la espalda y negando con la cabeza. No había ninguna caja, ningún Shakespeare, nada que coincidiera con la descripción de un cuaderno de pastas burdeos con cinco años de mi vida lectora en sus páginas.

—Oh, miradlo otra vez —supliqué.

Y lo hicieron, pero todo fue inútil. La familia dijo, qué extraño. ¿Dónde debe de estar la caja de Ilary? Alguien sugirió motivos sobrenaturales para su desaparición, pero yo tenía mi propia teoría al respecto. Shakespeare es una bobada. La historia es una bobada. ¿Por qué sonríen siempre las mujeres? Sonrisas, sonrisas, sonrisas.

O sea que adiós a la caja. Ahora, en Owl Cottage, los hombres bajan las cajas de Jack del desván por la escalera metálica. Son cajas pesadas, y parecen cubiertas de limaduras de hierro. Las llevamos a la cocina y les quitamos el polvo. Una caja contiene una pila ordenada de revistas *National Geographic*. Sabemos qué encontraremos dentro antes de abrirlas, porque están etiquetadas con precisión con la letra descolorida de Jack. Otra caja parece estar llena de viejos manuales de ingeniería. ¿Por qué los guardaba?, me pregunto. Pero no soy nadie para juzgar la calidad de la nostalgia ajena. Han pasado cinco años desde que murió. Poco después del funeral, mi madre me guardó su caja de acuarelas para que yo pudiera utilizarla en alguna fecha incierta, cuando tuviera

tiempo libre. Enmarcamos lo que pudimos de su último cuaderno de esbozos, todo lo que nos pareció casi terminado: mar, arena, nubes. Guardamos de nuevo el cuaderno junto con la caja de acuarelas y con los cuadros en los que debía de haber estado trabajando: otra marina, y lo que parecía, saliendo de las ondas del papel, un manzano bajo un cielo oscuro.

—Ve a buscar otro trapo —digo—. Hay una caja entera bajo el fregadero.

Formamos una pila con los manuales (triste desperdicio de papel). Luego aparece una edición de *Batallas decisivas* de Creasy, un libro que le regalé por la buena encuadernación y las guardas marmoladas y que, sorprendentemente, decidió leerse. A continuación aparece (me río al verlo de nuevo) una reliquia antigua, ajada, llamada *Un análisis de la historia inglesa: con apéndice y mapas*. Lo saco de la caja; cuando intento abrirlo, las páginas me caen en las manos como tarjetas sueltas. Dentro de la cubierta hay algo escrito: «Beryl A. White, 58 Bankbottom, Hadfield, Near Manchester, England». Beryl, mi heroína, ¡la prima por la que bauticé a mi muñeca de cabeza puntiaguda! Paso las páginas, me fijo en algunas de ellas. Su contenido solo me resulta vagamente familiar; pero ¿no es el relato de mi tierra natal? La historia empieza en la época en la que todos los protagonistas se llamaban Ethel, cuando el sucesor de Ethelfrith contrajo matrimonio con Ethelburga, hija de Ethelbert: las consecuencias son de lo más graciosas. Paso unas cuantas páginas más: «Guerra contra Francia: una burla indecorosa provocó esta contienda». Más páginas: «Se encontraron los esqueletos de dos niños enterrados a los pies de una escalera… Marlborough entró en acción, pero debido a la extremada demora de los holandeses…». El libro (si es que se le puede llamar así, teniendo en cuenta el estado en el que se encuentra, con las hojas sueltas) está repleto de juicios morales, contrarios a las burlas indecorosas y los retrasos a la hora de entrar en batalla. El rey Juan murió de una fiebre provocada por la ansiedad, que al parecer era su punto débil; el personaje de María Tudor, de natural apacible, empeoró «cuando entregó su mano al español».

Dejo el *Análisis* a regañadientes, jurándome que volveré a recuperarlo. Otro libro de Beryl, su nombre aparece escrito con

lápiz y una letra redondeada e infantil.

—Tenemos que devolvérselo —dice mi madre—. Ya se lo guardo yo.

Es *Alicia* (las dos aventuras) en unas cubiertas de lona de color avena. Luego (pero ¿por qué?) encontramos una copia de *Lorna Doone*, abreviada para lectores jóvenes. Es lo que queda de un conjunto recopilatorio de novelas del siglo XIX que me regalaron por Navidad, tal vez el año en el que cumplí los diez. El membrete es la silueta de un hombre con sombrero de copa, cogiendo de la mano a la silueta de un niño; el nombre de la editorial es Dean & Son. ¿Cómo es posible que este haya sobrevivido y *La isla del tesoro,* el único libro del conjunto que tenía las cubiertas amarillas, haya desaparecido? ¿Y dónde está *Jane Eyre,* encuadernado en un verde atenuado? Recuerdo la primera vez que leí *Jane Eyre*: probablemente les ocurre a todas las escritoras, porque nada más empezar te das cuenta de que es una historia sobre ti. Los libros con las cubiertas de colores pasaron de mano en mano por la familia; recuerdo que a mi hermano menor le gustó *Los chicos del bosque nuevo*. Tenía las cubiertas de color melocotón; a mí, en cambio, me pareció aburrido. *Secuestrado* estaba encuadernado en azul marino. Me sabía de memoria las primeras líneas y, repasando mis recuerdos, las palabras todavía me provocan un escalofrío de inquietud: «Doy inicio a la historia de mis aventuras cierta mañana de principios de junio del año de gracia de 1751 en que saqué por última vez la llave de la puerta de casa de mi padre». Como una pánfila, como una niña, quería que David Balfour se quedara en casa, con el amable señor Campbell, con sus padres muertos y enterrados bajo los serbales. La trama jamás habría pasado de la segunda página, de haber sido por mí: su héroe nunca habría llegado a salir de Essendean. Me encantaba Alan Breck, confiaba en él, en su fanfarronería, en su manera de desafiar la lógica y el azar; pero me preocupaban David y su bienestar, mucho más de lo que me preocupaba Jane Eyre, quien, en mi opinión, le había cosido los ojos a Rochester mucho antes de que se quedara ciego.

Es verano en Owl Cottage; la luz rebota en las baldosas blancas y negras del suelo de la cocina. Abrazo un momento a mi madre y a la esposa de mi hermano. La caja que estamos curioseando parece más honda de lo que creíamos, más oscura y más antigua. Casi en el

fondo encontramos uno de los libros de Jack: uno de los que llegaron con él cuando se mudó con nosotros a la casa de Brosscroft. Es *De excursión con Romany*, aunque el título ha quedado casi ilegible y la cubierta, que recordaba de color verde, está descolorida hasta el punto de parecer casi gris. Está ilustrado con ingenuos grabados sobre madera: un erizo, un nido de ave, liebres bailando. Nos lo vamos pasando. Me gustaría quedármelo, dice la esposa de mi hermano, me gustan estos dibujos. Sí, quédatelo, cariño, dice mi madre. Por último, aparece el enorme tomo de Tennyson, cuadrado y marrón como un paquete bien envuelto, un paquete perdido en alguna oficina de clasificación de correo durante treinta años. Lo abro y se levanta un hedor tan intenso y amargo que parece olor a quemado. Durante unos instantes me quedo conmovida, recordando ese mismo libro en mis manos cuando era niña: por aquel entonces ya era viejo, y tenía las páginas llenas de manchas de color mantequilla.

—¿Puedo quedarme este?, —pregunto—. Debe de ser la crisis de la mediana edad, pero últimamente he querido volver a leer a Tennyson.

Abro el libro y las yemas de los dedos me quedan manchadas de gris mientras lo hojeo.

> Cuando los gatos vuelven corriendo a casa
> y llega la luz,
> y el rocío está frío en el suelo…

Mi madre, de pie a mi lado, me roza el codo; en silencio, con las cabezas gachas sobre la caja vacía, empezamos a llorar.

Octubre del 2000: por fin llega el día de la mudanza. Hemos terminado de vender las dos casas sin contratiempos, lo resolvimos todo en una mañana. Los mozos de carga ya lo han recogido todo en Owl Cottage; no podía soportar hacerlo yo misma, dar la vuelta a la llave por última vez y dejar el espíritu perplejo de Jack en el cascarón de la casa. En nuestra mansión de Disneylandia, mientras los muebles desaparecen dentro del camión de la mudanza, los vecinos, sus hijos y sus amigos se dispersan por el jardín, blandiendo escobas y aspiradoras como si fueran bayonetas, cruzadas frente al pecho, preparados para la carga. Han derribado

un panel de la valla que separaba los dos jardines para abrirse paso; en cuanto suena el teléfono, en cuanto suena la voz de los abogados, bajan en tropel por la pendiente de césped y se cuelan en masa por las ventanas francesas. Tengo que buscar un rincón seguro en la casa, suplicar una prórroga de veinte minutos para que los gatos y yo podamos sosegarnos antes de marcharnos. Me siento en el suelo del baño, con la puerta cerrada para contener a la turba, esperando mientras van pasando los minutos, hablando con los gatos para apaciguarlos mientras bufan y gruñen dentro de los transportines, arañando los barrotes. Cuando llego al piso de abajo y salgo por la puerta de casa, los vecinos ya han colocado sus muebles, tienen leche en el frigorífico y su propia comida en los armarios. Ya es suya, y ya se han adaptado; no puedo creer que esta casa hubiera sido mía en algún momento. Hay cuatro niños dentro; sólidos, chillando, sobreexcitados, preparados para pelearse entre sí por las habitaciones. Los gatos agitan sus puños cerrados hacia ellos, maldiciéndolos mientras yo entrego las llaves de repuesto: cuando la puerta del maletero acalla sus berridos, la casa pasa a la historia.

El lugar en el que vivimos ahora es un apartamento ubicado en un antiguo manicomio remodelado para fines residenciales. Lo construyeron en la década de 1860 como parte de un conjunto de grandes instituciones repartidas por los alrededores de Londres para atrapar y contener a una población cada vez mayor de locos, melancólicos y sifilíticos, a los menoscabados y a los ilusos, a gente que había olvidado sus modales y a gente que había olvidado su nombre.

¿No os asustan los fantasmas?, preguntan las visitas. Sin embargo, yo sonrío y niego con la cabeza; a mí no, digo. A mí no: aquí no: ahora no.

Estamos en el piso superior; no obstante, una escalera de caracol permite subir todavía más arriba, hasta una pequeña habitación cuadrada en la torre del reloj. Somos los guardianes de las gárgolas que velan por los tejados, y tenemos una larga vista sobre el campo, sobre la ciudad de Guilford, colocada en medio del paisaje como un huevo sobre un plato; sobre una línea distante y borrosa de tierras altas que, en los días lluviosos, cuando las nubes se vuelven densas y casi oscurecen el panorama, no me cuesta imaginar que son los

páramos de mi infancia.

Dos alas del viejo edificio se han conservado y remodelado, pero en los terrenos del manicomio se han construido miles de casas. Cuesta creer que hace siete años todo esto eran campos. Un anciano que creció en el distrito me contó cómo era la campiña antes de que llegaran las excavadoras. Era una zona de huertos y viveros, y los campos quedaban delimitados por zanjas y arroyos en los que siempre acababa cayendo cuando de pequeño salía a cazar conejos; luego volvía a casa, al anochecer, medio ahogado y chorreando, y su madre lo recibía a gritos. Era un buen hablador, conseguía que mi imaginación se deslizara en la campiña que me describía, lo que me permitió incorporarla a mi propio paisaje.

Ahora, en las noches claras, a veces salgo al balcón; la esfera del reloj queda encima de mí como una segunda luna, iluminando las lenguas de las gárgolas, saurios pétreos asomados a la oscuridad y al vacío. Aquí arriba reina el silencio: salvo por el ronroneo de fondo de los coches que pasan por la circunvalación que rodea las nuevas casas, las nuevas familias, en un abrazo suelto y descuidado. Me arropo con una manta, apoyo la frente en la barandilla helada del balcón y pienso en lo que he perdido y lo que he ganado. Para mí, el balcón es lo mejor del manicomio. Salgo haga el tiempo que haga, para contemplar las tierras del ejército que constituyen el último vestigio del lugar despoblado que solía ser. A veces, al alba o al anochecer, entre la penumbra distingo (o al menos eso creo) una figura atravesando esos campos repletos de surcos con una luz tenue y nacarada, por un sendero entre los riachuelos traicioneros y las zanjas ocultas. Es una figura envuelta en una capa, que lleva unos objetos voluminosos embalados con hule, de formas irregulares: no parecen pesados, pero sí de mal llevar. La figura soy yo; las formas, ocultas en sus envoltorios, son libros que, si Dios quiere, acabaré escribiendo. Pero ¿cuándo lo ha querido Dios? ¿Y qué es esta campiña sombría, este sendero tenue por el que tan a menudo me pierdo? ¿Adónde intento llegar, cuando la luz es tan incierta? Doy pasos hacia la literatura, creo; he dado uno o dos traspiés. Me retiro de la ventana, sea al alba o al anochecer; pienso en otras casas que no me parecen tan lejanas en el tiempo.

En el número 20 de Brosscroft, las ventanas estampadas en las cortinas se iluminan desde dentro, de las macetas brotan flores

escarlata, las llamas de las velas crecen y parpadean frente al atardecer septentrional. La mesa está puesta y los difuntos consultan las tarjetas que les asignan un lugar, ocupan sus sillas y sacuden sus servilletas, esperando con expectación a ver qué viene ahora. Comida o entretenimiento, todo es lo mismo para quien no tiene ojos, para los marchitos y los enjutos: para los que han cruzado las tierras en las que solo los vivos pueden proporcionar luz. Siempre cuidaré de vosotros, quiero decirles, da igual el tiempo que pase desde que os marchasteis. Siempre os alimentaré e intentaré entreteneros; y vosotros debéis hacer lo mismo por mí. Os habla vuestra hija Ilary y este es su libro.



Hilary Mantel (Glossop, Inglaterra; 1952 - Exeter, Inglaterra; 2022) fue una escritora y crítica literaria británica cuya obra abarca desde memorias personales y cuentos a novela histórica y ensayos.

Destaca por su maestría en la novela histórica, género al que dedicó buena parte de su producción literaria. Colaboró con artículos y ensayos para periódicos y revistas tan importantes como *The Guardian, London Review of Books* y *New York Review of Books*.

Fue galardonada en dos ocasiones con el premio Booker. Ganó el primero en 2009 por su novela *En la corte del lobo (Wolf Hall)*, en el que narra el ascenso al poder de Thomas Cromwell en la corte del rey Enrique VIII. Su segundo premio Booker lo ganó en 2012 con *Una reina en el estrado (Bring up the bodies)*, la segunda entrega de la trilogía de Thomas Cromwell. Esto la convirtió en la primera mujer en recibir este premio dos veces, siguiendo los pasos de J. M. Coetzee, Peter Carey y JG Farrell.

Notas

[1] En orden, versos de las canciones «(Won't You Come Home) Bill Bailey», compuesta por Hughie Cannon en 1902; la marcha militar «The British Grenadiers», compuesta a principios del siglo XVII, y la balada irlandesa «The Croppy Boy», compuesta en 1798. *(N. del t.)* < <